

IX CONCURSO DE RELATOS
“ALBERTO FERNÁNDEZ BALLESTEROS”

Noviembre 2021

Derechos reservados

© Unión General de Trabajadores de Sevilla
Avda de Blas Infante, 4, 2ª Planta. 41011
Sevilla



ISBN

978-84-09-35875-5



Impreso en España

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.



INDICE



GINÉS MULERO CAPARRÓS

_____ P. 12
“El detenido”

MIGUEL ÁNGEL DÍAZ DUEÑAS

P. 36 _____
“El saxofón de plástico”



PABLO MANZANO

_____ P. 54
“Un informe detallado”

CRISTIAN ACEVEDO

P. 76 _____
“Lazos”



LEANDRO ARIEL BRAIER

_____ P. 88
“La cabeza”



LOURDES ASO TORRALBA

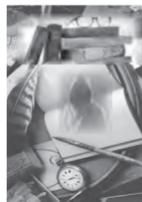
“Díselo a las sirenas”

P. 102

P. 130

MIGUEL ÁNGEL CARCELÉN

“El veleidoso azar”



RICARDO GIRALDEZ

“Una visión del futuro”

P. 150

P. 170

MARÍA MORENO LÓPEZ

“¿ Quiénes somos ?”



FEDERICO WEYLAND

“Las palabras y un espejo”

P. 202



Andalucía
SEVILLA



Fundación



Cajasol



GANADOR:

GINÉS MULERO CAPARRÓS

“El Detenido”



EL DETENIDO

Por Ginés Mulero Caparrós.

*En realidad, vi que la historia se estaba escribiendo
no desde el punto de vista de lo que había ocurrido,
sino desde el punto de vista de lo que tenía que haber ocurrido
según las distintas «líneas de partido».*
*Estas cosas me parecen aterradoras,
porque me hacen creer que incluso la idea de verdad objetiva
está desapareciendo del mundo...*
*El objetivo tácito de esa argumentación es
un mundo de pesadilla en el que el jefe,
o la camarilla gobernante, controla
no sólo el futuro sino también el pasado.*
*Si el jefe dice de tal o cual acontecimiento
que no ha sucedido, pues no ha sucedido;
si dice que dos y dos son cinco, dos y dos serán cinco.*
Esta perspectiva me asusta mucho más que las bombas...
George Orwell.

*Lo que este país necesita es una mayor cantidad de políticos en el
paro.*
Edward Langley.

Prólogo

La Plaza Cataluña es un mosaico con una ebullición de cabezas al sol frío de la mañana. Decenas de gargantas enardecidas gritan “¡Libertad!” aquí, allá y acullá, como explosiones controladas. Y digo controladas sin ponerle el prefijo des delante sabiendo lo que me digo. Sé que son infiltrados nuestros que a la hora del Ángelus sacarán sus pistolas reglamentarias pam pam y sus mecheros reglamentarios flas flas, provocando aldarulls para que

la prensa y la televisión consideren que entre los manifestantes hay un núcleo denso de vándalos a los que la próxima ley por aprobar del Parlamento podrá castigar más severamente considerándolos como terroristas de la peor calaña. La señal: dispararán con fuego real al pedazo de cielo con o sin palomas volando y arderán algunos contenedores y neumáticos. Por el humo sabremos dónde están los aliados. Esto nos servirá de coartada para poder intervenir y justificar nuestro delirio ante cualquier tribunal. Brotes de violencia lejanos a la espontaneidad. El Estado es la fuerza, el poder y la gloria. Farragoso, sí. Justificable, no. Jugar con cartas marcadas. Quieren hacernos creer en la entelequia de que activo o pasivo en la resistencia, da igual, estás vigilado, y susceptible de ser un criminal con 4 años de prisión en el Código Penal según la reforma que se nos echa encima. Desde 1984 de George Orwell descubrí -me quité la venda- que hay un Ojo gigante a lo Gran Hermano que todo lo ve, y que la vida pública está fiscalizada e intervenida por un tipo de inspección obscena que nos revolvería las tripas hasta el vómito si creyéramos en ella. Si me apuran diría que esta indagación llega impudicamente, incluso, hasta la vida privada de cualquier sospechoso designado por los caprichos del azar. La resistencia pacífica de los cientos de miles de manifestantes es una falacia ya que muchos querrán contagiar su ira y convertirlo todo en un polvorín, en un campo de batalla con consecuencias incalculables e impredecibles, ésta, es una de las consignas que nos han dado desde INTERIOR (un altavoz desconchado en la Sala de Juntas) para que vayamos con precaución; creen que el cien por cien de sus propios

policías antidisturbios son estúpidos, sin ideas, que no nos enteramos de la misa la media, envaneciéndose de una verborrea superflua que va in crescendo y si nadie se siente rasguñado durante el discursito, arengan más y de peor manera. La verdad, estoy atónito con los métodos. Me he metido de espía para empaparme de cómo es la injusticia desde dentro, bueno, para ser del todo sincero o limpio con ustedes... la respuesta estaría en: porque con mis dos licenciaturas (ocultadas en mi currículum) y la época de crisis forzada no me han dejado otra salida, no me ha quedado más tutía. Ser funcionario público con trabajo indefinido -aunque tenga que soltar algún cachete- es una tentación a la que he sucumbido sin alfeñiques; tenía la certidumbre de que me pondrían en Oficinas, pero las cosas nunca salen como las planeas. Y estoy pensando... que tendré que zurrar a mis iguales en mi primera acción como Policía Antidisturbios.

I.

Llevo un rato mirando por el ventanuco enrejado del blindado. Observando por este gran angular hago un peinado sereno a la zona. No veo que los manifestantes sean panteras negras de ojos rojos con sed de pústulas, patas de martillo y garras en hoz: cómo nos venden la moto. No son peligrosos, si acaso... juguetes sociológicos a merced de la época en que viven, de los vientos que beben; creo que el Teniente Cañizares y sus acólitos dan pábulos, me los han demonizado sin la necesaria presunción de inocencia. Si José Luis Sampedro y otros intelectuales de probada sabiduría ensalzan el versátil Movimiento, no va a venir aquí un don nadie como yo

a contrariarles. Cumplo órdenes, sí, obedezco, sí, pero no por ello dejaré de leer o me podrán robar el pensamiento: ése es mi verdadero ADN. Continuando el tercio. El Teniente Cañizares es un cabrón. Y así lo digo. Sin subterfugios de espartamo. Nadie podrá quitar la piel al sustantivo ni con agua hirviendo. Lo lleva adherido a la epidermis lechosa, como un pigmento más. Para qué los circunloquios. Bisbiseo para no salir lacerado. El Teniente se jacta con los nuevos de haber estado jugando a las cartas con Barrionuevo y Mario Conde inmediatamente después de haberse emponzoñado las manos dando una buena tunda a un preso político para que “cantase ópera”, de un presunto Liceo B. No tiene escrúpulos. ¡Ninguno! ¿Sentimientos? Ídem. Me recuerda a Little Bill Daggett, el sheriff sin catadura moral representado por Gene Hackman en Sin Perdón. Ayer el teniente me derramó calentito en el oído la confesión de que en esta profesión cuando más fuerte juegas tus cartas más rápido asciendes; me exprimió el secreto porque dice que le caigo bien. Yo disimulo, porque la relación no es biunívoca, y mejor guardarse las espaldas. En estas diatribas estoy... cuando pasa delante del ventanuco una gachoncita con escote descomunal. En su cartelito cutre de cartón reza: “Paz y Amor”. Soslayo mirarla aunque me lanza un beso ondulado al aire. Luego se baja los tirantes de la camiseta de Snoopy dejando las voluptuosidades a la intemperie. Qué fuentes o manantiales, caen vibrantes como cataratas de carne. Sus sonrosados y golositos pezones de luz, proyectan rayos láser de comunicación sensorial que me hieren el iris y los ventrículos. En otras circunstancias –estoy casado- bajo del blindado, pego la

vuelta, me olvido de todo, especialmente de conjeturas sociales y coyunturas financieras, y me piro con la sicalíptica gachí para perderme en la Amazonia o yendo más lejos a Tierra de Fuego, o si me aprieta mucho la lascivia en el portal más próximo.

II.

Cuando pasé las pruebas físicas con una sobredosis de notable alto, no me lo creía. Las temía más que al examen de Cultura General y mucho más que al Test de Personalidad con preguntas esotéricas y arteras y capciosas y abstrusas. Querían mis contradicciones. Pero en eso sabía más que los ratones coloraos. Después, la Entrevista Personal con un Comandante licenciado en Sico-logía, master en Recursos Humanos, un hombre de tez arrebolada, y nariz saeteada por la viruela. Esa última prueba fue un mero trámite, a pesar de las pejugueras preguntas orales... un coser y cantar. Los seis meses a prueba siguientes cobré poco más de quinientos euros, y pasaron en un santiamén. Y cruzando sin puente a términos aún más mercantiles, alguna vez, en los momentos de descanso teórico, el sempiterno Agente Ramírez del somatén se ponía a debatir –para hacerse el interesante de la Prima de Riesgo como si él entendiera de términos económicos. Más de uno de los compañeros le miraba atento con la mandíbula desencajada pensando que Riesgo debía ser un multimillonario jugador portugués de casino o una ciudad peligrosa en la Eurozona, y la prima... una meretriz selecta por su aireado abanico de piercings haciendo una media luna tutelada por el astro del ombligo. Imaginación había, de la desdeñable. Mamá me

preguntó en esa época por los policías, si eran religiosos. Qué pregunta es esa, mamá, le contesté airándome. Los guardas que me rodeaban para ser la futura y moderna salvaguarda oficial de la sociedad poseían cierta elasticidad o “relajación religiosa”; los había de toda clase y condición, unos más brutos que un arado que iban sin fe a los servicios religiosos de los domingos y fiestas de guardar, y otros más finos que las gallinas, con una única creencia: gastar sus emolumentos en las pertrechadas callejuelas del Barrio del Raval. A Dios rogando y con el mazo dando, se decían los otros a los unos. Yo, no estaba en esencia aturullado por sus blasfemias, sino más bien por su ignorancia sobre el estado de derecho. Pienso en una respuesta para mi madre. Cuando ahora mismo miro a los agentes en el interior del furgón policial con rostro de concentración como si fueran a evacuar, no puedo imaginarlos rezando o pasando las cuentas del rosario en ese momento delicado, y me parto el pecho, lo siento. Mi esposa, por otra parte, salió recatada y estuve desquiciado por la incontinencia sexual de onanismo oligárquico, de autoabastecimiento: una mano descansaba la otra. Fiel, por tanto. El Teniente Cañizares recibe por el pinganillo orden de arremetida. Nos obliga a recoger casco, chaleco y escudo antidisturbios de la marca Shoke (el equipo al completo me costó más de trecientos euros y menos mal que nos regalaron las coderas Blackhawk: un detalle interesado, un guiño de Artur Mas por graduarnos. ¡Coderas!: objeto simbólico imprescindible para el alpinismo político).

—Agente Martínez de la Brigada Móvil, ¿no se olvida usted algo?...

El Teniente me alargó los grilletes bisagra con seguro y doble cierre repiqueteando metálica e irritantemente entre ellos, añadiendo: "... por si tiene usted que detener a alguien". Todavía él no es concededor plenipotenciario de la trascendencia de esas palabras y de esa gestualización.

III.

Las piernas me tiemblan acalambradas. Es el día de mi consagración como Policía Antidisturbios. Nunca dije que fuera un héroe legendario. Los auténticos están en el día a día para llegar a fin de mes, sin populismo lo digo. Soy un tipo de lo más corriente; agallas, las justas. La mediocridad con zancos. Estoy aquí por el yo soy yo y mis circunstancias. Por ideales seguramente comprendo como nadie a los que están en la mani. Nada tienen, pues... nada tienen que perder. Soñadores, desarraigados, románticos, parados... exactamente mi perfil, como era yo hace poco más de seis meses. Si me llegan a decir por aquél entonces que actualmente iba a haber Amnistía General por parte del Gobierno para los que han evadido ingentes capitales a Paraísos Fiscales... ¡Y una mierda va ser eso!, hubiera dicho. Es que peco, peco de ingenuo. Y ahora estoy en este lado a punto de soltar "mantecados y polvorones" a diestro y siniestro sin ser Navidad, siendo junio. Mis compañeros y yo hemos sido adiestrados para mostrar nuestra capacidad militar e intimidatoria y estamos en formación con rostros adustos tras el yelmo, dispuestos a entrar en acción. ¡Sí, sí, les haremos morder el polvo! Nos sugestionan, de película de western. La amacord del cartelito "Paz y Amor" pasa por mi lado como una exhalación, me deja su número de móvil en

el bolsillo del corazón, y, amaga tocarme las peloticas de ping-pong. No soy un obcecado, pero una oleada de sangre caliente me sube y me baja sin control. Son palpitaciones inexorables. Tienen sin embargo la anuencia de la testosterona que, viajando en liana con un aaaahh, salta de un escroto al otro como si fuera el mismísimo Tarzán de los Monos. Unos instantes después escucho al sofisticado Agente Ramírez dirigiéndose altanero a un grupo de agujoneantes enfermeras que protestan -agitando un enorme inyectable prefabricado- por los recortes en la Sanidad Pública: Señoritasss, si no quieren que lesss rompa el coño... di-lú-yan-se raudamente. El pobre es un poco ignorante y ordinario, para mí que quiere decir el clásico dis-pér-sen-se. Las sanitarias se repliegan con el esfínter constreñido. Surge efecto: hay palabras que rayan, que son peor que las balas y las heridas. A mi espalda siento la presencia del Tanque con Cañón de agua. Lleva rumor de torratera emulgente en los intersticios. Ahí sí que las dulces enfermeras podrían diluirse como terrón de azúcar. Veo al Teniente Cañizares. Sale del furgón policial más chulo que un ocho simulando ser Anibal Smith, el líder del Equipo A. Su Pepperball en las manos, es una carabina lanzadora con depósito para 200 proyectiles. Sale teatral: muerde el purito con su blanca y uniforme dentadura refulgiendo al sol, mira al infinito con sus ojos almendrados en flor. Aun me pregunto quién materializa los ascensos a estos fantasmas hasta darles corporeidad. En la Comisaría se refieren a él con asombro. Su amplia leyenda de tropelías salvajes rasca la inhumanidad, y jamás ha sido atrapado por las cámaras de televisión, ni por fotografías, ni por denuncias de

nadie, hecho del que se jacta con piropos orales y panegíricos escritos. Se da él solito... ¡pu-bli-ci-dad! Hora del Ángelus. Más paz tan profunda... sólo en los cementerios. No pasa absolutamente nada... Las contraórdenes vendrán de Arriba.

IV.

Estamos en formación militar. Las piernas abiertas en arco de triunfo. El sol gélido de las primeras horas da paso a unos rayos de fuego que atraviesan el casco urbana y el uniforme de campaña, punzándonos las sienes, las arterias, el ancho pecho, los cojones si quieren también, los huesos hasta la médula y hasta el alma misma, por ser más fisnos. Algo así de improbable debe estar rumiando el deslenguado Agente Ramírez. Yo estoy rebotante, harto de inquina inoculada. A unos cien metros a nuestra derecha están otros antidisturbios con los gases lacrimógenos pidiendo guerra y a la misma distancia, a nuestra izquierda, los pelotaris, dispuestos a disparar con balas de goma, sonido seco, pom, pom, a discreción, sólo si se terciá. Ese sonido irrita, encrespa, solivianta. Espero no tener que escucharlo: esta gente civil son unos buenazos que no merecen esa tortura o canguelo. Nosotros los pringaos recién salidos de la Academia seremos la avanzadilla y si no somos lo suficientemente amedrentadores comparecerán los demás, los del recibo del “agua” que mojarán para enmohecer las ideas, o los del recibo del “gas” que te enceguecerán porque si pierdes el sentido de la vista eres vulnerable, y después llegará el recibo de la “electricidad”, con armas camufladas que sueltan sus descargas o voltios. Y más tarde, los pelota-

zos, chutes que a menos de treinta metros mortales son, o como mal menor te dejan sordo, ciego, magullado o tonto. Las pelotas de goma están prohibidas en Europa. Aquí prohibimos los mendigos en las calles o las prostitutas erosionando las esquinas. Lavado de imagen. El doctor Hipocresía. Los del Quinceeme asentados con el espíritu de Stéphane Hessel están tranquilos, sosegados, balsa de aceite, diría que pacíficos hasta la simpatía. Su paz extenua hasta desquiciar, joder con su saber estar, rectos, cordiales, si acaso... el desodorante, la falta de él, por poner una pega. No parecen guerrilleros atrincherados en la maleza. Cómo los pintan a nivel teórico. Si son nietos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos... Leo uno de sus carteles: "No hay pan para tanto chorizo", me parto la torácica: les pondría en el Facebook un... ¡Me gusta! Es que es verdad. Caen bien. Metiéndose con la banca –creo yo- tampoco hacen daño a nadie: qué es eso de tanta letra pequeña, qué es eso de tanta usura, qué es eso de que con tu dinerito inviertan en compraventa de armas, qué es eso de que se abran cuentas en Belice y se evada el capital, qué es eso de tanta ejecución de desahucios, qué es eso de su stock inmobiliario, qué es eso de que un jubilado no sale vivo del banco si no se hace un Plan de Pensiones o una Póliza de Seguro de Vida, qué es eso de que por cada trámite... cuota que te crió, o si te quedas al descubierto en la cuenta corriente te vampirizan, te... sangran. Mientras tanto... esperando órdenes de asedio para conquistar la plaza, pienso para amortiguar la monotonía en que, tiene guasa cómo se comunican estos jóvenes rebeldes. Un conocido mío tecnócrata ya me dijo que no lo pronunciaba

bien, que no se decía “guasa” sino “whatsapp”, y que los fabricantes de móviles están apostando por él para competir contra BlackBerry Messenger por ser más barato. Miro la muchedumbre de la Plaza Cataluña aunada en un solo círculo... si son santos; cumplir órdenes sería como atacar a los apóstoles en el Gólgota. No quiero amartillar a nadie. Un poco de clemencia. Jodeer, si hasta se reúnen en Asambleas para cambiar el Planeta... Estoy seguro de que les das un cetro de mando y te acaban con el hambre del mundo en un plis plas. Oigan ustedes... que es posible, eh, que no hay ironía en mis palabras; además, no se rían, lo auguro: sucederá, una especie de Conspiración Acuario, donde la Humanidad cuajará en Bondad. Como tenga que actuar contra ellos... se me va a hacer muy cuesta arriba, ¡un trago!, y no quiero pecar de sentimental, pero alguna lágrima me va a saltar. Ahora se me remueve en la cabeza distopía como una bola del pinball. Distopía vista como el antónimo de utopía. Aprovechando el receso consulto el minidiccionario que siempre llevo, hace referencia literal a una sociedad ficticia emplazada en un futuro cercano donde las consecuencias de la manipulación y el adoctrinamiento masivo a cargo de un Estado autoritario llevan al control absoluto, condicionamiento o exterminio de sus miembros bajo una fachada de benevolencia. Oh, Dios mío, espero que jamás lleguemos a eso, me sorprende a mí mismo como si estuviera doblando en el Estudio de Grabación con la voz en off a un implorante Woody Allen. Volvamos a la realidad. La de los pechos descomunales sigue mirándome compulsivamente, hay..., hay terca fijación, ¡va a ser que sí!, y ha optado por quitarse la camiseta

definitivamente, tirarla al suelo, pisotearla, y quedarse brava a lo natural. No sé si tenerle miedo o huir con ella, si estaré a la altura... No sé si a esta sedosa aureola de vaho perfumado y hechizo cauterizante que me envuelve ahora, llamarla... enamoramiento transitorio.

V.

Nos llaman a la danza. El casco con visera me está abrasando las neuronas y me cercena el resuello... Los superiores desde sus seguros despachos con aire acondicionado quieren la veleidad de desalojar la plaza. Empezarán con estrategias inofensivas, hasta gradualmente, acabar con una guerra a muerte. La sangre que corre no es tan escandalosa cuando es la de otros. La llamada a la danza intimidatoria me recuerda por otra parte al ritual maorí Haka que el equipo de rugby de Nueva Zelanda ejecuta antes de cada partido. El Teniente Cañizares blande su pulida carabina para que empecemos el bailoteo, es la señal. Establecemos tiralíneas de agentes antidisturbios creando barreras numantinas, un tipo de formación Tortuga como yo había visto antes en Asterix, y... comenzamos a golpear ostensiblemente las porras de madera noble contra los escudos de plástico reforzado, atronando, sumergiendo al entorno bajo un paraguas de ira, bajo una cúpula de pavor, como si estuviéramos resquebrajando los cimientos de Calanda con tambores más que tétricos en la “rompida de la hora”, gritando además palabras afiladas como cuchillos, tan ininteligibles como desgarradoras, de esas que cortan y rasgan la atmósfera. El sonido es tan desquiciante e inquietante que parece que seamos una empresa pública de demoliciones. Inmiseri-

cordes, los aplastaremos como a hormigas vulnerables. No se trata de arrestar a muchos, sino de asustarlos de tal modo que salgan como cobardes sanguijuelas. Quieren que conquistemos un metro, dos, que desistan del territorio hostil subarrendado. Siempre dejaremos para ellos una calle con salida: válvula de escape. Este primer intento tiene un resultado dispar: algunos ponen pies en polvorosa, los menos, pero en la inmensa mayoría no surte efecto alguno. Y encima son modélicos: no arrojan un insulto, no arrojan ningún objeto, ni preparan artefactos incendiarios, ni tienen siquiera los provocadores brazos en jarras... son unos benditos, dan ganas de besarles en la frente o en la boca, dan ganas de darles un trofeo como los Goya de cine, pero en bondad, los Gandhi para varones o una Santa Teresa, para las féminas. Habrá que esperar nuevas órdenes. Siguiendo paso, arrestar a los cabecillas; detenidos éstos, los otros engullirán la cabeza dentro del cuello y ya defenestrados y sin tener quien los lidere ni encizañe, huirán a lo loco como pollos sin cabeza o arrastrándose como indignos gusanos... Entre los manifestantes hay un gigantón que se parece a Romay. En el próximo envite ése te tocará a ti, me asegura el Teniente Cañizares. No me jodas Rafa, de negro uniformado como voy grito igual que un árbitro al que se la acaban de liar parda, pero grito para mis adentros. Cómo podré detener a... Goliat, y sigo calibrando interiormente, El teniente quiere que me coma el tigrétón. Momento de espera. Mientras tanto, leo pancartas como el que lee cuchufletas... El enemigo no viene en patera, viene en limusina; otra de un joven filósofo: El engaño te esclaviza. Otra de un parado apocopado: El sueldo mínimo en Es-

pañá es una vergüenza. Otra de un pensionista: Violencia es cobrar menos de 400 euros. Otra de un estudiante de empresariales: No nos falta dinero, nos sobran ladrones. Otra de un carpintero: ¡Únete, madero!, tú también eres obrero. Otra de un sindicalista miope: No nos mires, únete. Otra de un anarquista: Sin casa, sin curro, sin pensión, sin... miedo. Otra de un jovencito que sueña ser torero y que reconoce el esfuerzo de sus antepasados: Va por ti, abuelo. Otra de una antisistema que los tiene bien puestos: Hasta los ovarios del Fondo Monetario. Otra de un seudo poeta: Me gustas democracia, pero estás como ausente. Otra de un fotógrafo nieto de un alemán que vio dismantelar el Muro de Berlín: Por favor, sonría, está cayendo el Sistema. Y otra más de un insomne: Si no nos dejáis soñar no os dejaremos dormir. Un cuarentón melenudo de gafitas redondas potterianas y la varita de un Bic arenga a la multitud con la resistencia pacífica: Que no tengan excusa para decir luego en los telediarios que somos violentos..., grita con las venas incendiadas, asomando tiernas en su cuello. Un cincuentón, guitarra en mano, con aspecto de híbrido o androide, se dirige a la muchedumbre musicando: Chanquete... ¡No, noo, nooo nos moverán!... Una sesentona con pelo teñido tricolor republicano lleva un cartel con propaganda de MANGO y la foto de Urdangarín. Veo que delante de la fuente han puesto un chiringuito nuevo con una pizarra en la puerta que reza en clave de humor: Se admiten clientes, no se necesita experiencia... Todo a cincuenta céntimos, sin alcohol para que no digan, y Viva la Pepa de 1812 y la Democracia real. El antidisturbios que está a mi lado después de un largo rato de estar releyendo el mensaje

de tiza cae en la cuenta de la broma, me da un codazo y sonrío; su sonrisa ruinosa es desdentada, tal vez más propia de una fosa común. Estaba pensando en la algarabía medio festiva y medio lúdica de la Plaza Cataluña que, todos en la comisaría apodan Ratón al Teniente. ¿Por qué? Por el toro famosillo, ése, el que tiene en su lomo el mismo currículum fúnebre que nuestro mandamás: dos muertos e incontables heridos. Me pregunto también si eso es motivo suficiente para glorificarse con fatuas medallitas de vanidad y de ladinas acciones. O lo digo o reviento: el Teniente tiene una mirada indecorosa, marrullera, de morlaco.

VI.

El potente chorro de agua bacteriológica del cañón comienza a funcionar a dojo, sin sombra de remordimiento, es un géiser de rabia lanzado desde lo más profundo de las vísceras. Los del Escuadrón van a saco. El vedado fuego real aparece con pistolas perforando algunas nubes del cielo y algunos ánimos. ¿Por qué no un lanzallamas? Agua y fuego. Yo voy a medio gas celando y muchos de mis golpes de porra se estrellan contra el cemento: ¡Uy!, he fallado. Otros, cuando llegan al destino corporal, lo hacen sin envidia, son recibidos blandamente, ya no digo con alegría, pero seguro que ni daño hago, sé que ni moratones quedarán, que les llenará de honor cuando en el futuro lo mencionen a sus nietos como hazaña o batallita. Igualmente temo que el Teniente Canalla rumie que estoy de huelga de porras caídas, y me abra un Expediente sancionador, o una brecha en la ceja, o ambas cosas. Yo quisiera pasar desapercibido en

medio de la masa, disimulo poniendo cara feroz, elevo el labio superior al zurrar sobre una mochila o sobre una carpeta universitaria, mirando de soslayo frunzo el ceño con faz de odio desmedido, especialmente, cuando me observa el truhán con sus ojos inyectados en sangre y las mandíbulas ensalivadas, balbuceando improperios, el Tyrannosaurus Rex de los antidisturbios, el ser más hijoputa que he conocido. Se oyen consignas como petarditos de A vosotros también os bajan el sueldo o grititos de los más jóvenes con la gilipollez de... ¿Se os ha ido la pinza? o la chanza espumosa de los del botellón con... Queremos tanques, sí, pero de cerveza. Alguien a mi izquierda lanza gases lacrimógenos preceptivos. Diría que un cincuenta por ciento de los revoltosos ha huido por las calles adyacentes como si fueran las patas desmembradas del cuerpo central de un enorme arácnido. Los de los sindicatos UGT, CC.OO., CGT, USTEC, ASAJA, SATSE y otros más minoritarios tocan retirada, tatííí. Los más tercos, estoico-masoquistas, se quedan boquiabiertos esperando la lluvia ácida. La tendrán. La tendrán, repite ensimismado como si me oyera el gerifalte Cañizares, escupiendo el purito con sarna y perdigones de saliva; parece que le estén tocando lo que no suena. Veo alguna ambulancia abriéndose paso. Escucho algunas sirenas lejanas de los coches de la policía autonómica. La vista se me nubla, cierto vértigo. Debería haber desayunado más fuerte. No sólo el desconsolador café con leche que me hace olas en las paredes del estómago y me produce reflujo. Las horas pasan lentas, de tan despaciosas, desquiciantes. El sol de la tarde es turbio, a punto de desdibujarse. Algunos manifestantes rinden pleitesía

al cansancio. Otros marchan ya cabizbajos, los ojos vidriosos, amoratados, algún diente menos, alguna brecha sangrante, pero siguen soñando con utopías alcanzables; serán las de mañana, por hoy ya vale. Quedan cuatro gatos. Tres. Dos. Las aguas volverán a su cauce. La sangre no llegará al río. El doble de Romay también se va, con todas sus piezas. En el Informe del Teniente Cañizares expondrá: ...exitosa actuación, paradigma primoroso, desalojo incondicional, no he hecho prisioneros, no hay ni un solo... ¡de-te-ni-do!

Epílogo

Se derrama la noche con la densidad de la lava, con la quietud que inspira la lenta órbita de los astros. Una delegación del Gobierno de la Generalitat nos espera en la Sede Central. El Conseller de Interior —su testa se va deformando en altavoz— la preside. Al llegar el convoy de vehículos blindados el político se acerca directamente al Teniente Cañizares y le muestra unas imágenes grabadas desde un móvil Anonymus con no sé cuántos píxeles de calidad fotográfica y en HD, siendo él mismo quien lo ha registrado en su iPad 3 como prueba contundente. Las imágenes brutales que están corriendo por Youtube, la prensa internacional y por medio mundo, describen con acertado desdén los métodos expeditivos de una Policía Antidisturbios espejo hasta aquí de rectitud. Se ve diáfano al Teniente Cañizares cazado, golpeando ferozmente con la culata de su carabina a un indefenso parálítico con rijosa coleta y brazos sarmentosos en alto, en su tuneada silla de ruedas, hasta abrirle el cráneo como a un coco un machete, sanguinariamente.

El Conseller empalidecido se juega mucho más su ya mermada credibilidad, se coloca delante de su Mercedes negro blindado cubriendo la retaguardia y muy protocolario le dice al militar:

—El parálítico ha muerto. Queda usted, Teniente Cañizares, detenido por el asesinato de... —lee un patronímico que no llego a entender—. Tiene usted derecho a permanecer callado. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra... —¡El Conseller se dirige a mí y me ordena frunciendo el ceño que espose al

detenido!, luego mira marcial al castrense y con complicidad le guiña un ojo de búho, desconcertándome.

—Qué paradojas tan execrables nos da la vida, eh, Agente Martínez... —me sopla caliente al oído el Teniente Cañizares, entre susurros cavernosos, subyugados, aherrrojados—. El único y verdadero amigo que tengo en el Cuerpo y me tiene que poner los grilletes...

A modo de postdata.

El Teniente Cañizares fue juzgado y condenado. Quince años de una Perpetua elástica leguleya por no sé qué atenuantes de su Hoja de Servicio sin mácula. Bueno, al menos hay justicia en esta precisa coordenada de la Vía Láctea, eso pienso aquí y ahora. Yo me salí del Cuerpo, entiéndanme, renuncié por principios a mi plaza estable de funcionario estatal. También me separé de mi esposa conservadora. Utilicé el número del móvil de la manifestante despampanante de pecho exuberante y pantagruélico, sin mucho éxito por cierto, apenas un polvete que fue un fiasco porque la mujer era fría como una losa de mármol congelada en el invierno de Groenlandia. Evoco ahora mismo al Agente Ramírez con su falsa modestia y sus frases empalagadoras y altisonantes y hueras; no se ha muerto, pero descanse su soez lengua en paz. Ahora trabajo en un instituto de secundaria privado, enseño Geografía e Historia y el arte de leer entre líneas y no creérselo todo a pies juntillas. Soy un divorciado con la caña a punto. Hoy es la matinal de un sábado. El cielo está cubierto de nubes blancas deslumbradoras. Desde aquella manifestación con una única detención ha pasado un semestre. Estoy serenamente tomando un café

humeante frente a la Cárcel Modelo, sin hacer daño a nadie. La temperatura media exterior es de 15 grados; ideal la brisa fresca. La paz, monótona, está dando vueltas en la primera rotonda. Huele a maní, anchoas, alcanfor, y ceniza. Leo en el diario del bar -antes de atacar el donut del plato- que el presidente de Amnistía Internacional en España ha hecho unas declaraciones a Gemma Nierga en la Cadena Ser preguntando Qué imagen interior o exterior proyecta el Gobierno cuando tiene estas actitudes... ¿La Impunidad? Antes de seguir leyendo no puedo dar crédito a lo que ven mis ojos. La Casuística. El Teniente Cañizares está saliendo de prisión con una espesa barba florida y un petate que hace las veces de joroba. Leo encolerizado en el diario que el Consejo de Ministros ejecuta la potestad de condonar cada mes a un preso y lo ha absuelto... ¡precisamente a él! Qué damnificación es ésta. Qué difamación a la bondad; difícilmente encajable en un puzzle de Justicia. Y descaradamente lo exponen en el BOE, sin importarles un rábano la dignidad o la compostura o la decencia, o la habilidosa trenza de todo ello, dejando una cesta abierta de mimbre donde se enrosca una serpiente vasta, escurridiza, venenosa. El Teniente Cañizares disfruta de su puesta en libertad tomando oxígeno de la Avenida de Roma, pasa por delante del bar pavoneándose, exhibiendo su cabeza oblonga, asomando entre los labios resechos su cimbreante y húmeda lengua bífida, y yo..., zozobrando, oculto mi rostro y mi cuerpo con las alas abiertas del periódico; no es mi deseo que el depredador me reconozca y tenga que intercambiar con él cuatro palabras que sin duda alguna serían disonantes. Acérquense ustedes a mis pupilas, sí,

un poco, un poquito más, hoy no verán otra cosa en ellas que no sea un agujero negro por donde entra, cómo no, un viento helado, el desencanto. ¿El desencanto como costurón del alma? Pues sí. Muchas gracias por preguntar. Pero, vamos, seguro que... de esto salgo.



ACCÉSIT 1

MIGUEL ÁNGEL DÍAZ DUEÑAS

“El saxofón de plástico”



EL SAXOFÓN DE PLÁSTICO

Por Miguel Ángel Díaz Dueñas

I

Una vez leí que Charlie Parker dio un concierto entero con un saxofón de juguete. Ocurrió en el cincuenta y tres, tan solo un par de años antes de su muerte, aunque en aquel momento, claro, eso nadie podía saberlo. Por lo visto, Parker se encontraba en Canadá junto a Gillespie, y alguien había perdido su equipaje, así que a los organizadores no se les ocurrió otra cosa que ir a una tienda de instrumentos y comprar un saxofón para el concierto. Pero se conoce que no contaron con el presupuesto. Quiero decir que estoy segura de que nadie se ocupó de consultar antes el precio de un instrumento nuevo. Así que al final acabaron comprando un saxofón de plástico concebido para principiantes.

A mi padre le encanta esa historia, también él la conoce, Charlie Parker es de sus músicos favoritos. A veces me pide que se la repita, y yo lo hago. Me detengo en las partes que más le gustan, como el instante en el que Parker recoge su instrumento de plástico y se lo lleva a la boca, por ejemplo; no le importa sabérselas de memoria. Ríe los días que voy a visitarle. Hoy no se encuentra del todo bien, por eso es por lo que me han llamado. Creo que la medicación empieza a no funcionarle. Lo encuentro tumbado en su cama, con la mirada perdida en las imágenes de un televisor del que no sale ningún sonido. Al verme, agarra el mando a distancia. Escudriña unos botones que de pronto parecen resultarle desconocidos.

De pronto me parece viejo. Me acerco a su lado y le quito el mando de las manos. Apago el televisor. Él mira la pantalla en negro.

—Papá, soy yo, Rebeca —le digo. Al instante me arrepiento de haberle saludado de un modo tan condescendiente, pero es demasiado tarde para cambiarlo por algo distinto.

—Estoy mejor, Rebeca, en serio —contesta—, apenas olvido ya las cosas. En poco tiempo volveré a la casa.

—Claro.

También mi padre es aficionado a la música, aunque él no conocía la anécdota de Parker y de Gillespie porque no maneja internet ni está suscrito a ninguna publicación. Fui yo quien tuvo que contársela. La leí en una revista llamada Jazzmates en la que se habla por igual de las figuras nuevas del jazz y de las ya consagradas. Hoy he traído un número antiguo conmigo, normalmente no acarreo nada. Dejo la revista sobre la mesilla de mi padre. Él la abre al azar por una de sus páginas.

—¿Es que ahora lees mientras conduces? —pregunta y ríe.

—Muy gracioso, papá. —Le devuelvo una sonrisa—. Es que he venido en autobús, ya no tengo el coche, se lo quedó Carlos. —Me pongo algo serio, no puedo evitarlo, me cuesta hablarle de Carlos—. Pensé que ya te lo había contado.

Mi padre asiente y baja la cabeza, apoya mi revista sobre su regazo. Yo le acaricio la nuca. Sé que le había dicho que ya no tengo el coche, lo recuerdo perfectamente. También que Carlos y yo decidimos separarnos. Ambos sabíamos que le dolería; mi padre y él estaban

muy unidos, como suele decirse. Decía que era su yerno favorito por más que a ninguno de los dos nos gustara oírlo, que lo quería como a un hijo. Hablaban de música y de deportes y de otras cosas que seguramente hubiera preferido contarle a un hijo verdadero. Sé que le hubiese gustado tener un chico, también a mi madre, pero el caso es que no pudieron. Mala suerte.

—Oye, ¿tú crees que el público sabía que era de juguete?

—pregunta mi padre. Cierra la revista y vuelve a dejarla en la mesilla. A punto está de tirar al suelo un vasito de plástico que ahora está vacío—. En aquel concierto, ya sabes. Quiero decir si lo notaron.

De pronto empieza a sonar mi móvil. Es Carlos; ya me ha llamado varias veces. Me detengo a mirar la pantalla durante unos segundos, no quiero cogerlo. Al cabo de un tiempo el teléfono se queda en silencio.

—Pues no sé, papá. Supongo que la gente oye lo que quiere oír, nada más que eso. Como tú antes con la tele, ¿te acuerdas? La tenías puesta sin volumen.

Mi padre asiente.

—Es que así es como la prefiere tu madre, Rebeca, no lo hago por mi gusto. Me lo dijo antes, vino a verme por la mañana. Dice que le molesta el ruido.

—¿Mamá ha venido?

Una enfermera abre la puerta de la habitación. Golpea la madera con los nudillos a pesar de encontrarse ya dentro. En una mano tiene un vasito de plástico idéntico al que mi padre ha estado a punto de tirar al suelo, en el que trae sus medicinas. Avanza unos pasos y lo deja sobre la mesita, retira el antiguo. Yo me incorporo para quedar a su altura, dándole así la espalda a mi padre. Hago cuanto

está en mi mano por que él no me vea la cara.

—No sé si le hacen efecto —le susurro a la enfermera. Señalo hacia el vasito—. Me ha hablado de mi madre. Parece que no recuerda nada de lo de mi madre. También la enfermera señala hacia el vasito de las medicinas. En su interior hay dos cápsulas alargadas.
—Que se las tome.

II

Mi padre ha conseguido encender el televisor solo. En este momento, ponen uno de esos programas de citas en los que los participantes buscan pareja entre personas que no conocen. Yo me siento en una silla, a los pies de su cama. Saco mi móvil y miro las fotografías que tengo guardadas en la memoria. En muchas de ellas aparece mi padre; casi siempre a mi lado, aunque también con Carlos. En otras, aparecemos Carlos y yo solos. Besándonos. Me gustaría encontrar una en la que estuviese mi madre, pero sé que es imposible; todo sucedió hace demasiado. La recuerdo siempre en la cama —yo era pequeña—, esa es la única imagen que conservo de ella. Recuerdo el día en que me cogió de las manos y me preguntó de repente si había sido una buena madre. Yo me puse muy nerviosa, no podía creerlo. Estábamos en el hospital, a solas; mi padre había salido a hablar con los médicos, no lo recuerdo, o quizá tan solo estaba descansando. El caso es que yo miré para los lados, no sabía qué decirle, y después hacia sus ojos, unos ojos que por momentos se volvían vacíos y lejanos. Bebí algo de agua, tenía la garganta seca, y me miré en lo más hondo de sus pupilas. Al menos intenté hacerlo. Pero ella ya no

reaccionaba. Entonces me di cuenta de que, contestara lo que contestase, ya era demasiado tarde para que ella pudiese escucharme.

III

Me gusta mirar mis fotos. A menudo lo hago cuando estoy a solas, me entretiene. Paso de unas a otras sin un orden aparente, de las más recientes a otras más antiguas, y después a las recientes de nuevo. No sigo un patrón fijo. Me encuentro con una en la que vuelve a salir mi padre, se le ve joven a pesar de ser de hace poco. Corresponde al día en que me regaló el disco en el que Parker toca su saxofón de plástico; Carlos se empeñó en hacérsela. Ese disco no era más que una copia que alguien debió de hacerle en un CD regrabable —mi padre no pudo encontrar la grabación original—, pero de todos modos me hizo ilusión que me la entregara aquel día. Él está de pie en esa foto, a mi lado, ambos apoyados en una estantería repleta de vinilos antiguos. Mi padre alarga una mano con la que sujeta el disco de Parker y Gillespie, y yo hago un gesto parecido haciendo como si lo recibiera. «Yo te regalo, hija, esta copia grabada porque no he encontrado el disco verdadero», dijo mirando a la cámara, con una solemnidad cómica. «Me dolería si fuese menos falso que el saxofón de Parker», contesté yo en el mismo tono. Después reímos durante mucho rato. También Carlos. Recuerdo su cara tras el visor de la cámara; apenas era capaz de disimular las carcajadas. Tuvimos que repetir varias tomas porque no éramos capaces de aguantarnos.

Mi móvil vuelve a sonar. Es Carlos. Me encierro en el

baño para hablar a solas.

—Uf, por fin —dice—. Te he llamado un millón de veces. ¿Cómo está tu padre?

—Sí, bueno, es que lo tenía sin sonido.

Puedo oír su respiración a través del teléfono, y supongo que también él oye la mía. Hace más de una semana que no nos vemos.

—He pensado una cosa —dice—. El disco, tienes que quedártelo, lo he encontrado en el reproductor del coche. He pensado que te lo quedas tú, al fin y al cabo fue de tu padre antes que nuestro.

Entorno la puerta del baño, vigilo a mi padre a través del hueco que conforma con el marco.

—No está bien, Carlos. Dice que ha hablado con mi madre, que han pasado la mañana juntos, ¿entiendes lo que digo?, que ha venido a verlo. Ya no recuerda las cosas. Ni siquiera recuerda lo que le pasó a mi madre.

Carlos se queda en silencio, también yo lo hago. En cierto modo, se acompañan nuestras respiraciones.

—Bueno, de todos modos, he pensado que te lo quedas tú. Es lo justo.

A través del hueco de la puerta, veo cómo mi padre ríe por algo. Continúa mirando el televisor. Pienso en ese disco, en las cosas que viví escuchándolo, en el esfuerzo que tuvo que hacer mi padre para que alguien le hiciera una copia y poder así regalármelo.

—¿Es que no oíste lo que dijo el abogado? Dejó bien claro que no peleásemos. Hazle caso a él al menos, si es que a mí no quieres escucharme.

Mi padre empieza a frotarse los ojos como quien simula llorar por la risa. Se golpea en las piernas y en el pecho.

Miro hacia la pantalla. Ponen una película que yo nunca he visto. Entonces entra otra vez esa enfermera e inyecta algo en el gotero de mi padre, algún medicamento, y yo cuelgo el teléfono. Salgo del baño.

—Es para que se tranquilice —dice la enfermera—, se le oye desde el final del pasillo. —Me mira—. Lo mejor es que permanezca tranquilo, esto es normal del todo.

—Gracias —contesto cuando ella ya se ha marchado y vuelvo a sentarme en la silla frente a los pies de la cama. Mi padre se va durmiendo poco a poco.

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y yo te leía tus cuentos favoritos? —me dice con un hilo de voz—. Quizá vaya siendo hora de que me leas tú alguno.

—¿De veras te acuerdas de eso, papá?

—Rebeca, nunca podría olvidarlo.

Abro la revista de jazz por las últimas páginas; ya leí las primeras en el autobús que me trajo hasta mi padre. Me doy cuenta de que uno de los artículos que no he leído se titula La verdad sobre Parker y Gillespie, está escrito por un crítico bastante conocido. Sonrío, ahora me parece más interesante que nunca.

—Pero está en inglés, papá —le digo—. Tendría que traducirte.

Miro a mi padre, pero él ya no reacciona. Aun así, leo en voz alta:

—El significado de una obra artística no depende solo del autor o del intérprete que la ejecuta, sino del público que la observa; es ese público quien dota de sentido a una obra que, sin él, podría no representarse o ni tan siquiera haber sido concebida.

Levanto la mirada de la revista, mi padre sigue dormido.

—A todo eso se le llama «suceso paradójico». Un ejemplo de este suceso podría estar representado por un concierto en el que Charlie Parker interpretó varias piezas con un saxofón de juguete junto a Dizzy Gillespie. El público disfrutó mucho a pesar de no ser de sus mejores actuaciones, destacaron el sonido chillón atribuido a su saxofón de plástico, lo cual propició que se publicaran sendos artículos en diversas revistas especializadas—. Dejo de leer un instante—. Papá, ¿me oyes? —le digo. Él no contesta.

—Pero nada de lo que se escribió acerca de esa actuación fue cierto, jamás existió ese saxofón de juguete. Así pues, el significado de esa obra no está representado por sus notas musicales, tampoco por la grabación falsa que años más tarde se difundió como auténtica; el verdadero significado de esa obra está construido por la imagen inventada que cada uno de nosotros ha conseguido formarse de ella.

De pronto me quedo en silencio. Cierro la revista y cojo mi teléfono, quiero llamar a Carlos. Lo hago desde el baño para no molestar a mi padre, a pesar de ello, veo cómo poco a poco se despierta.

—¿Carlos? Sí, escucha, ¿tú te acuerdas de esa historia de Parker y Gillespie?, ¿aquella del saxofón de plástico?

—¿Lo dices por el disco? —contesta—, ya te he dicho que es mejor que te lo quedes.

—No, yo me refiero a si conoces toda la historia, la historia verdadera de ese concierto—. Me llevo las manos a la cara instintivamente.

—A ver, Beca, esa historia es falsa, no hay quien se la trague. ¿Un saxofón de juguete, dices?, ¿para uno de los

mejores músicos de la historia? Yo no me lo trago.

Mi padre, en su cama, hace algún ruido; lo veo a través de la rendija. Me doy cuenta de que ha logrado incorporarse. Salgo del baño con el teléfono en la mano y me acerco a él. Lo encuentro mirando hacia el televisor apagado.

—Oye, Rebeca —dice—, ¿sabías que Dizzy Gillespie dobló su trompeta por accidente? Por lo visto tropezó y cayó sobre ella, alguien me lo contó hace tiempo, no recuerdo quién. El caso es que todo ocurrió durante el cumpleaños de su esposa.

Vuelvo a llevarme el móvil a la oreja.

—¿Lo has oído? —digo.

Oigo cómo Carlos resopla a través del teléfono.

—Que no, Beca, que es imposible que una trompeta pueda doblarse, ¿no lo entiendes?

Me enfado. Niego con la cabeza.

—Pues a mí me parece que eres tú quien no lo entiende—. Cuelgo el teléfono.

IV

Recuerdo el día en que Carlos y yo nos separamos. Nada se me ha olvidado. Apenas han pasado dos meses desde aquello, poco tiempo, podría decirse. Pero el caso es que a mí me parece que sucedió hace más de una vida. Nos costó hablarlo. Quiero decir determinarlo; abandonar la casa, decidir quién se quedaría con el coche. Todo eso. También recuerdo que Carlos me dijo que estaría dispuesto a fingir que seguíamos juntos con tal de no alterar a mi padre —el pobre estaba ya muy deteriorado—, que tan solo tenía que pedírselo. Lo recuerdo mirando ha-

cia el suelo a la espera de una respuesta, apoyado en la estantería repleta de vinilos frente a la que pocos años antes nos habíamos hecho nuestra foto.

La verdad, nunca he sabido la razón por la que se ofreció a hacer eso, aunque, a fin de cuentas, quizás no sea importante. Puede que siguiera enamorado, quién sabe, no lo descarto. O tal vez apreciara de veras a mi padre, solo eso. El caso es que yo contesté que no y jamás volvimos a hablar de ello.

V

Vuelve a sonar mi móvil, esta vez se trata de un mensaje. Es de Carlos. Me pregunta por el coche, o por el disco que encontró en el reproductor, o en la guantera, o donde sea que lo encontrase. Resulta que quiere enviármelo. Me río por más que no tenga la menor gracia, empieza a dolerme la cabeza. Escribo «Gracias» y guardo el teléfono.

Ahora pienso que Carlos también le habría gustado a mi madre. Mucho. Ella y yo tuvimos nuestras diferencias, ya lo creo, y nuestras peleas —tenía un carácter muy fuerte—, pero intuyo que, si hubiera llegado a conocerlo, Carlos le habría encantado. De hecho, me gustaría que me hubiese acompañado el día en que ella me preguntó si había sido una buena madre, no me lo esperaba. Llevábamos semanas sin hablarnos; ella era muy tozuda y yo no era más que una adolescente. Seguro que Carlos, de alguna manera, nos habría ayudado a comunicarnos. Estoy convencida de eso.

Mi padre, sentado en su cama, toquetea el mando a distancia y mira hacia la pantalla. Entorna los ojos. El tele-

visor está apagado, pero ya no sé si se da cuenta. Vuelve a fijarse en la revista.

—¿Es que has venido leyendo mientras conducías? —insiste. Después baja la cabeza—. Ah, no, que ya me dijiste que no tenías el coche. A veces me equivoco, Rebecca, perdona.

Lo miro, ahora me parece más vulnerable que nunca. Desearía abrazarlo, pero no lo hago. En cambio, me siento a su lado.

—Papá, todo es mentira —le digo—. Acabo de enterarme. Lo de Parker. Nunca tocó un saxofón de juguete, todo es un invento. —Inspiro hondo, trato de sonreírle. Él deja el mando sobre la cama—. Incluso puede que Gillespie ni siquiera doblara su trompeta por accidente. Mi padre me mira, también sonríe. No sé si ha entendido lo que acabo de decirle. Tras él, el televisor sigue apagado. Ahora, más que nunca, desearía que pusiesen un documental sobre Charlie Parker y Dizzy Gillespie y aquel famoso saxofón de juguete. Ya lo creo que me gustaría. Decido levantarme, quiero llamar a Carlos. Me encierro en el baño para que no nos oiga mi padre.

—Todo está perdido, ¿sabes? —le digo. Hablo despacio, trato de disimular que lloro en la medida de lo posible—. Morirá pronto, Carlos, los médicos me lo han dicho. Ya ni siquiera vienen a verlo, ¿comprendes? Le queda poco tiempo, y creo que tiene derecho a saberlo. Me estoy planteando decirselo.

Carlos se mantiene en silencio, sé que no le gusta la idea de decirle la verdad a mi padre. Al fin y al cabo, estuvo a punto de simular que continuábamos juntos con tal de no tener que hacerlo.

—Solo te digo una cosa —responde—: ¿qué ganaría él con saber que va a morirse, piénsalo, con saber que lleva casi media vida viudo? ¿Es por tu padre o acaso lo haces por ti misma? —Antes de que pueda responderle, cuelga el teléfono.

Vuelvo a la habitación y me acerco a mi padre.

—Los hombres somos unos cabezotas, eh —me dice.

—¿Y tú cómo sabías que hablaba con un hombre? —
Sonrío. Él se encoge de hombros.

—A veces pienso que Carlos le habría caído bien a mamá, ¿no te lo parece? Estoy segura de que habrían congeniado. —Me siento a su lado, lo acaricio—. Ojalá me hubiera acompañado aquel día, en el hospital, el día en que fui a verla, pero claro, yo no era más que una niña, y él y yo aún no nos conocíamos. Papá, aquel día mamá me hizo una pregunta que no pude responderle, ¿sabes?, ojalá hubiera estado Carlos junto a mí en ese momento, seguro que me habría ayudado.

—¿Y qué pregunta era esa?

—Pues una pregunta muy importante. —Inspiro hondo—. Pero bueno, el caso es que no pude contestarle nada. Así que ahora eso ya no importa.

—Mujer, no es para tanto. Si me dices qué pregunta era, quizás yo pueda hacérsela cuando ella venga.

—Da igual, en serio. No te preocupes.

Mi padre vuelve a mirar hacia la televisión apagada. Después mira hacia la revista, que está en la mesilla, junto a la cama.

—Oye, ¿y esa revista? ¿Es que ahora lees mientras conduces?

Sonrío por más que no tenga ganas de hacerlo.

—No, papá, no he venido conduciendo.

La enfermera entra en la habitación de nuevo. «Bueno, es hora de dormirse», dice, y vuelve a inyectarle. Él se tumba y me pide el mando a distancia. Yo se lo acerco. De pronto dudo entre la verdad y la mentira, entre lo que es mejor para él y lo que en realidad deseo contarle. En el televisor dan un documental sobre músicos y bailarines.

—Existe una cosa, Rebeca —dice mi padre—. Lo leí hace tiempo. Es algo llamado suceso paradójico, o algo parecido, no me acuerdo bien del todo. El caso es que no importa nada lo de ese saxofón de plástico, en serio, da igual si existe.

—Pero las cosas no dan igual, papá, las cosas importan si existen.

Mi padre me chista, mueve los brazos para que me calle.

—Lo único que importa son los momentos que pasamos escuchándolo, todo cuanto vivimos, todo lo que soñamos juntos, lo demás da todo igual. —Hace lo que puede por sonreírme, de pronto parece agotado—. Aunque, de todos modos, se lo preguntaré a tu madre. Ella estaba empeñada en su existencia, ¿sabes?, siempre le gustó esa historia. Ya te he dicho que viene a verme muchas veces, me cuenta algunas cosas. Tú crees que fuiste tú quien me contó lo del saxofón de Parker, pero en mi memoria es ella quien lo hace.

También yo hago lo posible por sonreírle.

—Suceso paradójico, dices.

—Suceso paradójico.

Mi móvil suena otra vez. En esta ocasión no se trata de una llamada sino de un mensaje de texto.

—¿Quién te llama ahora? —dice mi padre con los ojos

ya cerrados. Yo cojo el teléfono y miro la pantalla.

—Es Carlos, que me escribe un mensaje.

—¿Y qué dice?

—«¿No crees que es mejor recordar las cosas que son importantes?», eso dice.

—Me parece una buena pregunta.

—Sí, a mí también me parece una buena pregunta, papá.

—Pues las buenas preguntas no deberían quedarse sin respuesta, ¿no te parece?

Escucho a mi padre y sonrío mientras lloro. Con la mano le acaricio la frente, le peino el flequillo. Pienso en lo real y en lo falso, en todo eso. En el ofrecimiento de Carlos el día que decidimos separarnos, por ejemplo, en la enfermedad de mi padre; en que él cree que mamá lo visita cada mañana.

Lo beso en la cara. Él se seca mis lágrimas con el dorso de sus manos.

—Papá, ¿me oyes? —le digo. Pero él ya se ha dormido.

Vuelvo a mirar la pantalla de mi móvil, después lo apago y lo guardo, y me acerco a mi padre cuanto puedo.

—Me gustaría que me prometieras una cosa, papá, ¿quieres?, solo una —susurro—: cuando vuelvas a ver a mamá, dile de mi parte que fue una gran madre.



ACCÉSIT 2

PABLO MANZANO
“Un informe detallado”



UN INFORME DETALLADO

Por Pablo Manzano

Obra: Historias en blanco y negro.

Género: novela satírica con elementos de realismo sucio y malditismo.

Tema: un joven de mala vida, aspirante a escritor, busca la aceptación de un editor y de jóvenes escritores reconocidos.

Posibles lectores: tal vez la obra tendría éxito entre los amigos del autor.

Impresiones generales: 1.-Las crónicas urbanas y marginales son propias del malditismo infraliterario. Aquí el personaje principal pretende usar una de sus crónicas como punto de partida de una literatura más ambiciosa . Pero lo cierto es que Historias en blanco y negro se limita a encadenar retablos decadentes, sin llegar a ser una novela lograda. 2.-La alteración nominal de los personajes persigue un efecto cómico fallido. La mayoría están desdibujados, reducidos a nombres supuestamente graciosos y algunas frases que el autor pone en sus bocas para volverlos grotescos. 3.- El estilo es cursi y arcaico, con insistencia en signos de exclamación, rimas y cacofonías . El narrador es reflejo de una misantropía y una incompetencia emocional absurdas .

Desarrollo argumental: la novela transcurre en un escenario distorsionado, un barrio con división cromática (mascarada surreal poco original que podemos hallar en Boris Vian). Demodito, el narrador, habita la zona en

blanco y negro, recorriendo a diario «calles hediondas de edificios como cuevas». A veces duerme en esas mismas calles, pese a tener un techo . A veces trabaja como vendedor ambulante de cerveza, aunque se niega a vender las latas para empinárselas él mismo una tras otra (claro plagio a Ignatius Reilly, que se negaba a vender perritos calientes para así saciar su gula). Un día, en una de esas calles, levanta la vista y se encuentra con un edificio de cuevas y los vecinos asomados a los balcones protagonizando una escena demencial. Así surge su primera crónica, «El escaparate» .

«Toda la miseria torrencial que estallaba en mi cara día a día y noche a noche debía ser la materia prima y nada más, pues las grandes obras no se quedan en la superficie: penetran, bucean, escalan. ¡Tenía yo que dar el gran salto, despegar de la realidad! ¡Demostrarle al mentor de lo que era capaz!»

«¡Quisiera ser profundo pero me hundo, es todo lo que consigo cuando quiero explicar mi mundo!»

«¡Ah, si no albergara tanto odio en mis entrañas el mundo parecería un bello lugar!»

«Me vencia la mala vida, un pellizco de aguja en el brazo, ¡oh, sí!, otro en una vena del pie, y amanecía en una acera o en un portal y me arrastraba para escapar del vómito nocturno, ¡oh, no!, y volvía a rondar bajo el sol, pero como el fantasma de una noche que nunca se acaba.»

«Un lobo desafinado que aúlla botella en mano: No llores por míiii..., y un gruñón que le grita desde el balcón inferior: ¡A callar, tú, estamos hasta la polla de penas! No le faltan ganas de socializar a aquél que apela a todo el que por la calle pasa: Jordi, ¿tienes algo para mí?, pregunta al cartero. ¡Hostia qué velocidad, Jordi!, grita a un anciano que avanza a paso de tortuga sobre un trípode. ¡Menudo culo transgénico, Jordi!, es el cumplido para una africana que viene y va. ¡Eh, Jordi, una bombona para Mahoma!, exige al butanero. ¿Y tú, Jordi, de dónde cojones has salido?, increpa a un ladrón que cuelga de la cornisa a la espera de zambullirse en el balcón del cuarto piso donde una madre senil forcejea con un hijo adulto, obeso, gafas como prismáticos. No llores por míiii... que no vale la penaaaaa. El lobo desconsolado desaparece en su balcón, a la vista tan sólo un brazo apoyado en la barandilla, la mano entumecida, la botella que pende oscilante entre sus dedos: No llores por míiii... ¡Que te calles de una vez! ¡Prefiero una explosión antes que oírte cantar! ¡Que estalle el mundo, coño,

En una de sus expediciones al barrio de color conoce a un editor, el Canitas, del que se hace amigo y al que considera su mentor. El Canitas encuentra tres carencias en su crónica: introducción, nudo y desenlace. También le señala que peca de excesivo en su delirio, a lo que Demodito responde que en sus calles «el delirio es la norma». El mentor le explica que con retazos de delirio no se hace literatura, pero lo anima a seguir intentándolo. «Aprender es duro –le dice–, pero si escribes yo te leeré. Soy de la vieja escuela, soy de los que leen. Los de ahora sólo leen listas de ventas. Yo te leeré con lápiz en mano, pero tú también tienes que leer.» Le recomienda a Proust, Nabokov, Faulkner, Joyce, Kafka, Dante, Cervantes... Demodito empieza a frecuentar las bibliotecas, pero pronto encuentra excusas: «leer es olvidar, leer es leer siempre el mismo y único libro. ¡El que llevamos dentro!». Decide que para escribir no hay que leer, sino vivir, ver, oír (su necesidad y su candor son imperdonables).

Con el tiempo Demodito reúne una serie de crónicas basadas en experiencias cotidianas. Una describe la ocasión en que conoce a Bohemius en un concierto de música experimental, donde ellos son las únicas criaturas en blanco y negro en medio de un público colorido. Se entienden de maravillas y deciden compartir cueva. Ocupan una en un edificio en mal estado. Allí comparten tristezas éticas y el asco que les produce la época en que les ha tocado vivir. Hablan de Lautreamont, de las vanguardias... Viven rodeados de muebles de la calle (mucho mimbre), «libros viejos y vinilos llorosos», cortinas con agujeros, interruptores que cuelgan de los cables (ya

casi no quedan paredes), trozos de pan duro, platos y vasos repletos de colillas, papel de plata, mecheros, botellas y latas vacías, una guitarra con una cuerda menos y una clavija menos, los cuadros lúgubres pintados por Bohemius... En la cueva compartida ocurren más cosas que inspiran más crónicas, como la visita inesperada de Joe Like That, referida en «Ni dinero ni joyas» . Este nuevo personaje parece ser un músico de la calle, más de la calle que músico, no tiene techo y tampoco una guitarra, se dedica a robar en las cuevas. Demodito lo invita a vivir con ellos y Bohemius le ofrece su guitarra mutilada. Joe Like That les pide perdón por haber entrado a robar y les cuenta su historia. A los cinco años había pisado un clavo tan grande que la punta asomó por el empeine, su abuela irlandesa había aliviado su dolor y su llanto con una pinta de cerveza roja, un trago de whisky y una canción popular. Treinta años más tarde Joe Like That vive entregado a la música y la bebida, convencido de que cuando forme un grupo su ex mujer hablará con el actual marido, director de una importante discográfica, y así él conseguirá grabar un disco que alcanzará los primeros puestos en las listas de ventas, like that.

que caiga esa bomba ya! Y el ladrón columpiándose a la espera de que esa madre y ese hijo caigan de una vez por todas para disponer de una entrada despejada. Empero, de repente, lo que cae es la botella, viene directo hacia mí, ¡oh, sí!, como el primer obsequio de un bombardeo aéreo, ¡oh, no! El estallido a mis pies, los vidrios desparrramados por la acera a pocas baldosas de los moritos que reciben alguna que otra astilla salpicada pero que a esa hora de la tarde ya están morados de tanto disolvente como para reaccionar, y luego las disculpas de aquel lobo desafinado: ¡No llores por míiiii... Y el más sociable de la vecindad que también se dirige a mí: ¡Eh, Jordi, llama a la pasma y que se lleven a este Jordi, que siempre le da por tirar botellas a cualquier Jordi que pasa, te lo digo yo, como que me llamo Jordi.» «¡He vivido, he visto, he

El alcohol y la droga (¿cómo pueden comprarla siendo tan pobres?) son el centro de la vida de estos tres jóvenes que se dedican a actividades creativas con dudoso talento. Un día tienen que mudarse al edificio de cuevas de al lado, pues el que habitan va a ser derribado (ver «Agenda Cultural»). Los derribos continúan en la zona blanco y negro, forzando nuevos éxodos. Todos los vecinos de las cuevas se trasladan a la siguiente manzana, cuyos edificios también serán derrumbados, con lo que se van desplazando hacia la frontera del barrio, una calle con una acera en blanco y negro y la acera de enfrente en color. En esa calle, del lado del blanco y negro, Demodito sigue recolectando material para sus textos sórdidos: ancianos que hablan solos , jóvenes que aparecen tirados en la puerta del edificio .

Al otro lado de la calle, en el mundo de color, vuelve a encontrarse con el Canitas y le entrega su material más reciente. El editor lee los textos en su presencia y no comenta nada. «Tienes mala cara –le dice en cambio–. ¿No comes, no duermes, no sabes vivir la vida?» El mentor le habla de los niños, de las arrugas horizontales en la frente. «¿Ves mis arrugas? Son horizontales, pues he vivido encogiendo la frente para mirar el mundo con sana curiosidad, como lo miran los niños. Me encantan los niños.» El mentor le explica que también están las arrugas verticales, grabadas a fuego entre ceja y ceja, «en rostros afeados por la mala vida, por el resabio y la amargura». Le devuelve sus escritos. «Eres un buen cronista –le dice–, diverso y divertido. Tienes historias, pero falta una narración que las ilumine. Despega de los hechos, miente, aprende a mentir. Cuando escribas algo

que pueda llamarse literatura, me lo envías por correo. Y sal de ese mundo, o engendrarás malas arrugas». El mentor le recomienda cambiar de ambiente, le menciona a algunos escritores y le dice dónde encontrarlos. Al despedirse le apoya una mano en la rodilla: «La próxima nos vemos en mi casa.»

Demodito se pasa días maldiciendo al mentor («¡Ah, viejo sabihondo, ya verás!»). Piensa en sus compañeros de cueva, buenos ejemplos de arrugas verticales, y reconoce que el Canitas en algo lleva razón. Un día Joe Like That se pone a cantar con tanto desgarro y desafino que él tiene que enroscarse las orejas. Demodito le pregunta «¿cómo has llegado a esto, Joe?, dímelo, porque si no hago algo terminaré como tú.» Luego le señala la ventana, le sugiere que desaparezca de su vida tal como

oído! Ahora me toca sangrar sobre el altar de mi escritorio.»

«La sala llena de monigotes colorinches, el músico manipulando sus aparatos. ¡El resultado eran sólo ruidos! Susurré a Bohemius: –¿No ha pifiado una nota? Pero él estaba absorto en las proyecciones: imágenes superpuestas, entrecortadas, un caos visual perturbador. –Alguien debería subir al tejado y enderezar la antena –me susurró. ¡Aquello duró treinta minutos! Y finalmente todos los monigotes de pie para aplaudir, para parir glosas sobre el excelente nivel de la música experimental actual. Fue entonces cuando el músico blandió el micrófono y avisó: –Llevo treinta minutos intentando reparar mis aparatos para poder empezar. Intentaré solucionarlo lo antes posible. Muchas gracias por la paciencia.»

«Sobre la mesa dos platos, el eterno recalentado. ¡Servido! Bohemius atiende a mi reclamo, pero cuando comparece alguien le escolta, ahora somos tres, y el invitado sorpresa, sabe Dios por dónde habrá entrado, no se acerca a la mesa, temeroso acata la orden de mi compañero y se sienta en el suelo, doblega el miedo y solicita un cigarrillo, la voz quebradiza, extraña pronunciación, sudor de pecador. Bohemius le alcanza papel y tabaco, el papel tiembla en su mano como si en su afán por abanicarse cualquier cosa le sirviera, sus arcos cejiles: un poema. ¿Le apetece comer?, pregunto, pero el invitado sorpresa, sabe Dios por dónde habrá entrado, ya no se

llegó: «Salta, Joe, salta de una vez, like that.» Joe Like That se marcha furtivamente, llevándose todos los cuadros de Bohemius, que culpa a Demodito por el robo de sus obras. Demodito le resta importancia, esos cuadros no tienen ningún valor artístico . «Lo que tú escribes tampoco vale nada», le replica Bohemius. Demodito le pide entre llantos que abandone la cueva. La primera noche a solas echa de menos a sus compañeros, las charlas en torno a la pena y el regodeo de sentirse perdedores. Pasa las noches borracho entrevistándose frente a un espejo agrietado.

Pese a los consejos del mentor sigue sin despejarse de los hechos, limitándose a describir lo visto y oído. «Lo que tienen en común los comunistas» surge de un episodio en la fiesta de una ONG . Allí Demodito conoce a Francina (único nombre real en toda la novela). La relación dura pocos meses, como puede intuirse en «Adiós x 2» . Durante ese tiempo Demodito deja su cueva en blanco y negro y se va a vivir con ella. Disfruta de la comodidad de un piso en el barrio de color, con agua caliente, una cama de verdad, una nevera llena e iluminada, y de la cartera de Francina en la que mete mano cuando ella se distrae. Francina le busca trabajo,

atreve a mirarnos, hasta que es apelado por Bohemius: –¿Vale la pena entrar por la ventana arriesgándose a caer y acabar entre los residuos de un patio oscuro? ¿Vale la pena esconderse detrás de una cortina llena de agujeros? Aquí no encontrará nada, sólo libros viejos y vinilos llorosos. Puede usted elegir: puerta o ventana, escaleras o tejado.»

«Me fascinaba esa expresión: like that. ¡Oh, sí, cada vez que Joe decía like that chasqueaba los dedos y se mostraba seguro y confiado!»

«Aquella misiva del alcalde con entusiasmo de erasmus: ¡En mi ciudad hay tanto para ver!, acompañada de una agenda de actividades gratuitas y subvencionadas.

pero Demodito cree que trabajar es para otra clase de pobres. Un día ella le informa de que está embarazada. Demodito le echa la culpa a su trabajo en la ONG: «El tercermundismo es contagioso, y de pronto a la gente se le da por parir, ¡oh, sí!». Demodito se declara estéril, admitiendo únicamente su fertilidad sublime y creativa.

Al regresar a su cueva en blanco y negro se encuentra con un ejército de estudiantes de cine rodando un cortometraje («los mismos pelos, las mismas gafas, los mismos bolsos, la misma manera de hablar y gesticular»). Demodito recoge su colchón y sus pertenencias (entre ellas el espejo agrietado, por el que los estudiantes le ofrecen dinero, pero él los desprecia) y se marcha a la planta superior del edificio para instalarse en el palomar. Allí escribe en el suelo, a mano (como siempre), a la luz de una vela. Por primera vez parece dispuesto a desprenderse de la realidad. Escribe ciento cincuenta páginas de corrido, una ficción basada en su primera crónica («El escaparate»). La idea es usar la crónica para proyectar

Elegimos teatro, oscuridad, confusión, pavor, varias cosas al mismo tiempo en diversos escenarios, espectadores expulsados de la obra (entre ellos Joe) en alusión a los desahucios. Un agente inmobiliario y un constructor fornicando bajo una ducha de euros y un actor trepando por mi pierna, maquillado como un monstruo, que me mordía y bramaba: ¡Soy el bicho del mobbing! ¡El bicho del mobbing! ¡Ah, qué cuidado, tantas cosas para ver!»

«Hombres de negocios es lo que parecen, usuarios del manos libres. ¡Pero ah, están hablando con sus fantasmas! Buen talante hoy mañana mosqueados, van y vienen, hablan y chillan, horas y horas. Intento que hablen conmigo, que me revelen un misterio arcano, pero aún pertenezco a esta dimensión. ¿Aún? Natural que me ignoren. ¿Acabaré como ellos? ¿Hablando con fantasmas? ¿Perdido en soliloquios? ¿Sólo y loco?»

«Ojos como rótulas y el labio inferior plegado bajo los dientes. Le imploro una opinión sobre la muerte y me ilumina con alguna que otra idea digna de la gran

una literatura excelsa, trabajar sobre el mismo hecho, pero dándole la dimensión de una obra maestra. La idea, una vez más, es convencer a su mentor . Le envía su primera novela por correo, pero la única respuesta es el silencio.

Demodito empieza a cruzar la calle de la frontera con mayor frecuencia, realizando expediciones al barrio de color con su novela bajo el brazo. Primero visita un ático lujoso con una biblioteca descomunal, allí lo recibe el profesor Desgracia, catedrático de literatura. Tras recibir el manuscrito, el profesor le entrega a cambio ejemplares de sus novelas publicadas por una editorial universitaria, cada uno con la misma foto en la solapa . En el segundo encuentro salta a la vista que ninguno se ha tomado la molestia de leer al otro, en esta ocasión el profesor Desgracia le confiesa que padece cáncer y cirrosis. «Ya decía Platón que el lenguaje humano se inventa para mentir y ocultar el pensamiento. Pero el sentido inherente de las palabras es siempre revelador. Soy un adicto que nunca ha reconocido sus adicciones. Porque justamente en eso consiste la adicción. “A-dicción”, “No-decir”» . No vuelven a verse.

El siguiente en recibir su manuscrito es Maneras («escritor celebrado, entrañable ser humano, melena libre y sonrisa permanente, como un anuncio de pasta de dientes»), quien le presenta a su editor, Mallorca («idéntica melena, creador de la voz engolada y la afectación, capaz del desprecio más educado»). Demodito llega al restaurante después de la cena, para no tener que pagar más que el importe de un café . Maneras y Mallorca inician un duelo dialéctico en el que Demodito es incapaz

de meter baza . Mallorca, claro vencedor, se pide otro Blue Label, al que sólo da un sorbo antes de largarse triunfal del restaurante. «Le pasaré tu novela –promete Maneras a Demodito, que se está bebiendo el whisky de Mallorca como agua–, pero no te aseguro que me haga caso. Cuando me conoció era un alma anodina, tenía veinticinco y parecía de cincuenta. Con el tiempo se dejó crecer la melena y se fue manerizando. La gente nunca te perdona que seas su modelo». En la segunda cita Mallorca dice haberse leído la novela de Demodito de un tirón: «Me he deleitado con tus páginas. En ellas he percibido algo que sólo es dable encontrar en la alta literatura. No, estoy de broma, como sabrás los editores no leemos manuscritos». Esta vez la velada también concluye en duelo, pero con Demodito atreviéndose a intervenir, mientras Maneras y Mallorca, reconciliados, se alían y lo apabullan («La discusión sobre un libro que nadie había leído»). No vuelven a verse.

literatura, pero dos policías nos interrumpen, analizan posición de piernas y brazos, comprueban que no haya heridas, le introducen un mechero encendido en la boca, barajan hipótesis, insulina baja, sobredosis. Uno hace una llamada: “No me mandes la ambulancia, ya le hemos hecho la prueba del mechero y ná...”. Dos pisos más arriba, en un edificio de enfrente y de color, una pareja de colorinches asomada a la ventana, ella que bebe su cóctel y él foto que te foto de mi cadáver.»

«Sudaba como una salchicha, ¡oh, sí!, los ojos en blanco y mucha baba en la sonrisa, rasgaba la guitarra con rabia balbuceando la palabra fuck y la palabra bitch. Dijo que era una canción nueva y que a su ex mujer le iba a encantar.»

«Pintaba rostros afeados por el resabio y la amargura, ¡oh, sí!, y cada uno de nosotros parecía haber cobrado vida a partir de esos retratos que nos asediaban noche y día.»

«Dos mulatas malsonantes que no conocen la timidez, prietos pantalones cortos mojitos en mano aprovechan la excusa de la danza, arrímanse a dos castos pálidos, les regalan la espalda y los meneos, sus prodigiosas nalgas descienden, planean sobre cada entrepierna, se agitan furibundas. Un casto se muerde el labio inferior, el otro

El siguiente en recibir su manuscrito es Maneras («escritor celebrado, entrañable ser humano, melena libre y sonrisa permanente, como un anuncio de pasta de dientes»), quien le presenta a su editor, Mallorca («idéntica melena, creador de la voz engolada y la afectación, capaz del desprecio más educado»). Demodito llega al restaurante después de la cena, para no tener que pagar más que el importe de un café. Maneras y Mallorca inician un duelo dialéctico en el que Demodito es incapaz de meter baza. Mallorca, claro vencedor, se pide otro Blue Label, al que sólo da un sorbo antes de largarse triunfal del restaurante. «Le pasaré tu novela –promete Maneras a Demodito, que se está bebiendo el whisky de Mallorca como agua–, pero no te aseguro que me haga caso. Cuando me conoció era un alma anodina, tenía veinticinco y parecía de cincuenta. Con el tiempo se dejó crecer la melena y se fue manierizando. La gente

el labio superior, tras la barra dos clones de gafas y coletas, castos también, ¡oh, sí!, aunque capaces de no morderse. –Años intentando cambiar la imagen de Cuba, tú, para que después vengan éstas y hagan esto. –No te lo tomes así, tú, a los cubanos hay que dejarlos bailar, mejor que bailen antes de que empiecen a hablar de política.»

«Aquel anciano que recorría los vagones, acompañado de un perro escuálido y feo, mientras preguntaba a cada pasajero por su gracia. Dolores, le respondió una mujer. Y usted, ¿cómo se llama? Emilio. Oye tú, ¿cómo te llamas?, prosiguió el viejo. Mis colegas me llaman Yago, para ti Ignacio, así replicó aquel niñato macarra. ¿Y tú? Francina. Y tú, ¿cómo te llamas? Napoleón, bromeé y enseguida espeté: ¿Podría decirnos cómo se llama usted? El anciano se quedó mudo rascándose la cabeza y se volvió para consultarle a su perro pero éste apartó la mirada, cuando el metro se detuvo salieron juntos al andén, y entonces Francina y yo empezamos a reír y reír. Pero al cabo de pocos meses me los volví a encontrar, el anciano llamaba a todos por su nombre: Dolores, Emilio, Ignacio, Napoleón... Se frenó de golpe. ¿Dónde está Francina?, quiso saber. ¡El corazón se me atragantó, me quedé mudo! Ahíto de aguardar respuesta el anciano bajó en la siguiente, pero esta vez el perro se distrajo y no lo siguió. Las puertas del vagón se cerraron, el metro arrancó. El amo en el andén

nunca te perdona que seas su modelo». En la segunda cita Mallorca dice haberse leído la novela de Demodito de un tirón: «Me he deleitado con tus páginas. En ellas he percibido algo que sólo es dable encontrar en la alta literatura. No, estoy de broma, como sabrás los editores no leemos manuscritos». Esta vez la velada también concluye en duelo, pero con Demodito atreviéndose a intervenir, mientras Maneras y Mallorca, reconciliados, se alían y lo apabullan («La discusión sobre un libro que nadie había leído»). No vuelven a verse.

A los Boga-Boga los localiza en un dance club con piscina. Antes de colocarles el manuscrito intenta impresionarlos. Para eso compone un personaje con aire teatral, les habla de Rimbaud y de Abisinia, con lo que empiezan a llamarle Malditito. Pese a las befas los Boga-Boga prometen leer su novela y cumplen. Recibe de ellos diferentes valoraciones. «En tu novela encuentro

y al animal en dos patas contra el cristal, unidos por las miradas hasta perderse de vista.»

«Uno se ocupaba del foco, otro del cable del foco, otro del enchufe del foco... ¡Demasiados colorinches, una treintena de inútiles, imposible echarlos a todos! Habían convertido mi refugio creativo en una casa de muñecas. Mi escritorio pintado de rosa, la humedad de mis paredes cubierta con un empapelado chillón y el póster de un actor empalagosamente atractivo, ositos de peluche por aquí y por allá, el director dijo “acción” y una adolescente ñoña sentada en su tocador se giró para contemplar su taciturno rostro maquillado en mi espejo agrietado.»

«La realidad quería decirme algo pero me hablaba un idioma que yo no comprendía. ¡Ah, siempre el mismo paisaje ante mis ojos, el mismo paisanaje! Y nada que descifrar. Un poeta de la prehistoria en busca del primer símil, la primera comparación estética. Y hasta una mala metáfora iba a parecerme de una elaboración intelectual tremendamente sofisticada.»

«El viejo sabihondo me había acusado de delirar, por eso fue que me aventuré de verdad a distorsionar. ¡Ahora sí que me pondré a delirar! ¡Ahora sí, viejo maricón! Y mientras escribía no me faltaba con qué estimular mi afiebrada imaginación. ¡Oh,

tres problemas –le dice Feo–: introducción, nudo y desenlace». «Exacto –coincide Muy Feo–, se parece demasiado a una novela. Mi último libro, por ejemplo, tiene formato de manual de lavadora». Feísimo en cambio cree que lo más flojo son los personajes: «No he visto a Marilyn por ninguna parte, tampoco a Hank Williams, ¿dónde está Mao Tse Tung?» Euforia, que no ha parado de bailar y aullar en lo alto de un trampolín, se acerca y le comenta que lo que echa en falta en su novela es la Red. «No puedes sustraerte a eso, chico. Ha tardado sólo diez años en penetrar en los hogares, ¿no es alucinante? ¡El final de la guerra fría nos ha cambiado la vida!» Lumbresras Digital (o Feo de Cojones) se pronuncia en la misma línea, aunque más críptico: «Lo discontinuo, lo analítico, lo cuantitativo. Somos unidades discretas y nuestro valor reside únicamente en la presencia o la ausencia, ¿lo

sí, un pellizco en el brazo, otro en la vena del pie! Exageraba y mentía a gusto. ¡Tan inspirado, tan iluminado! Desbordado por visiones certeras, descifrando secretos insondables que por primera vez me eran concedidos. El escaparate, ahora un edificio de gobierno universal, todos los líderes del mundo en sus balcones pronunciando una arenga belicosa que encontraba eco y reflejo en el espejo de los pueblos, el frenesí de las masas vitoreando el mensaje cifrado en aquella astracanada, la evidencia de que tanto unos como otros habían perdido el juicio, que gozaban del espectáculo, sin que esto constituyera salirse de la norma. Sólo quedaba fuera de la norma quien no diera un paso al frente y se atreviese a darlo a un costado, quien no asumiera la necesidad de desfogarse contra un enemigo declarado, quien no participara de la embriaguez colectiva, quien rehuyera la entrega total a un ideal compartido, transmitido y bestial. Quedaba fuera de la norma y por tanto de la Historia y el Destino. El delirio era la norma y el Destino era la Guerra. La Guerra, el Destino, la Historia. ¡Los temas preferidos de la gran literatura!»

«Barbilla apoyada en un puño, como si hubiera inventado la pose, y fumaba sin parar. ¡Fumaba como un escritor! Quitarle la pipa hubiera sido como quitarle la foto de la solapa.»

«Pronto iba a morir, ¡oh, sí! y todavía le quedaban ganas de análisis de lenguaje y

pillas, Malditito?» Demodito le confiesa que no entiende una palabra, que duda entre tomarlo por «genio o fan- toche». LD le atiza un puñetazo en la boca, y lo mismo hacen Feo, Muy Feo y Feísimo. «Nadie se mete con un Boga-Boga». Luego aparece Énfasis, la lectora rigurosa («Sólo sabía venerar o detractor, y lo hacía con mucho énfasis.»), para explicarle los conceptos de Lumbreras Digital: «no es tan complicado, chaval, o estás presente o estás ausente, tú eres un poco limitadito, ¿verdad?». Demodito, superado por la inteligencia de una mujer, la llama gorda. La escena anterior se repite y vuelve a recibir cuatro puñetazos en la boca. «Nadie se mete con una Boga-Boga».

Provokator atiende su llamada con aspereza y le pregunta quién le ha dado su número, pero enseguida lo invita a su casa y comparte con Demodito su desazón. Su

comillas con los dedos. ¡Ah, qué desgracia, qué desperdicio de vida!»

«Con el café sólo se habló de cuán pobres eran, del sacrificio que hacían por la lite- ratura, de sus pobres mujeres que de tan pobres estaban pensando en buscar trabajo. ¡Oh, no! Pidieron la cuenta y cada cual desembolsó uno de cien. Maneras propuso ir a navegar por la mañana. Imposible, dijo Mallorca, por la mañana tengo esgrima.»

«Con el whisky sólo se dijeron cosas inteligentes, leídas y de cosecha propia, me sentí un idiota entre dos idiotas insignes. Mallorca paladeó un aforismo banal, lo retuvo entre los dientes y lo escupió en la cara de Maneras, dejándolo herido.»

«Yo lo había empezado, ¡oh, sí!, recomendación del mentor, pero lo había aban- donado de puro sopor, ¡oh, no! ¿Cómo me atrevía a desmerecerlo con la misma vehemencia con que ellos lo ponderaban pese a ni siquiera haberlo empezado? Les había bastado, eso dijeron, con un exordio del Profesor Desgracia para aprehender la ruptura que la obra había supuesto en el contexto histórico-literario, para situar El Quijote en el mapa bibliotecario universal, eso dijeron, que ellos no necesitaban leer- lo ¡pero yo sí! Estaba al borde del llanto y la epilepsia, me sentía un plátano hereje a disposición de un tribunal de gorilas. Me retiré ebrio y derrotado.»

«No dolió. Pegaban como escritores.»

nuevo libro ha sido tildado de «demagógico». Provokator no entiende por qué, sus libros anteriores sólo recibieron «elogios orgásmicos: irreverente, corrosivo, incorrecto, disruptivo» («El nuevo Enfant Terrible de la literatura»). En su último libro Provokator ha doblado la apuesta, ha tirado de racismo, machismo, antisemitismo, apología de la pederastia, clasismo... «Demagógico es un término demasiado duro, chaval, peor que pacifista, pensado para hacer daño. ¿Qué será lo próximo, dirán que soy una buena persona?» Demodito busca su complicidad y alardea del enfrentamiento con los Boga-Boga, aunque omitiendo los puñetazos recibidos. Provokator se lleva las manos a la cabeza: «¿Le has llamado gorda a Énfasis, fanteche al Lumberas? No, chaval, don't shiet where you eat». Provokator le explica que él va por libre, pero se asegura la «presencia». Los Boga escriben cosas bonitas sobre él, y él escribe cosas bonitas sobre ellos, con

«Cronista diverso y divertido:

No podía creer –los semidioses somos ateos– que pasara el tiempo y no recibiera ni una pequeña muestra. Por eso me ha parecido justo incurrir en el placentero desquite de hacerte esperar.

Debo decir que me has sorprendido en tu ambición por ir más allá de una simple crónica y transfigurar la experiencia diaria, componiendo una novela alegórica de contornos más o menos precisos y dimensiones universales. Has demostrado que una historia no tiene que ceñirse a los hechos, y aun así puede ofrecer claves para iluminar otros hechos. Los que han sucedido y que como todos volverán a suceder. La impresión que ofreces de cualquier actitud gregaria me hace pensar una vez más que el amontonamiento sigue siendo un excelente escondite para desencontradas psicologías.

Debo decir también que esta novela no deja de ser un ejercicio de prosa plasmado por un aficionado fatuo y pretencioso. Tienes buenas intenciones, pero para embarcarte en una obra como la que te has propuesto escribir se requiere algo más, llamémosle inteligencia. No te fíes demasiado de tu supuesta iluminación y trabaja de verdad. Porque como dice Chéjov, “si trabajas con ganas quizá te saldrá bien, pero si eres un

una pizca de malicia, pero sin aplicar el poder nuclear reservado para los nadies. «¿Sabes por qué puedo contarte todo esto, chaval? Porque eres un nadie.» Demodito le entrega su novela. Provokator es aún más sincero: «No necesito leerte, sólo tengo que verte. Ni demasiado feo ni demasiado guapo. No hay manera de promocionarte.» Después de tales experiencias la respuesta del mentor es la única esperanza. Se come las uñas esperando encontrar un día en su casilla de correo esas líneas en las que el Canitas le dirá que lo ha conseguido. La respuesta finalmente llega .

El encuentro final no se produce en la casa del mentor, como estaba previsto. Tampoco en la zona de color, como otras veces. Demodito cita al Canitas en un antro de su barrio en blanco y negro . No vuelven a verse.

Hacia el final de la novela el autor nos tortura con otra

holgazán que el diablo te lleve”. Sé paciente. Quizá un día seas capaz de suscitar la dicha y el goce de los que dedicamos el tiempo a la buena lectura.»

«Cada muerto en su taburete, crucificado y la cabeza colgando sobre la barra, unos devorados por el silencio y otros poseídos por voces guturales, voces tristes y quejosas, como fetos recién abortados, mamita, mamita, todos atrapados en una misma telaraña de delirios. Lo cité en esa boca de lobo porque era donde muchas veces nos encerrábamos con Bohemius y Joe Like That, y mientras las piernas nos dejaban salir no salíamos, allí nos quedábamos hasta haber alcanzado el nirvana etílico. Florecían hongos en las tapas y transpiraba el viejo sabihondo, porque en aquel agujero el aire estaba espeso como un cocido y hasta las aspas del ventilador se habían quedado tiesas de tanto hacer fuerza para girar. Elegí ese agujero porque en la barra el paisaje se veía y se olía a un palmo, y enseguida te sentías envuelto en el delirio común y para siempre: sin salida, como si algo doblegara tu voluntad: sin salida. ¡Aquí lo tiene, mentor, aquí lo tiene! ¡La vida en blanco y negro, el color local! ¿Qué le parece, le parece excesivamente delirante? ¡Mire, carajo, mire a su alrededor!, le insistía cada vez más adentro de sus cavidades auditivas, hasta que le agarré la barbilla para forzarlo a levantar la vista del suelo. Pero el mentor se zafó sobresaltado y salió

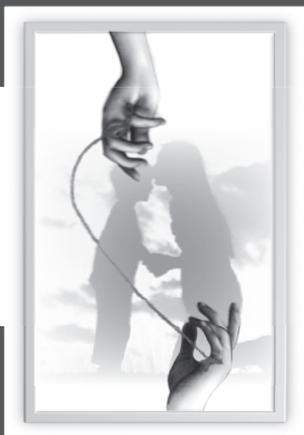
escena intimista de autocompasión (la enésima). Demodito que camina bajo las «mismas infames luminarias de colores» que adornan el barrio en navidades, deseando que alguna se descuelgue para concederle «una bendición de volteos» que lo devuelva a la vida. Lo que ve y oye en las calles hediondas ya no le inspira nada, ni humor ni tragedia. Reflexiona por enésima vez sobre su vanidad. Sube al tejado del edificio de cuevas, «reino de ladronzuelos y viejas antenas», y desde allí contempla un edificio de la acera de enfrente, donde empieza el barrio de color. «Ventanas que exhiben un mosaico de locura aceptable, joven y aséptica locura, satisfacción intocable, vivas estampas del viva la vida y el disfrute. La bandera gay colgada en un balcón que no se vendrá

corriendo y yo lo seguí por mis calles hediondas, lo vi haciendo zigzag para esquivar culos africanos y narices bielorrusas, desestimando ofertas lascivas, tapándose los oídos, los ojos, las fosas, hasta que una puta que berreaba con la cara ensangrentada lo agarró de los hombros, usándolo como escudo para protegerse de los golpes de un chulo iracundo. No creo que el Canitas pudiera ver aquello con la sana curiosidad de un niño, ¡oh, no!, como no creo que se pueda llegar a la edad del mentor sin resabios ni amarguras, sin que importe cuánto se hayan jodido nuestros sueños. Mientras para-ba un taxi lo agarré del brazo, lágrimas en los ojos: “A mitad del camino de mi vida / en una selva oscura me encontraba / porque mi ruta había extraviado”. Con la puerta del taxi abierta el Canitas evocó otros versos en respuesta, los pronunció con todo el aplomo que a mí me faltaba: “Es menester que sigas otra ruta / si quieres irte de este lugar salvaje”. Me quedé solo en medio de la calle y como sí no le hubiera soltado ya una cantidad de burradas aquel día despedí a mi mentor con un grito para derrumbar la noche: “¡La cobardía te ha atacado el alma!”, pero no creo que haya llegado a oírme, y lo cierto es que la noche no se derrumbó. La noche sin fin.»

«Los vanidosos no escarmentan, ¡oh, no!, no tienen miedo al ridículo, el mundo es ese lugar donde quieren brillar pero al final se dejan humillar. El mundo se frota las manos al verles llegar, porque es fácil hacerles sangrar y no salpican, porque son vanidosos y nada más. Y después de sangrar resulta que la mera idea del ridículo los hace temblar. ¡Oh sí, así es como terminan renunciando a la vida!»

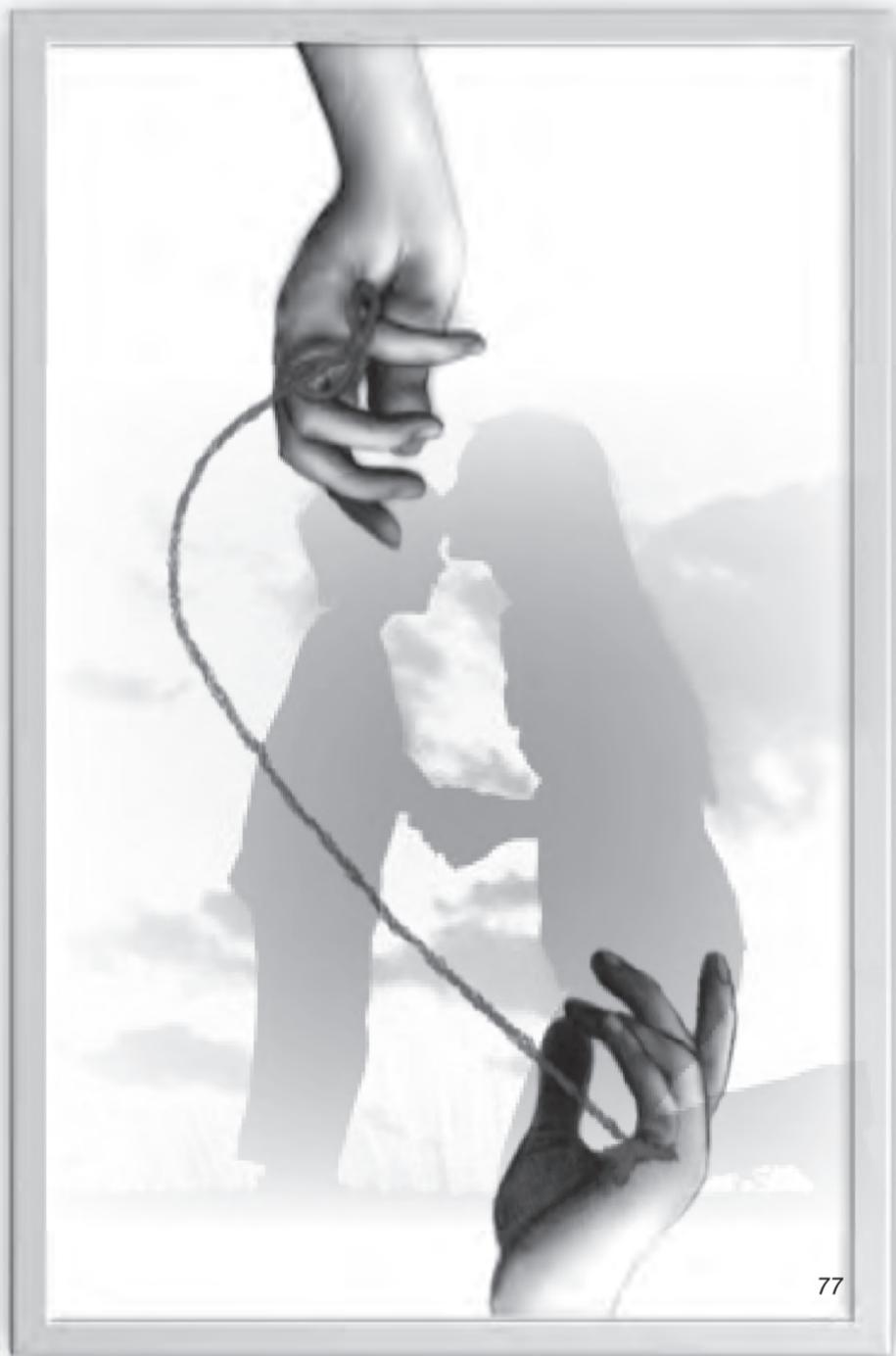
abajo a pesar de los saltos y el bailoteo, el piso de erasmus donde cada fiesta termina y comienza con el primer rayo de sol, la ventana en la que el pinchadiscos belga y la videoartista francesa hacen el amor desde el atardecer hasta el amanecer». Echa de menos a Bohemius y Joe Like That, y a su vez se alegra de haberlos perdido de vista. Levanta la vista al cielo «con la esperanza de que allí todavía haya dioses», de que estos lo iluminen con una clave para la gran obra literaria. Piensa que es más fácil mirar al cielo o inyectarse a tener que pensar y esforzarse. El esfuerzo, ¿qué es eso?, se pregunta. ¿Y la paciencia? ¿Y la curiosidad? Entra en el palomar. Entre las grietas de su espejo busca una última lectura del mundo. El mundo una vez más se reduce a él mismo. Demodito adivina en su frente un entramado de líneas, horizontales y verticales, sobre todo verticales. «Como patas de notas musicales decapitadas, apiñadas en el centro de un pentagrama abandonado, vacío, sin música.»

Valoración personal: Opino que una novela que rezuma tanta grima, frustración y resentimiento sin cotas de calidad literaria no merece ser publicada. Opino que el autor no consigue que empaticemos con su personaje, no por lo triste y repugnante, más bien por su escaso interés literario. Opino que Historias en blanco y negro es una vuelta atrás al cliché del artista torturado, a una narrativa desfasada, prosaica y pueril. Opino que una novela como ésta no amerita un informe detallado. Opino, por último, que no estoy gorda, y lo afirmo con todo el énfasis que haga falta.



CRISTIAN ACEVEDO

“Lazos”



LAZOS

Por Cristian Acevedo

Ya en el hospital empezaron los problemas. La enfermera aquella sin ir más lejos, no habían pasado ni dos horas, y vino y le dijo hay que cortar el cordón para que el bebe (el bebe, dijo) ya empiece a respirar por su cuenta. Qué lindo que es el bebe decía, la misma cara de mamá, y sonreía nada más que para que la dejara cortarlo. Pero no la dejó. Se dijo que ella iba a saber muy bien cuándo sería el momento justo.

No bien la enfermera se fue a buscar al doctor, ella se levantó. Y, sin soltar a Ernestito —que dormía hermoso con la cabecita apoyada en el hombro de ella—, y procurando que no se despertara, se puso como pudo el vestido, un poco haciendo equilibrio, un poco apurándose, se cargó el bolso y recorrió el hospital hasta la salida sin mirar a nadie, sin peinarse siquiera. Aquella vez se prometió que nadie decidiría por ella. De ahora en adelante, serían ellos dos. Se lo susurró a Ernestito también: nadie más.

Y así fue. Treinta y ocho años mantuvo aquella promesa. Siempre firme, decidida. Pasaron momentos difíciles, claro. Aquel año en que venían día por medio unas asistentitas sociales y repetían siempre la misma canción: no es natural, decían, hay que aprender a soltar, como todo el mundo, fijese si no: los demás nenes. Pero Ernestito no era como los demás, era mejor. Porque ella también era mejor. Mejor que aquellas madres que no bien paren

se sacan al hijo de encima, que les duele la espalda de tanto cargarlo, que no pueden pegar un ojo, que se quejan porque la criatura no para de llorar. Y enseguida al jardín, a la escuela, que aprenda natación y tantas otras excusas. Ellas mismas, las asistentitas sociales, habrán sido de esas.

Ernestito tenía ocho ya, pero seguían insistiendo con lo del colegio, que la edad escolar, que la primaria es obligatoria, que lo importante es que aprenda a sociabilizar. Tanto molestaban que a ellos no les quedó otra que aislarse, llevar una vida de puertas cerradas. Tolerar que igual siguieran viniendo. Repitiendo. Eso hacían: repetían. Siempre lo mismo. Pero ella se dijo que los superarían. Así fue: lo superaron. Juntos.

Y tener que salir era peor. Enseguida ella sentía como un hormigueo en el bajo vientre cuando veía que ya no quedaba pan, que ni arroz había. Saber que tendrían que hacer las compras le provocaba eso, una sensación desagradable allá abajo. Iban los martes bien temprano, que era cuando menos gente había, pero el hormigueo lo sentía igual. Caminaban por la vereda, agarrados bien fuerte de la mano y agarrados también del cordón. Que lo vieran. Porque si los primeros años el asunto le daba pudor, ahora ella ya había aprendido: lo de ellos era para sentir orgullo y no otra cosa. Porque cuanto más difícil es todo, más fuerte se sale. Eso se decía. Se repetía que tenían que estar orgullosos: que se escondan los ladrones, los degenerados. Ellos no. Se decía eso, pero igual los martes eran todo un asunto.

Y que no lloviera, que era un lío andar estirándole el piloto a Ernestito o haciendo malabares con el paraguas.

Y por mucho cuidado que tuvieran siempre algo se mojaba: o los zapatos, o el cordón, o la cabeza. Después era llegar, darle con la toalla como después de bañarse, un poco de colonia para que se le fuera el olor a humedad, que se le impregnaba enseguida.

Y los señalaban, los juzgaban, hasta se cruzaban de vereda. Ella levantaba la cabeza, los miraba como desde arriba: que supieran que eran ellos, todos ellos, los equivocados. Le decía a Ernestito: levánta la cabeza, bien alto; él le preguntaba por qué nos miran así; nos miran de envidia decía ella. Son brutos, a los brutos no les queda más que mirar. La cabeza bien alta, Ernestito. Y entraban al almacén. Ella sostenía la puerta con cuidado. Le decía entrá primero vos, no vaya a ser cosa que se cierre y quedemos uno de cada lado y venir a darles la razón a estos brutos.

Pero los momentos difíciles eran los menos. Adentro, ella y Ernestito llevaban una vida tranquila, cómoda. Compartían todo. Y lo disfrutaban. El desayuno, las morisquetas frente al espejo mientras se lavaban los dientes, el almuerzo y la sobremesa, las siestas. El resto del día, de la noche.

Claro que después Ernestito creció: hubo que cambiar algunas costumbres. Entonces, él se metía en la bañera y cerraba la cortina; ella se sentaba en el bidet y aprovechaba para tejerle una bufanda o un chaleco. Después se bañaba ella, y Ernestito se secaba, se peinaba y terminaban casi al mismo tiempo. Para ese entonces, ella tiraba un colchón al lado de su cama y dormían así, escuchando la radio.

Después fue la tele. No importaba que la película fuera

un bodrio o que la hubieran visto mil veces: control remoto no había, no se iban a andar levantando. Bastante tenía con el sonambulismo de Ernestito. Quince recién cumplidos, y se le dio por esa manía. Dos o tres veces por semana. A veces más. Las de noches que habrán pasado yendo y viniendo. Ella que apenas sentía el tirón se levantaba, lo intentaba traer otra vez al colchón, lo agarraba de los hombros y le susurraba vamos, Ernestito, estás soñando. Él que caminaba y de golpe se daba vuelta; ella que se le pegaba desde atrás, bien cerca, como una sombra: así hasta que volvían a la pieza. De esas noches hubo varias. Y aunque ella apenas pegara un ojo, al otro día se despertaban bien de mañana: ella se bañaba mientras él se reventaba los granitos frente al espejo y le decía no me acuerdo de nada, mami.

Él ya empezaba a cambiar la voz: la cara llena de pelos y todavía era un nene. Ella no podía creer lo rápido que crecía Ernestito. Eran más velas que torta los 3 de marzo. Para sus dieciocho, fueron por primera vez al cine. Él quedó encantado. Así que, cada 3 de marzo, iban a la función de trasnoche y hasta un balde de pochoclo compraban a veces. Y por más que en la fila todo el mundo los mirara, había que verle la cara a Ernestito: sonreía que hacía que valiera la pena la salida. Durante muchos años, Ernestito estuvo enamorado de esa actriz rubia que salía siempre con los hombros al aire y con cara de inocentona. Se le pasó recién a los treinta o treinta y uno, cuando se hizo fanático de las carreras: se pasaban los domingos enteros viendo los autos dar vueltas y vueltas. Ni cocinar podían: él se sentaba frente al televisor, y a ella no le quedaba otra que sentarse a un lado. Dirán lo

que dirán, pero Ernestito crecía demasiado rápido. A los treinta y ocho era todo un hombrecito.

Treinta y ocho tenía Ernestito el día en que golpearon la puerta. Ella dijo: es acá, qué raro, aunque intentó no mostrarse inquieta. Ernestito dijo abramos, y ella que no, nos quedamos acá, que o vienen a vender algo o a molestar otra vez. Él chistó y le dijo igual vamos, y la miró de tal manera que ella entendió que sí, que había que ir. Así que se dejó arrastrar. Él tironeaba; ella se quejaba pero lo seguía, porque el cordón tenía ya treinta y ocho años y había que cuidarlo.

Él abrió la puerta, y ahí estaba ella, Leticia. Claro que todavía no era Leticia para ellos. Apenas era una mocosa enclenque, de vestido azul y mal peinada, que los miraba desde abajo y que no tendría ni veinte años.

Veintiséis tenía. Limpiaba. Por hora. Se ofrecía a limpiarles la casa por un plato de comida y por lo que le salía la vuelta en tren. Ella le dijo no necesito. Pero él ya la había echado el ojo a la mocosa y ya había dicho que sí, que no era mucha la plata que sobraba de la pensión, pero que sí que hacía falta. Porque lo que hacían dos, más rápido lo iban a hacer tres. Ahora la miraba a ella. Como pidiéndole que aceptara. Tal vez ordenándose. Ella tragó rabia y dijo cuanto mucho una vez por semana. La mocosa entró y no dijo nada del cordón, no los miró como los miraban los demás, aunque tuvo que rodear primero a él y después a ella para que Ernestito pudiera cerrar la puerta. Y tal vez fueron esos ojos, apenas asomados, los que a ella le hicieron creer que la cosa podía andar. O fue culpa de los ojos de Ernestito, que antes la había mirado así, quién sabe cómo.

Lo que empezó una vez a la semana, pronto fue día por medio. Y como si fuera lo más normal del mundo, la tenían a Leticia todos los días. Hoy vengo de visita, decía, y al rato ya estaba limpiando y ni plata pedía la mocosa. Qué le iba a recriminar ella: la limpieza la hacía. En dos horas, el baño era un espejo, la pieza de ellos quedaba tan linda que daba gusto, la cocina parecía que ni la usaban. Y así, rápido, pero con tanta naturalidad que ella no llegó a notarlo —a notar cuándo empezó todo—, a Leticia se le dio por hablar. Al principio les contaba cuánto extrañaba a su familia, que había quedado en Misiones, y eso estaba bien. Pero después siguió: no importa que ellos estén allá y yo acá, es mi familia y por más que estén lejos...

Eso dijo, y ella supo que algo estaba mal. No supo qué, pero había algo. Tal vez la forma en que habló o cómo lo miró a Ernestito, una mirada confidente: cómplice. Así que ella se apuró a responder: la familia tiene que estar unida, es lo único que importa y mejor no me hagás decirte lo que opino de tu mamá, que te hace trabajar tan lejos y tan chiquita que sos. Dijo chiquita, queriendo decirle tonta, estúpida, porque creyó —supo— que si lo hacía, él la defendería.

Desde ese día, la chiquita tonta, estúpida, empezó a soltar la lengua. No mucho después se le dio por meterles aquella idea en la cabeza. Otra vez aquello. Sólo que Leticia lo decía como al pasar: palabras sueltas, mientras comentaba qué lindos están los malvones, la lluvia siguió de largo, hay que comprar lavandina. Así: como si no le importara. Sin que ella pudiera reprochárselo. Pero era lo mismo de siempre. Con tono de pregunta a veces:

y quién le dice, yo no sé de esas cosas, doña, pero capaz que hasta es para mejor. Y lo último que dijo, bien suelta de cuerpo, clavándole la idea en la cabeza de Ernestito de tal manera que no había forma de sacarla: Ernesto ya es todo un hombre. Además de buen mozo es muy inteligente: con la educación que usted le dio sabe las de cosas que puede hacer, doña. Si tiene pinta de actor, no me lo va a negar. No me sorprendería si un día lo veo en una de esas novelas de la tarde. Y con lo que la quiere, qué le voy a decir yo cuánto la quiere: usted lo sabe mejor que nadie; Ernesto nunca la va a dejar sola. Vos que decís, Ernesto, te gustaría, ¿no? Salir, recorrer, viajar. Eso lo dijo con una sonrisa, con los ojos grandes, sin parpadear siquiera. Y Ernestito sonrió también.

A ella también le hubiera gustado sonreír como sonreían ellos, nada más que para no sentir que Ernestito se le iba, pero no pudo. En cambio, buscó la forma de decir que era un disparate aquello y qué sabrás vos, mocosa, lo que es ser madre. Pero Ernestito sonreía y decía que sí con la cabeza, sentado al lado de ella aunque cada vez más lejos, cada vez más cerca de Leticia. Ella sintió que no podía decir que no. En tal caso, tenía que ser él quien se negara. Ernestito no se negó: todo lo contrario. Todavía sonriendo, Ernestito dijo: claro que nunca te voy a dejar, ma. Te lo juro, vas a ver. Se estiró y le besó la frente. Ella volvió a intentar una sonrisa, pero otra vez el hormigueo en el vientre: intuición de madre, que le dicen.

Ernestito la abrazó, le apretó fuerte la mano y la llevó hasta la cocina. Tenía una alegría como de cumpleaños. Leticia los siguió y se quedó en la puerta, en silencio, no quiso entrar. Ella le dijo qué hacés, Ernestito, no hagás

locuras. Él revolvía el cajón de los cubiertos. Ella quiso gritarle: ni en broma tenía que tocar ese cajón. Y le gritó: ¡Dejás el cajón y te sentás, Ernesto! Pero el ya sacaba la cuchilla. Ella se le acercó y lo abrazó, lo apretaba fuerte como cuando tenía diez, once años: así juntos no quedaba espacio entre ellos. Lo miraba fijo: que Ernestito viera que ella hablaba en serio. Pero él seguía con los ojos puestos en la mocosa. Ernestito se soltó y con la mano libre le apretó las muñecas, aunque no muy fuerte, y le dijo en voz baja: ya está bien, ma, dejame, vení. Y la soltó. Ella ahora lo veía y le parecía un gigante Ernestito. Él caminaba ya con la cuchilla en la mano. Ella atrás, con pasos cortos. Y no, Ernestito, soltá eso, qué hacés, por favor soltá. Dejame, ma, repetía él.

Ella lo intentó todo: desde atrás, le apretó los hombros, pero Ernesto era un gigante y ella una vieja. Así que apenas pudo tironearle de la ropa. Ella vio que la remera azul se estiraba hasta un celeste casi blanco. Y vio también que debajo, el cordón se tensaba también y se ponía pálido. Entonces dejó de tironear y apuró el paso otra vez.

Él ya levantaba el cordón y lo estiraba sobre la mesa. Lo acarició. Como con nostalgia. Marcó con los dedos dónde sería el corte y le dijo vas a ver, mami, quedate tranquila, te lo juro, vas a ver. No dejaba de sonreír. A ella le temblaban las manos, las rodillas tensas. Ernesto levantó la cuchilla, y ella quiso decir algo acerca de la promesa, treinta y ocho años atrás, en el hospital, pero la cuchilla bajó rápido y pesada y se clavó en la mesa. Leticia chocó las manos, un aplauso débil, nervioso, y un chillido. Y el cordón quedó ahí un segundo, dos. Y patinó en la mesa,

pegajoso, y sus dos puntas cayeron despacio hasta chocar contra el piso. Ella sintió una punzada en el vientre. Sintió que su pedazo se ponía frío y duro. Ernestito la miró aterrado. Trastabillaba. Ella dijo qué hicimos y se estiró y le agarró fuerte la cabeza. Él tenía los ojos brillosos: la miraba como si quisiera verla y no pudiera. Y ahí nomás se desmoronó: despacio también, primero de rodillas y después todo desparramado en el piso. Ella se arrodilló enseguida y lo abrazó, lo apretaba, le golpeaba la cara para que no se le fuera. Qué hicimos, le decía, qué hicimos. Leticia lanzó un grito y se fue de la cocina. Ella lo soltó a Ernestito y quiso volver a juntar las puntas, pero apenas las tocó se le deshicieron entre los dedos.



LEANDRO ARIEL BRAIER

“La cabeza”



LA CABEZA

Por Leandro Ariel Braier

Recién fui a cerrar la ventana y no cerró. La puerta–ventana en realidad, la que da al balcón de atrás. La fui a cerrar a oscuras, ya es de noche, y me pareció que no valía la pena prender la luz, si todo lo que tenía que hacer era cerrarla para que no se enfríe el departamento. Así que pasé descalzo, porque me estaba por meter a la ducha, y di el tirón. Siempre hago eso, porque es pesada y ya tiene sus años y el eje no corre tan bien como debería. Le doy el tirón y después se va frenando sola hasta llegar al otro extremo del marco. Lo tengo medido. Lo hago con la fuerza justa y después la acompaño hasta que hace el clic. La cosa es que fui corriendo, con la ducha abierta, di el tirón y, cuando la estaba acompañando, esperaba que hiciera el clic y no lo hizo.

Hizo como un “bom” y rebotó contra algo ahí abajo que no sé qué es, porque rebotó tan fuerte y tan feo que salí corriendo y cerré la puerta de la sala.

Después cerré también el agua, me puse las pantuflas y acá estoy, rompiéndome los sesos. ¿Qué puede ser? ¿Por qué me pudo haber impresionado tanto? Quizá algún mueble, algún libro o adorno que se cayó justo ahí y cuando di el tirón...

Pero no me parece. No me parece que pueda ser un libro, sonó muy sólido para ser un libro. Tampoco un mueble. Era muy grande, hizo un sonido grave y seco, bastante contenido, y yo sé que lo hizo cuando terminó de chocar

con el otro lado, contra el marco. Sí, fue el golpe entre la puerta-ventana y el marco lo que hizo el ruido. Y ese ruido, que fue lo que me impresionó y me hizo dar el salto atrás y me regaló la ansiedad que tengo ahora, no pudo ser un mueble. Acá todos los muebles son de madera. Hubiera crujido, se hubiera quebrado. No, eso que golpeé era sólido. Orgánico.

Sea lo que sea, no se movió. Sentí el ruido del golpe y la resistencia del tamaño, que habrá sido de ¿quince? ¿veinte centímetros? que fue lo que no permitió que la ventana se cerrara.

Decí que vivo solo. Si tuviera novia no hubiera podido salir corriendo como un marrano, ni gritar. Me hubiera tenido que hacer el hombre y, por lo menos, hubiera bajado la cabeza y mirado. Eso que golpeé en la oscuridad estaba ahí, sobre el eje de la corrediza, a centímetros de mis pies desnudos y, si lo hubiera visto, pienso que no me habría impresionado tanto. Por lo menos, ahora sabría de qué se trata. ¿Un gato? ¿Un murciélago? ¿Un camperón viejo que se voló de un tender?

Imposible. No podía ser nada de eso. Un gatito hubiera gritado, saltado o crujido. Un murciélago hubiera chillado o, si ya hubiera muerto, habría sonado más húmedo que lo que sonó.

Me desespera no saber, pero veo el picaporte que lleva a la sala de estar y algo me dice que mis manos no son capaces de tocarlo. Una lo acaba de hacer, hace menos de cinco minutos lo toqué, y de hecho me hizo sentir más seguro porque iba de salida, pero ahora siento que algo pudo haber pasado en esos menos de cinco minutos. Lo que hizo el ruido pudo moverse o desplazarse de alguna

forma. O rodar.

De pronto se me viene una imagen a la cabeza.

No. No puede ser eso, pero ahora tengo que abrir la puerta e ir para comprobarlo. Para asegurarme, por lo menos, de que no es eso, eso que estoy pensando.

—Tranquilo —me digo—. Acordate que el interruptor está ahí nomás, apenas a la izquierda cuando abris.

Eso me calma. Antes de saber qué hay ahí, en el carril de la ventana corrediza del balcón, todavía tengo que abrir la puerta y presionar la llave de la luz. Y antes de abrir la puerta, tengo que tocar el picaporte. Y antes llegar a la puerta.

Ni siquiera necesito tocarlo. Puedo usar los guantes de goma de lavar los platos. Con esos guantes y las pantuflas, lo único que queda al descubierto es mi cara.

Revuelvo los cajones y el armario entero. Ahí está: mi gorra de lana. Abajo me calzo la bufanda y los anteojos, los de ver de lejos, no los de sol; tengo que ser valiente. No quiero nada que lo oscurezca.

Con todo encima, avanzo. Mis pasos crujen sobre las migas que dejé caer al llevar la cena. La puerta está bien pegada al marco y la ventana abierta: el viento de la noche la hace ir y venir en un movimiento mínimo y esporádico que no se ve, pero se oye.

Estiro la mano. El guante amarillo se refleja en el bronce y lo envuelvo. Presiono. Giro despacio.

El viento me apura: chupa la puerta hacia adentro y me obliga a dar el paso. Ya estoy, pero me niego a avanzar y suelto. La puerta da el giro completo. Queda abierta y, frente a mí, tengo la penumbra que lleva a la ventana.

Me estiro y prendo la luz. A esta distancia ya debería

verlo, si es que todavía está, pero por algún motivo me demoro en los detalles del interruptor mientras eso ahí, bajo la luz amarilla, me espera.

¿O se habrá escondido?

Y cuando pienso me lleva a mirar.

Lo que veo primero me tranquiliza. Todavía hay algo sobre el eje, justo a mitad de camino entre el marco y la ventana. La luz de adentro lo revela sólo en parte, pero doy un paso, arrastrando las pantuflas, para confirmar: es pelo. Pelo negro, abundante, prolijo pero abundante. Pienso en una mascota. Un perrito Yorkshire, un hurón o un erizo. No sería la primera vez que alguien suelta una mascota exótica en el edificio.

Dentro de las pantuflas, los dedos se me encogen y un pensamiento me invade: no traje el celular. Ahora mismo podría tomar una foto y volverme a la cocina o a la habitación, cerrar la puerta y, más tranquilo y seguro, analizar mi hallazgo pixel a pixel, con amigos, con especialistas. ¿Quién dice que porque algo cae en mi departamento es mi responsabilidad? No hay ninguna ley, que yo sepa. Cierro los ojos, pero una punzada fría me sube por el cuello: ¿y si ahora se mueve? ¿Y si me estaba esperando? Entonces me enfurezco. No puedo seguir así.

Abro grandes los ojos, doy otro paso, y otro, esta vez levantando las pantuflas, y no paro hasta llegar a la ventana y presionar la segunda tecla, la que ilumina el balcón, para ver bien.

Y la veo.

La veo bien.

Es mi inteligencia, limitada o no, la que todavía no puede incorporarla, pero mis ojos la ven. Me resulta imposi-

ble, pero tanta luz no puede mentir.

Veó otra vez el pelo, algo engrasado pero dentro de todo limpio, peinado hacia atrás, como si se hubiera bañado hace media hora y el pelo se le hubiera secado así. Después veo la frente y el lugar donde deberían estar los ojos y la nariz, atravesado por dos surcos rectos marcados en un rojo violáceo que pasa sobre las cejas hundidas y los párpados. La distancia entre las líneas es la misma que separa los dos ejes de la ventana corrediza.

Quiero moverme y no puedo. Veo los labios negros y secos, llenos de llagas y lastimaduras, y abajo un maxilar marcado, recto. Estoy contra la pared, por lo que no llego a ver qué hay por debajo del cuello.

Doy un paso atrás y me pongo de frente. Entonces me quedo sin aire y me sale darme vuelta y, al retroceder, me clavo el borde de la mesa en el estómago: donde esperaba ver el resto del cuello y la clavícula y los hombros y brazos y el torso, no hay nada. Tampoco sangre. Tampoco una bolsa o una caja, o un ataúd. No hay nada. Sólo está la cabeza.

¿Lo conozco? Digo, ¿lo conocí? Estaba blanco, tirando a azul; imposible saberlo. El pelo me suena, pero quién sabe. Me doy cuenta de que estoy tomando aire demasiado rápido e inspiro profundo.

Cuando dejo de mirar, el viento me da en la espalda y me viene la idea de que la noche avanza, pero la cabeza sigue ahí, sobre el eje de la puerta-ventana, y con la luz del balcón prendida.

Voy y la apago. Miro un poco más allá, el edificio de enfrente, los pisos de arriba, la terraza, pero no veo luz ni movimiento.

¿Estaría tan entera si alguien la hubiera tirado desde allá? Algo me dice que no, que hubiera quedado más aplastada. Pero de más cerca tampoco pudo venir. Ahora, si hubiera rodado desde el piso de arriba...

Doy toda la vuelta a la mesa, no quiero que nadie me vea. No miré, pero sé que alguien se asomó desde el otro balcón.

¿Por qué no quiero que me vean? ¿Qué hice de malo?

¿Intentar cerrar una ventana?

Tengo que llamar a la policía y listo. A lo mejor es como cuando era chico, que explotó la Embajada de Israel y aparecieron dedos y orejas y dientes en las macetas de tres cuerdas a la redonda.

¿Pero por qué no llamo? ¿Por qué siento que me tengo que ocultar? Si alguien me viera así, a lo oscuro, con la gorra, la bufanda, los guantes, y una cabeza...

Me tengo que ir. Apago la luz, cierro otra vez la puerta, me saca todo: estoy muerto. Alguien me la hizo bien, bien hecha. ¿Ahora quién me va a creer? Estoy solo quién sabe hace cuánto, nadie puede dar cuenta de mis últimos dos días, porque ya casi es domingo, y de pronto llamo a la policía y les digo “Señores, auxilio, tengo una cabeza en el balcón”.

Para colmo, si pudiera identificarle la cara, por lo menos podría saber si hay alguna posibilidad de que me involucren. ¿Quién le arrancaría la cabeza a un desconocido? ¿por qué motivo? ¿Simplemente por placer? De años y años de leer los policiales no recuerdo un caso que se haya justificado así. “Lo mató porque tenía ganas”. “No sé, pintó”. Además, en un país como este, ¿quién le creería a la justicia un fallo así? Aún si fuera verdad, nunca

se animarían a que ese fuera el móvil principal. Se expondrían a años y años de apelaciones y....

La cabeza.

Tengo que ser consciente y actuar. No puedo pasar mucho tiempo sin actuar, o eso mismo podría despertar más sospechas.

No le reconocí la cara. No le reconocí la cara porque la tenía rayada por el golpe: la nariz torcida a la izquierda, pegada al pómulo, los ojos cerrados bajo los surcos. No quiero pensarlo, pero al cerrar los ojos la veo, bajo la luz amarilla del balcón y, del otro lado, las dicróicas de la sala. De mi sala.

Tengo que volver. Mejor que recordarla así, es verla bien, con una luz frontal. No puedo arriesgarme a llamar a la policía sin saber si lo conozco. ¿Y si es el portero? Seguro que podrían achacarme la muerte del portero, porque nadie confía en él. Demasiada sonrisa, demasiados secretos. Hasta se rumorea que a veces duerme con la del séptimo, cuando el marido no está. Incluso podría ser Fernando, el chico del tercero, el que ayudé a subir ese bendito futón los tres pisos, porque él tiene el pelo así de negro. Siempre nos llevamos bien, pero varias veces lo sargenteé en el grupo por dejar el portón abierto. Los rumores empiezan por cosas así y tampoco es que la gente de los otros pisos me quiera tanto.

La cabeza.

Busco la linterna. Es de las que tienen dínamo. Le doy cuerda unos cuantos minutos hasta que emite una luz potente, y vuelvo a abrir la sala.

Esta vez dejo abierto, porque apenas abro la veo, ahí, casi redonda bajo la luz de la luna, y ya no tengo la sen-

sación de que pueda moverse o rodar.

Entonces pienso en los gusanos. ¿Cuánto tiempo llevará así, cortada? ¿Cómo puede ser que no tenga gusanos o algún mínimo de descomposición? No hay olor. Por más que huelo, todo lo que me llega son los churrascos de la vecina del nueve.

Alumbro. La luz blanca frontal limpia las marcas y texturas y distingue las líneas más fuertes, los pliegues de los párpados, las comisuras, las líneas de la nariz. Visto así, con la piel tan límpida y clara, parece que va a abrir los ojos. Bajo la linterna y veo el final del cuello, cortado con un borde tan recto y prolijo que casi resulta absurdo. Tiene que haber sangre o una cauterización o algo, pero para verlo tendría que salir al balcón y exponerme y los churrascos siguen ahí, bulliendo, y Dios sabe quién más. Ya sé.

Vuelvo a la cocina y busco la pala.

Pero no va a funcionar. Es una mísera palita de plástico. Una cabeza debe pesar por lo menos dos kilos. Pienso que mi viejo para la parrilla tenía una palita de acero que me hubiera venido muy bien. No, ya sé: la fuente del horno. No la voy a poder volver a usar, pero semejante situación bien vale el sacrificio.

La busco en la pileta, pero está en el horno, sucia con restos de tarta. La lavo con detergente, bien rasqueteadada, y la seco con el repasador. Mientras actúo me siento mejor. Al menos no pienso y me siento más cerca de que todo termine. Entonces me doy cuenta de que estoy dejando mis huellas por toda la fuente; me pongo los guantes y la vuelvo a lavar, y ya me los dejo puestos para la maniobra.

Agrego una campera de nieve que tengo guardando polvo al fondo del armario, me calzo la capucha y vuelvo a la sala.

Esta vez también apago la luz del balcón.

La bandeja tiene un bordecito. Se va a rayar el teflón, quizá deje marca, pero no importa. ¿Quién en su sano juicio relacionaría una marca de teflón en una baldosa con un crimen? Siquiera los imaginativos fiscales de nuestro país se animarían a tanto.

No la miro. Me agacho, para no apoyar las rodillas ni asomar siquiera la nariz, y apoyo la fuente sobre el piso, sacando apenas las manos enguantadas. En esa difícil posición, arrastro despacito hasta tocar la nuca, por debajo de la oreja, tan despacio que casi ni oigo la fricción al arrastrar.

Un movimiento seco. Es eso: un buen golpe seco bien abajo y después a mantener la bandeja estable para que no se caiga.

Empiezan a temblarme las manos. No importa. Siempre tuve buen pulso. El temblor no es más que la seguridad de que voy a hacerlo. Estoy convencido y, además, todo se resume a un movimiento. Ese.

Inspiro, cierro los ojos y le doy.

La cabeza gira hacia mí, como esperaba, y no puedo evitar ver que las bolas de los ojos todavía se mueven detrás de los párpados. La bandeja pesa, resbala bajo los pelos brillosos, y sigue rodando hasta que la nariz se hunde en el teflón de la fuente.

Tiemblo. Mis manos tiemblan. La cabeza también, porque yo tiemblo, y es ahora o nunca, porque no voy a aguantar mucho así.

Me empiezo a parar, de a poco, manteniendo la fuente derecha, ni muy hacia adelante ni muy hacia atrás. Pienso que la nariz, clavada en el teflón, me va a hacer la vida más fácil, pero no; debe estar muy quebrada, porque me estoy terminando de parar y la cabeza sigue girando, rodando por el teflón, y paso a verle la nuca, con las puntas rizadas de los pelos de abajo, y me estremezco.

Doy un paso y la bandeja se me inclina para adelante. Entonces doy otro, para emparejar, tropiezo con el eje de la ventana y se me va todo hacia el frente. La cabeza vuelve a rodar en la dirección contraria, esta vez más rápido, y la fuente se vuelca.

Pero tengo suerte: el balcón de atrás es muy chico y, con el paso en falso, ya estoy contra la baranda, que ataja la fuente y la termina de volcar. La cabeza sigue rodando más allá de la baranda y del balcón y vuela, libre al fin; yo vuelvo adentro.

Esta vez tiro despacio de la ventana. Y cierra. Ya mañana revisaré si quedó algún rastro.

Me lavo las manos y después me meto al baño. Necesito bajar, así que lleno la bañera, porque la inmersión me va a relajar más y porque así se escucha menos ruido en el edificio. Además, entre la canilla y el extractor, me ahorro escuchar el grito de quien pueda hacer el nuevo hallazgo.

El sonido igual llegué a escucharlo.

No fue sólido. Fue como una bolsa llena de jugo que se reventó contra algo un poco blando, como la tierra, y oí algunas ramas. La familia de abajo tiene ficus en macetas grandes. Tuvo que haber caído en una.

Mi edificio es raro, en él nada es recto. Cada piso es más

grande que el superior, como si fuera una cajonera con los cajones abiertos en distintas medidas, lo que explica que la cabeza haya caído ahí nomás, en el séptimo, lo que me sugiere que algo parecido me hubiera podido hacer la del nueve.

¿La cabeza seguirá bajando? ¿Habrà hecho todo el camino de esa forma desde el piso veinte?

Espero el timbre toda la noche, pero nunca suena. Igual no pego un ojo. En el único momento en que me baja el sueño, algo me pisa el pecho y me incorporo: me toco la cara, el pelo, la nuca y de a poco vuelvo a respirar.



LOURDES ASO TORRALBA

“Díselo a las sirenas ”



DÍSELO A LAS SIRENAS

Por Lourdes Aso Torralba

No sabes nadar. No te atreves con el agua. No tienes agallas para intentarlo. La negación por principio. Decir no puedo. Decir no sé. Decir no valer para eso. Exactamente: no vales. No intentas. No compites. No te superas. No arrancas. No nadas. Tú y tu cobardía. Ya te enseñaré yo a nadar. Verás como sí. Verás como el agua no muerde. Verás como te hago un hombre. Verás como al final me lo agradeces. Nada de lloros ¿entiendes? Nada de excusas. Lo intentas y punto. Te pones un flotador. Te colocas sobre una balsa. Te echas al agua. Y sobrevives. No hay más que instinto de supervivencia. Una lucha contigo mismo. Un arranque de esos que les falta a los políticos para acometer una empresa. Una forma de reinventarse para salir de la crisis. Una terapia de shock cojonudamente buena y a cero euros. Nada de esos psiquiatras que te sacan los euros por contarles tu vida. Cuéntasela al mar. Tienes todo el tiempo del mundo. Dile que estás mal de la cabeza. Dile que no sirves para nada. Dile que te asusta imaginar lo que nada por debajo. Dile que no crees en las sirenas. Díselo todo, ya que en casa nada cuentas. Tus silencios cortan el aire. Incomodan. Asustan. Parecen hablar de ti, de tu soledad, de tu reserva. Parecen cargarse de pólvora con la que disparar tus balas particulares. Parecen acumular odio. Parecen concentrar nitroglicerina antes de romper puertas. Antes de destrozar puños contra paredes. Antes de

golpear la cabeza contra los cristales. Antes de colocarte las cadenas sobre las piernas. Antes de raparte el pelo al cero. Antes de tu mirada de odio. Antes de que el mundo fuera tu enemigo. No sabes algunas cosas. Sabes las que no deberías haber aprendido. Conste que nadie te enseñó esa violencia. Conste que aquí nadie te puso una mano encima. Nadie te ha marginado. Eres tú quién huyes. O es la droga la que te acelera los pies y te da vuelta a la cabeza. No sabes. No sé.

No sabes te sirve para todo. No sabes es la muletilla perfecta del pecado capital de la pereza. No sabes ponerte los pantalones. No sabes donde trabajar. No sabes de dónde sacar euros. No sabes como conseguir el siguiente pico. No sabes si quieres vivir. No sabes si estás muerto. No sabes si caminas sobre las aguas como Jesucristo. No sabes si en tu vida hay algo de milagro. Tu madre te defiende. Te protege demasiado. El chico. Deja al chico. Déjalo con sus cosas. Con su independencia. Con su puño elevado. Con su mirada encendida. Con su fracaso. Déjalo con tal de que no me toque. Tu madre te tiene miedo. Te parió como un niño dependiente. Como un niño sosegado. Como un niño que tiene todo por aprender. Ahora dice que tienes algo de monstruo. Que esa cabeza, esa cabeza no te funciona. Dice. Ella dice y tú no sabes. Ella dice que ya asentarás los pies en el suelo. Que ya te darás cuenta. Que adónde vas a ir. Que qué va a ser de ti. Ella piensa en ti y no dice que no sepas. Eres tú quién te has colgado la etiqueta. No sé. ¿No sabes?

Allí está el mar. Te espera. Cada día espera a los marineros. Cada día mece sus aguas y regala el pescado

para vender en las lonjas. Cada día lava el sudor, agrieta las manos, hace temblar con su rabia. Dices que no sabes. Ellos, los veteranos, te han intentado enseñar. Te han contado los secretos del agua. Te han hablado de las tormentas. Te han propuesto compartir la cubierta. Te han ofrecido los cabos de las redes para arrancar el pescado de los criaderos. Te han intentado contagiar vida. Dices que no sabes. ¿No sabes si estás vivo? El mar te va a enseñar. El mar es sabio. El mar tiene más vidas que matusalén. El mar ha arrancado mil vidas. Ha perdonado millones. Tendrás que negociar con él. Tendrás que vencerlo. Darle tus razones para que te perdone. Luchar con él. No a puñetazos. Eso no sirve. El mar abraza. El mar sumerge. El mar aprieta la garganta. El mar te quita el aire de los pulmones. El mar te pone al límite. El mar es mucho más fuerte que tú. Podría ser tu enemigo. Podría ser tu amigo. Podría ser tu amante. Podría ser tu camarada. Podría ser tu vida. Podría ser tu muerte. Podría ser tu alimento. Podría ser tu inspiración. Podría ser historia. Olvido. Reconciliación. Todo eso será el mar. Puedes decirle que no sabes. Guardará silencio. Esperará a que sepas. Esperará a que te reconcilies. Esperará porque el mar no tiene prisa. No te cuenta todo de golpe. Te regala toda la paciencia que te falta porque el mar es tranquilo cuando quiere. Mirarlo durante mucho rato sosiega el alma. Uno adivina lo que hay debajo porque en eso consiste la vida, en buscar debajo de la piel, dentro del alma, en lo más recóndito de uno mismo. Allí es donde nace la personalidad, donde anidan las malas intenciones, donde si buscas, encontrarás lo que sabes y lo que no. Lo que no quieres saber. Lo que no te in-

teresa saber. Lo que es mejor no mirar siquiera porque causa vergüenza. Lo que resulta más cómodo de hacer al no hacer. Allí es dónde dice tu madre que mires antes de levantar el puño. Porque el mar, aunque no lo creas, es como el espejo del alma y te obliga a mirarte. No te queda más remedio. Tienes que abrir los ojos en algún momento. Para ver que estás en alta mar. Para mirar la distancia hasta la costa. Para otear si hay algún barco en las inmediaciones. Para gritar que todos excepto tú somos unos hijos de puta. Tienes razón. Eso sí lo sabes. Sabes el significado de la definición. Sabes utilizar el insulto para herir. Sabes cargar tintas. Sabes que los demás son malos y que tú jamás te equivocas. Que eres guay. Perfecto. Duro de pelar porque levantas un puño.

Pregúntale al mar. Dile que te responda. El mar no miente. No tiene por que mentir. El mar no te tiene miedo. Eres tú el que dice no saber nadar. No saber hacer. No querer hacer. Por eso, aunque tu madre trate de defenderte, yo voy a decirte una cosa; sepas o no sepas nadar, no te va a quedar más remedio que intentarlo. Por eso te he colocado el salvavidas y te he dejado a unos pocos kilómetros de la costa. ¿Quieres saber? ¿Te interesa saber ahora que suerte puedes correr? Pregúntale al mar. Depende de su capricho. Puede empujarte a la orilla sin más. Puede adentrarte en alta mar. Puede impedirte que avances contracorriente. Puede dejarte varado por falta de viento y por falta de olas. Pregúntale si debes suicidarte rápido. Si morir en sus aguas duele. Si merece la pena que se le llenen a uno los pulmones de agua. Pregúntale si ve habitualmente este tipo de castigos. Si forma parte del juego de rehabilitación. Si cree que tie-

nes valor. Si cree que yo soy el mal nacido. Pregúntale lo que quieras mientras mantienes el equilibrio. Porque el mar es así. Le gustan las cosas bien hechas. Le gusta tener cada cosa en su sitio. Le gusta el orden. Le gusta programar los movimientos. Y le gusta que en medio de la agitación no se produzca el desastre.

Dices que no sabes nadar. Lo dices, pero no lo has intentado. Nadie antes te dio un susto. No has experimentado el contacto con el agua, su caricia, su presión. Porque el mar aprieta las carnes. También exprime la cabeza. Valora si es lo suficientemente dura como para no abrirse en dos. Al mar le gusta la compañía y tú, aunque no se lo has dicho, sabe que vienes para quedarte. El mar sabe lo que tú no sabes. Adivina tus intenciones pero con él no valen las trampas. No vale dejar las cosas para luego. Al mar le gusta la obediencia. Tiene sus reglas, ya te he dicho. Por eso va a molestarle mucho que no te decidas. Y por eso ha encerrado el secreto que te aguarda en el fondo de una caracola. Deberías acercártela al oído, escuchar. Escuchar lo que el mar te cuenta. Escuchar lo que tiene que decirte. Escuchar lo que antes que tú sufrieron otros.

Pensarás que no sabiendo nadar es como empujarte al abismo. Que te trato como en Esparta. Allí, ¿sabes? Allí eliminaban a quienes no eran perfectos. Los empujaban al acantilado. Lo llamaban limpieza étnica. Parecido al holocausto. Lo que no vale para nada se destruye. Tú dices no valer. No servir para esto. No saber haber. No saber. ¿Sabes como es el abismo? ¿Has tocado fondo? El mar es profundo, muy profundo. Llegar a su fondo requiere mucho empeño. Requiere mucha fuerza.

Requiere tiempo y habilidad. Y sobre todo, llegar al fondo implica volver a empezar. Uno no cae al fondo y se abandona. Tú no quieres ser pasto de los peces. Eso sí lo sabes. A pesar de tus reproches, exhalas vida. Quieres vivir. No te gusta el fondo porque está oscuro. Está profundo. Está lejano a lo conocido. Es difícil encontrar en él algo de diversión. Tu madre no aprueba mis métodos. Ella no sabe si tú sabes. No quiere saber. Pero dice que es una locura. Que puede pasarte algo. Que como dices no saber nadar. Yo le digo que nada peor de lo que te pasa ahora puede pasarte en el mar. El mar cuida de ti. Solo si tú no lo cuidas, si no le prestas atención, si no te acercas a él con el respeto que merece, puede que te dañe. Pero tú sabes que el mar tiene mil sendas. Tiene mil caminos. Hay muchas millas por descubrir. En tierra tú no ves más que un camino. Sólo ves los chutes. Sólo te preocupa tener euros en el bolsillo. Sólo te levantas para salir de marcha. Sólo parece revivir cuando descargas adrenalina con la violencia. Allí, en alta mar, no tienes tanta cosa por la que preocuparte. No tienes camisas arrugadas. No tienes que cambiarte los calzoncillos. No puedes protestar porque quieres un pantalón de tiro bajo. No hay zapatillas de doscientos euros. No hay gomina para el pelo. No sirve decir que la comida de tu madre no está buena. No sirven las protestas. No hay móvil. No tienes ordenador. No estás conectado con el mundo. No están tus colegas. No hay partidos de fútbol ni chicas monas. No hay lo que hay en tierra. No se sirve de las mismas reglas. No te sirven la misma forma de quejarte. El mar va a dejarte protestar. Va a escucharte. Pero no va a hacerte ni caso. El mar, una vez oiga tus argumentos

va a reírse de tus necesidades. Va a elaborar contigo otro orden de prioridades. Va a empezar por lo más básico, la vida. Después va a apretarte las tuercas con la sed. No tienes agua dulce. No vas a saber qué beber. Vas a tener frío. Vas a estar incómodo sobre la embarcación. No vas a tener la comodidad de un colchón. La firmeza de tierra firme. Te vas a marear. Lo más seguro llores. Imploras que quieres regresar. El mar te va a agitar las tripas. Te las va a mover como si las metiera en una batidora. Te va a agitar la cabeza. Lo va a hacer parecido a cuando tú descargas tus puños. El mar te va a ver vomitar todo el contenido del estómago. Te va a ver sujetarte a la barca como para intentar mantenerla en su sitio. Va a seguir agitándola a su capricho. Hasta que uno de los dos gane. Hasta que te acostumbres. Hasta que no tengas nada más que vomitar. Hasta que estés a punto de volverte loco. Hasta que se te marquen los pómulos por la deshidratación. Hasta que puedas hacer operaciones matemáticas contando tus costillas. Hasta que no puedas coger con los dedos ni un pellizco de carne. Hasta que el pellejo de tu piel agrietada chille. Hasta que veas que la vida en el mar es un martirio. Hasta que descubras que tú formas parte de ese martirio. Hasta que te des cuenta que ese martirio que sufres en tus carnes es el mismo que tú le has infringido a tu madre. ¿Quieres eso para tu madre? ¿Te gusta esa sensación de mareo? ¿Ese no poder más? ¿Esas ganas de morir de golpe?. Al mar todo eso le gusta. Va a disfrutar contigo, lo sé. ¿Quieres saberlo tú? ¿Vas a preguntarle si quiere ser tu amigo? ¿Si va a dejar de moverse? Si te va a dar una tregua, una sola, hasta que puedas pensar. Hasta que vuelvas a ser persona. Hasta

que te parezcas a algo más que un guiñapo desangelado.

Llevas poca ropa. Algo de comida. Algo de agua. Como ves, no soy tan hijo de puta. No te mando con las manos en los bolsillos. No te abandono del todo a tu suerte. No hago como en Esparta. No quiero una limpieza étnica sino una limpieza de tu alma. Una regeneración de tus genes. Una reencarnación milagrosa en un joven con la cabeza bien asentada sobre los hombros. Un joven del que sentirse orgulloso su padre. Un joven al que no tema su madre. Un joven amigo de sus amigos. Un joven educado. Un joven capaz de enfrentarse a la vida con algo más que un no. Con algo más que una pataleta. Tienes que aprender a controlar las provisiones. Tienes que evitar los impulsos. Tienes que ser autosuficiente. ¿Vas a saber? Te lo digo porque no sabes. Porque exiges a gritos que te acerquen la ropa, que te sirvan, que te aten los cordones de las zapatillas. Exiges dinero. Exiges salir. Exiges tantas cosas que se te ha olvidado dar. El mar va a querer que le des algo tuyo antes de darte. Va a arrancarte el estómago a trozos. Va a exprimerte la cordura. Va a secarte el lagrimal. Va a agrietarte la piel. Se va a beber tu sangre. Va a enseñarte sobre la equivocación tuya. Va a ponerte en tu sitio. Va a dejarte pedir. Se te va a reír porque el mar no tiene criados. Se va a reír de tus rabietas. Se va a reír porque el mar necesita hombres y no niños. Te va a hablar incluso del valor de las mujeres. Te contará que muchas se enrolaron en barcos piratas. Que no lloriqueaban como tú. Que entraron en un mundo de hombres bajo un disfraz y sobrevivieron mejor que tú. Se las apañaron bien. Adoptaron los andares varoniles. Copiaron el tono de la voz. Se raparon

la cabellera. Y le echaron un par de eso que no tienes tú. Le echaron un par de huevos, si señor. Un buen par. Ese par que espera el mar. Porque el mar no es para niñas. ¿Acaso no tienes lo que hay que tener? Presumes mucho, pero careces demasiado. Presumes con un puño en alto. Ante tu madre. Demasiado cruel. Demasiado fácil. Demasiado cobarde. Ahora, háblale al mar de cobardía o de valor. Verás que te dice. Te ha visto. Y como tú dices no saber, te ha llamado cobarde. Tú sabrás que puedes demostrar. Que quieres hacer. Que más quieres decir. Porque en el mar, como en tierra, las palabras se las lleva el viento. Son los hechos los que cuentan. Son tus actos. Es tu heroicidad. El mar hace y deshace. El mar no pide. Va a esperar a que le des, Va a esperar a que le digas. Va a esperar que le supliques. Va a esperar porque al mar no le duelen los oídos. Si gritas demasiado acallará tus voces con su batir de olas. Te acallará para que aprendas a callar. Será capaz de aullarte en los oídos. De ensordecerte. De espantarte. De rugir como nunca antes has oído. Será capaz de descargar la tormenta sobre tu cabeza. Verás los rayos atravesar el mar. Los truenos retumbar y multiplicar el sonido con un eco descomunal. Será capaz de hacerte sangrar el tímpano. Porque el mar si sabe que no sabes callar cuando debes. Sabe que no sabes ser humilde. Sabe que no sabes pedir perdón. Sabe que no sabes ponerte en el lugar del otro. Sabe que no sabes hacer un favor. Sabe que no sabes pensar más que en ti. En el mar no sirve ser egocéntrico, no sirve pensar en uno mismo. No sirve el individualismo. El mar trabaja en equipo. El mar rompe pero también recupera una belleza digna de admirar. El mar, en ese fondo que todavía no has toca-

do, tiene diamantes en bruto, joyas únicas. El mar guarda un tesoro que todavía está por descubrir. Tienes que descubrirlo. Tienes que adivinar donde está. Tienes que buscarlo. Tienes que bucear por debajo de la superficie. Limar la piel. Exfoliarla. Dejarla en carne viva. Sanar los gérmenes que la contaminan. El mar va a arrancarte el diamante bruto que eres ahora, va a pulirte, a sacarte brillo. El mar va a hacer de ti un hombre. Tu madre dice que te deje en paz. Dice que soy demasiado duro. Dice que esto no nos lo vas a perdonar nunca. Dice que vas a volver más rebelde. Dice que el odio se te va a reproducir por dentro como un mal cáncer. Dice que cada uno es como es. Te ha permitido mucho. Te ha dejado hacer. Eres así porque no hemos sabido educarte. Porque no te hemos puesto límites. Porque te has creído con más derechos que deberes. Porque has perdido el norte. Yo no creo que vuelvas más rebelde. Por eso he elegido reeducarte así. El mar pondrá límites. Tú mismo te vas a poner límites. Vas a llegar al final de tus fuerzas. Vas a aprender a mover los brazos y las piernas. Vas a intentar volver a subir a flote a esa pequeña embarcación. Vas a remar con las manos. Vas a flotar. Te vas a dejar arrastrar hacia la costa y vas a luchar para que el mar no te aleje de lo que deseas. Vas a dejar que el odio se diluya con la sal.

Tú no sabes que yo sí sé que este método no tiene precedentes. No todos se atreven a algo así. Nadie se ha atrevido a algo así. No todos prueban de esta manera. No creo que lanzarte al mar para que te reedique esté contemplado en los manuales. No creo que al “Hermano Mayor” se le ocurriera encomendarte esta tarea. Pero no

todos están tan desesperados como yo. No todos están a punto de arrojar la toalla. No todos sienten miedo pensando en una denuncia. Ahora no se os puede tocar. No se os puede gritar. No se os puede corregir. No se os puede frustrar. No se os puede poner un límite. No se os puede decir que eso está mal hecho. No se os puede contrariar. No se puede hacer nada de eso porque no se os puede incomodar. No se os puede estresar. No se puede abrir la boca porque a lo mejor caéis en una depresión irreversible. Vuestros derechos a crecer en paz. Vuestros derechos a no ceder un asiento a un abuelo. Vuestros derechos a ser impertinentes. Vuestros derechos a ser groseros. Vuestros derechos de pataleta con tal de conseguir el objetivo. Vuestros derechos a levantar la mano. A quedar con la última palabra en la boca aunque no tengáis razón. Vuestro derecho a no dar el brazo a torcer. Vuestro derecho a gritar “no me importa” que me castigues. Di ahora que no te importa. Díselo al mar. Dile que no te importa estar en sus aguas. Tú no sabes que por más que llores, por más pataleta que te entre, ya no hay derechos que valgan. El no, en el mar es no. No es un ya veremos. No es un toma a ver si te callas. No es un que sea la última vez. Porque una cosa te voy a decir, la educación y las buenas maneras abren más puertas que cierran. Puedes no tener presencia física, no ser miss mundo. Puedes no ser el más preparado académicamente, pero si eres el más amable, el más educado, tienes más probabilidades de alcanzar el éxito. Eso te lo va a enseñar el mar. Te va a educar de nuevo. Te va a quitar la tontería. Te va a soltar un bofetón. Y tú, que no sabes, no vas a poderle denunciar. No vas a poder decir que el mar te maltrata. No vas

a poder salir corriendo antes de que te saque los colores. No vas a poder decirle que no estás de acuerdo con sus métodos. No vas a poder llamar a una operadora del teléfono al maltratador. Además ¿qué dirías? ¿Que eras un tipo educado y se te trataba injustamente? Porque eso sí sabes, lo sabes bien, que se te llama la atención porque tu madre ya no puede contigo. Ella dice que te has vuelto salvaje como un animal. Que deberías vivir en la selva. Que no es que la sociedad se vuelva en tu contra. Eres tú quién haces que la gente se aleje de ti. Eres tú quién se ha olvidado de las normas básicas de civismo y buenas maneras. Eres tú quién no tiene las coordenadas en el norte. Eres tú quién necesita una institutriz que te enseñe modales. Que te enseñe lenguas. Que hables igual de rápido en alemán que el chino. Porque nunca sabes en qué idioma va a hablarte el mar. Quizá en chino. O en ruso. O en uno de esos idiomas tan tuyos con abreviaturas y faltas de ortografía. El mar no suele darle patadas al diccionario. Así que tendrás que tener cuidado para colocarle todos los puntos. Todas las comas. Todos los acentos. Todas las haches y las bes. Todo como pone el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Porque el mar quiere que seas un tipo ilustrado. No un Licenciado en Políticas, pero con todos los conocimientos del mar. Con las cartas marinas aprendidas. Con unas nociones de álgebra para orientar las coordenadas. Que sepas algo sobre los nudos marinos. Que sepas que es babor y estribor. Que sepas izar una vela, echar un ancla. Zarpas. Lo mínimo. Que sepas conducir el barco. Manejar el timonel es como manejar tu propia vida. El mar va a darte el carné de primera. Te va a decir si eres capaz de

conducir tu vida. Sabrá que ya no pensarás en arrastrar a los demás al abismo puesto que manejarás con más cuidado los dones recibidos. Algo así como la primera cartilla para aprender las letras. Has de esforzarte por entenderlo, por no hacerle repetir los mensajes. El mar tiene el master superior en educación. No se me ha ocurrido mejor profesor para ilustrarte. Sé que puede costarme caro, que tal vez ni siquiera los ahorros lleguen para pagar este capricho. Ya sabes, que eso si sabes, que no nos llega para el internado ni el campamento de verano en un campo de trabajo rehabilitador. Has de conformarte con el mar. Has de hacer los deberes. Has de pasar el reconocimiento. Has de graduarte con sobresaliente. Has de hacer examen de conciencia. Has de arrepentirte. Has de hacer propósito de enmienda. Has de hacer la confesión para que se te perdonen los pecados. Has de evitar que se te condene a los fuegos del infierno. Peor todavía, tratándose del mar, has de evitar el fondo del mar. Has de saber aprovechar el talento. Lo has de usar en tu búsqueda. Por mucho que busques la llave para escapar, sabes, eso si lo sabes, está en el fondo del mar. Ya lo decía esa canción infantil que cantaban las niñas. ¿Dónde están las llaves? Matarile rle rle, matarile rle la. En el fondo del mar. El mar va a darte matarile. Está a miles de pies de profundidad. Ya ves, hablamos de pies que ahora no asientas en el suelo. Hacer pie de una vez. Caminar erguido.

Sé que no has pensado en el mar como salvavidas. Porque el mar entiende mucho de salvar vidas. Lo mismo las quita que las salva. Y tu vida, según tú, no vale nada porque no sabes nada. A lo mejor te la salva. Espero que

te salve. Espero que aprendas lo que está por enseñarte. El mar tiene su técnica propia. Me consta que le ha gustado mi atrevimiento. Me consta que te ha mirado. Te evalúa a fondo. Se te cuela por debajo de la piel. Quiere saber que líquido recorre tus venas. Quiere saber si tu sangre es como las demás. Si tienes alma. Si aparte de tu rotunda negación por sistema, tienes algo más dentro. El mar sabe que no niegas porque sí. Niegas lo innegable. El mar espera que lo niegues, que lo ningunees. Espera que digas no. Que digas no me da la gana. Que digas no sé. Que te desnudes. Porque la negación por rutina no te hace más fuerte. Te anula. Te convierte en un ser pendiente. Te hace adusto. Te perfila maleducado. Espanta a quienes podían ser tus amigos. Espanta al mar. Lo pone sobre aviso. Al mar no le sirve eso que dice tu madre: si ya sabes como es. El mar no se conforma con auto justificaciones. No le gustan. Al mar le gustan las consecuencias. Acción. Reacción. El mar se rige por la observación. Te mira. Ve lo que haces. Impone una consecuencia. El mar te ve sentado. Te obliga a moverte. Te ve quejarte. Te sacude. Te ve decir que no sabes. Te obliga a saber. Saber o morir. Nada de pienso luego existo. El mar no leyó a Descartes. El mar te lee a ti. Le fastidia ver como eres. Le fastidia que pases de todo. Y lo que nosotros no sabemos hacer en tierra, lo hace él en el agua. Te mueve y zarandea. Te agita. No te deja tranquilo. No te deja como a ti te gusta. Te incordia. Te molesta. Te enfada. Te devuelve la misma moneda. Te cobra caro el precio del billete. No te deja bajar en la próxima estación. Te obliga a llegar al final del trayecto. O incluso allí, te cierra las puertas. Te encierra. Te aprisiona. Te condena. Y no tie-

nes como defenderte, como callarlo, como abofetearlo, como ponerlo en su sitio, como gritarle. Eres un pasajero con billete de primera que no dispone de escala. No hay puerto donde atracar. No hay pasarela para llegar a tierra. No hay camarote resguardado del sol y de la lluvia. No hay cabina con posible llamada a torre de control. No hay vigía. No hay socorro que valga.

No sabes como defenderte del mar. Me gusta, aunque a ti no te guste. No sabes que decir. No sabes qué hacer. No sabes como contraatacar. No sabes como salirte con la tuya. Te ves sobre el agua. Y por una vez tomas conciencia de que debajo del mar hay agua. Sí sabes que el agua se mueve. Sabes que es inestable. Sabes que no puedes caminar por encima. Sabes que puedes hundirte. Y sabes, aunque dices que no sabes, que puedes intentar nadar. No has caído al agua todavía. Estás rodeado de agua. Es distinto. Ahora vas a ver la diferencia de estos pequeños matices. No es lo mismo pedir por favor que pedir gritando. No es lo mismo hablar que chillar. No es lo mismo querer euros para salir con los colegas que exigirlos. No es lo mismo responder educadamente que herir. No es lo mismo empatizar que arrollar. No es lo mismo estar cabreado con el mundo que sentir cabreo por algo determinado. Y como ves, no es lo mismo no tener una barca donde agarrarte que estar ya flotando. Pero como va para largo lo de la reconciliación, imagino que ahora estás arriba. Dentro de poco abajo. Sutilezas nada más. Cambio de ubicación. Distintos términos.

Digo lo del tiempo. Lo del agotamiento. Imagina que es como si estuvieras en un interrogatorio. Imagina a los guardias. Imagina la misma pregunta una y otra

vez. Hasta cien veces en una hora. Hasta mil veces hasta que te hundes. Imagina el golpe sobre la mesa. Imagina al policía hablando de la cárcel. Con imaginar en el mar no basta. El mar es ahora tu cárcel. El mar te castiga. Te pregunta mil veces. Te aprieta los testículos. El mar dice que eres culpable. Sabe que eres culpable. ¿No sabes? Te culpa porque cada uno es lo que es. Tú eres lo que quieres ser. ¿Patético? ¿Luchador? ¿Qué eres? Culpable del delito. El mar te lee tus derechos. Ahora te dice que sí, que todo lo que digas puede utilizarse en tu contra. El mar te dice que puedes guardar silencio, que tienes derecho a un abogado y si no dispones de recursos el estado te asignará uno de oficio. Te ha leído tus derechos. Tus deberes. Porque tú, hablas de derechos. Se te llena la boca de derechos. Pero olvidas los deberes. También te leen los deberes. Lo que debes hacer. Las normas. Nuevamente las normas. Lo que está bien y lo que no. Lo básico que se aprende desde niño. Eso no se hace. Eso no está bien. Eso no se dice. Eso es mentira. Eso es demasiado feo. También te dice como hacer cosas. Como emprender. El mar te cuenta los pasos a seguir para empujar la barca. Te ha querido enseñar a bracear. Te ha querido enseñar a sacar la cabeza fuera del agua. Te ha dicho como respirar sin tragar agua salada. Te ha explicado que si te asustas puedes colocarte mal en el agua y hundirte. Aunque no quieras saberlo, puedes flotar. De echo, si lo intentas, flotarás. Es difícil morirse cuando uno no quiere morir. Es difícil esta especie de suicidio lento. Pregúntale al mar. Pregúntale si quiere privarte de la vida. Sobre todo, pregúntale cuantos lo consiguen día a día. Dile que te lleve con ellos. Dile que tu barquita no

es más que una patera individual, que no cabe nadie más. Verás que te dice.

El mar sabe que una barquita como la tuya se mece sobre sus aguas con sobrepeso. Que apenas tiene como flotar. Que dentro van treinta o cuarenta inmigrantes que sueñan con llegar a tierra. Sueñan con una vida mejor. Con agua. Con un plato de comida. Con zapatillas en los pies. Saben que el mar puede matarlos pero arriesgan. Cruzan el mar. Le rezan. Le regalan ofrendas. Le prometen que si les salva la vida le estarán eternamente agradecidos. Pregúntale al mar qué escucha entonces. Pregúntale si esa gente grita. Si dicen no saber nada de nada. Si han dejado de luchar. Si piensan que el mundo es su enemigo. Si, como tú, desean que sea otro el que haga todo. Esa gente sabe más de deberes que de derechos. Esa gente que tiene la piel oscura sabe que por más que llegue a costa, todavía le quedarán obstáculos que superar. Saben el significado de la palabra ilegal. El mar también lo sabe y de cuando en cuando hace excepciones y apuesta por la vida. De vez en cuando no es el mar sino la inconsciencia, el sobrepeso, la climatología. Condiciones adversas que tú dices no saber. Ahora sabrás. Ahora.

Voy a hablarte de “El viejo y el mar” ¿Sabes quién escribió esa novela? Como dices no saber nada, no haber aprendido en la escuela, te lo voy a contar yo. La escribió Ernest Hemingway. Escritor estadounidense. Nacido en Illinois. Si sales de esta has de ir a ver mundo. Te lo prometes a ti mismo. Pero ahora estás como el viejo de la película. Solo. Luchando no contra un pez enorme sino contra ti mismo. Luchando contra tu soledad.

Intentando comprenderte. Intentando saber porque te hago esto. Porque te he lanzado al mar si dices no saber nadar. Te voy a contar que el viejo estuvo mucho tiempo intentando cansar el pez que había pescado. Lo intentó porque quería ese pez. Ahora eres tú quién tiene al pez. Eres tú el que sujetas tu propia caña. Eres tú el que está atrapado en el anzuelo. Tiene gracia. El pescador pescado. El mar es así. Juega y tiene su capricho. Juega contigo. Te pesca. Te suelta el cabo. Te deja nadar. Espera que te canses. Recoge hilo. Espera más. Espera porque sabe que el anzuelo te está desgarrando la boca. Que los movimientos tuyos han de ser cada vez más lentos. Sabe que si haces fuerza en dirección contraria te duele. Espera que al final arrojes la toalla. Que sueltes cabo. Que no tenses la cuerda. Que no te despellejes las manos. Que no te arrastre la fuerza del cabo hacia alta mar. Espera porque tiene mucho de sumisión. Tiene mucho de lucha. De conocimiento mutuo. Tiene su proceso de reflexión. En el mar uno aprende a discurrir. Aprende a tomar decisiones. Aprende aprendiendo a hacer. Porque de ese aprendizaje, de esa decisión, depende el siguiente instante. En el mar los errores a veces se pagan caros. El mar lo sabe. No quiere la perfección pero la recomienda. Invita a pensar antes de hacer. A no dejarse llevar por los impulsos. Estimula la rapidez. Instiga una acción rápida. Una vela elevada. Un cambio del rumbo del timón.

El mar tiene poder cicatrizante. Es capaz de curar heridas. Es como esas cremas de farmacia, como esos ungüentos que arreglan todo. Como si fuera el remedio milagrero de una tienda de chinos. Todo a sesenta céntimos de euros, lo mismo un cromo que una sartén. Lo

mismo una bolsa de mareo que una infección. Lo mismo cura la sífilis que la malaria. Lo mismo te quita las fiebres que te las pone. El mar también sabe de abrir las carnes y quemarlas con la sal. Sabe de matacías lentas. De aperturas en canal. De tostar la carne. De la conserva en salazón. De los hielos sobre las piezas recién pescadas. ¿No sabes? Deberías probar. Mojarte. Hacer esa especie de bautismo que dicen los libros sagrados que purifica el alma. Que te deja impoluto. Virgen. ¿No sabes a qué se refiere? Probablemente no va a devolverte la virginidad. Tampoco va a dejarte inmaculado. Te va a pescar. Te pondrá en salazón. Más bien te va a arrancar sangre. Va a lamerte las heridas. Va a hincar sus dientes. Va a hacerte chillar. Pero si no lo sabes te lo cuento. Es uno de esos refranes de tu madre. Quien bien te quiere te hará llorar. Eso hará el mar contigo. Te arrancarás esas lágrimas que parece no tener. Te sacará la pena del pecho. Te dejará en silencio para que te vacíes. Y vacío flotarás mucho mejor. Ahora llevas demasiado lastre. Debes soltarlo para poder elevarte. Igual que hacen con los globos aerostáticos para tomar altura. Volar o nadar aquí es similar. Nadarás mejor si tiras al fondo el peso sobrante. Me consta que te sobra mucha mierda. Que tienes mucho que tirar. Que intentas echarlo fuera hace tiempo. Que lo haces con esa rabia tan tuya, con esos puños, con esa violencia que te afea tanto. Aunque te parezca mentira, eso que tú echas al agua formará parte de la futura contaminación. Tendrás que pensar si el pescado que consumas habrá tragado tu mierda. Tendrás que pensar si resulta tóxico al organismo. Tendrías que pensar si es un producto fácilmente degradable. Tendrías

que pensar si puede matar a una ballena que lo ingiera pensando en comida. Porque el mar está harto de los ver-
tidos que arrojamos a sus aguas. Está harto del petróleo
que flota en sus aguas. Está harto del plástico. Está harto
de las aguas radiactivas. Está harto del lindano. Está har-
to de los jabones de fábricas. Está harto de recordar que
nuestra basura, la tuya, amenaza al ecosistema del mar.
Por eso, puede ser que tengas alguna visita inesperada.
Que se acerque algún cachalote para impresionar. Para
decirte que es más fuerte, más grande. Arrastrará su ba-
rriga cerca del arena, sin depositar huevas, sin encallar.
Simplemente viene a decirte que todos, incluido tú, tene-
mos una misión importante para conservar la naturaleza.
Moverá su panza hasta levantar una enorme columna de
agua. El mar no sabe como expulsar de sus aguas los
restos contaminantes. Pero sí sabe recompensar a quie-
nes le ayudan. Se crea entre ambos una especie de ca-
maradería. El mar lo toma como amigo, como aliado,
como defensor de las mismas causas. El mar sabe que
sirve en la mesa pescado con altos niveles de mercurio.
Tú posees tu propia personalidad. Traes nuestros genes.
Tienes miedo cuando hay que tenerlo. Te enrabias como
todo el mundo. Y seguro, yo estoy seguro, aunque tú no
lo sepas todavía, que en el fondo tienes muchas cosas
buenas. Has de descubrirlas poco a poco. Has de creerte
que vales para muchas cosas. Has de creerte que te
apreciamos. Has de creer en el amor. Has de soñar con
las sirenas. Has de pensar que tienes la llave de tu propia
vida. Que eres tú el único timonel de tu nave. Que cami-
nas, sí, sobre aguas movedizas. Pero que si te empeñas,
lograrás hacerlo como en tierra firme. Te falta confianza.

El mar va a enseñarte a confiar en tus recursos. Verás como sí. Pregúntale si te cree capaz de sobrevivir. Pregúntale si te conduces bien. Pregúntale si has atropellado a alguien. Pregúntale si has ocasionado algún accidente. Después te convendría un ejercicio simple. Puedes quedarte en la barca. Y puedes mirarte desde arriba. Como si el de abajo no fueras tú. Como si el de abajo fuera otro. Como si estuvieras evaluando a ese tipo desconocido. ¿Qué pensarías si te vieras por primera vez? Lo más seguro que te faltarían datos para hacer un análisis objetivo. Querrías preguntar cosas. Querrías saber que piensa ese tipo. Querrías saber por qué está en el agua. Qué ha hecho. Quién le ha llevado allí. Si piensa quedarse para siempre. Lo más seguro te podría la curiosidad. Lo mirarías más de cerca, por si fuera un bicho raro. Le preguntarías si estaba bien. Si todo estaba en orden. Si sabía lo que estaba haciendo. Aunque te parezca que no los sabes, que no lo harías bien, le preguntarías porque te remordería la conciencia. Querrías saber que ese tipo no tenía intenciones suicidas. Sabes, aunque no quieras saberlo, que uno no puede cargar sobre la conciencia con un muerto. Y no querrías que muriera. Estoy seguro que tratarías de darle mil razones para la vida. Que le darías ánimos. Que le dirías que algo hacía bien. Que te encargarías de que te escuchara.

Por eso estás en el agua. Para verte en el reflejo de sus aguas. Para ser tú quien se de cuenta de todo lo que te hemos dicho con tu madre. Sabes hacer más cosas de las que te parece. Tienes un buen fondo. Pero te falta creértelo. Te falta seguridad. Te falta aplomo. Te falta gallardía. Te falta pensar que se puede dar la vuelta al

mundo en ochenta días. Te falta subirte al submarino. Te falta meterte entre las páginas de la novela de Julio Verne. Te falta aprender a divertirte. Te falta encontrar una aventura que te sane.

Acabas de ponerte el flotador. Flotas. ¿Sabes flotar? Te mantienes en el agua sin hundirte. Agitas un brazo. El otro. Mueves las piernas. Todo a la vez. Te parece que es como darle cuerda a un muñeco articulado y observar la secuencia programada de movimientos. Al principio te mueves con torpeza. Vas cogiéndole el truco. Vas avanzando un poco. Tienes el corazón en la garganta. La sangre te circula a mil por hora. Tienes miedo. A la vez sientes angustia. Y sobre todo sientes satisfacción. Puedes. Estás nadando. Te estás moviendo en el agua. Debajo no haces pie. Tienes que confiar en ti mismo, en tus posibilidades. Por lo bajo deseas que aparezca un delfín, por si acaso todo se vuelve del revés. Crees que el delfín te volvería a la superficie. Te apetecería acariciarlo. Decirle que compartes su espacio. Que le das las gracias por dejarte estar a su lado. Que te gusta su compañía. Que te quita la mala leche. Que ahora entiendes por qué recomiendan ese baño como terapia. De repente te acuerdas que las ballenas hablan así. Que sus voces atraviesan kilómetros. Que si responden al reclamo vendrán para devorarte. Que te sentirás como los balleneros perseguidos por Moby Dick. Esperarás que trague la barquita de un bocado. Te moverás por dentro de su estómago. Tendrás que negociar si te devuelve al mundo de los vivos. Tendrás que convencerla de que lo mereces. Tendrás que decirle que no eres el capital Ahab recién salido de la pluma de Herman Melville. Que

eres tú, ese que no sabe lo que hay que saber y está en proceso de aprendizaje. Que nada sabes de cazar ballenas. Que tú eres la víctima. La presa. El perseguido. El que nota en la nuca el resoplido del agua y la indecisión. Tendrás que decirle que quieres una segunda oportunidad porque todavía te estás buscando. Que no es a ella a quién buscas sino a ti. Que no pretendes molestarla. Que simplemente estás porque te dejé en medio del mar. Que no sabes mucho de lucha. Que si lo que encuentras de ti no te convence, puede quedarse contigo, triturarte con su colección de dientes. Dices que no sabes, pero esos dientes se parecen a los tuyos. Trituras a tu madre. Y ella no te pregunta si le perdonas la vida. Simplemente te deja hacer. Te quiere. Quiere recuperar al niño que fuiste. Quiere que la abracés de una vez.

El mar funciona, ya te lo he dicho, basándose en premios y castigos, en órdenes a realizar y consecuencias si no se cumple lo prometido. El mar enseña y también recompensa el trabajo bien hecho. Puede regalarte vida. No sabes, pero el mar emociona, sosiega, tranquiliza. El mar guarda el boleto para de la rifa para meterlo en tu bolsillo.

El viento amaina. Las olas ya no son tan bravas. Ya no rompen en la bahía. Ya no salpican rompiendo puentes. Ya no entran por los paseos marítimos. Ya se levanta la alerta roja. Ya parece ser que vuelve la calma. Ya se podrá faenar. Tu faena está concluyendo. Has aguantado bien, muchacho. Has sobrevivido. No eres un naufrago asustadizo. No recuerdas quien fuiste, no porque hayas perdido la memoria con algún golpe en la cabeza. Has borrado el pasado para renacer como hombre nuevo. Por

eso no sabes quien fuiste. No quieres saber nada de aquel indeseable que asoma por debajo del agua. No te reconoces en aquel muchacho que echaba fuego por la boca. No te reconoces levantando la mano a tu madre. No pensabas que llegabas a tanto. Te avergüenza saber que fuiste así. Que no muchos días atrás eras así. Esas lágrimas que te devolvió el mar, las viertes ahora de amargura. Ahora si pides perdón. Abrazas. Sonríes. Dices que nunca más quieres volver atrás. Que has aprendido a nadar contracorriente. Que has salido a flote. Que sabes, ya lo creo que sabes. Me dices gracias. No es un gracias débil, ni dubitativo. No se te queda la voz en el cuello de la camisa. Lo pronuncias con firmeza. Convencido de que hice bien. Sé que no me guardas rencor. No obstante, fue el mar quien se encargó de hacer el trabajo sucio. Yo solo aguardé en la arena, sentado a que volvieras curtido. Parece que de una vez por todas, el mar se encargó de mojar la pólvora. Ahora ya no prende. Ya no explota. Ya ha perdido su compostura. Ya se ha deshinchado como los globos. Ha perdido la fuerza, la rabia, el odio. Tu madre no te defiende. Te abraza. Me abraza a mi también. Como si el mar nos hubiera concedido a todos el milagro de abrir las aguas y caminar juntos. Como si ahora que te ve renovado aprobara mis métodos. Esos que no tenían precedentes. Esos que ahora van a salir en las portadas de los periódicos. Esos que otros padres van a repetir con sus hijos. Esos que los hijos van a tachar de crueles. Esos que el mar, con toda su majestuosidad los ve diminutos, insignificantes. Porque el mar si sabe. Ya lo creo que sabe. Arranca la piel muerta y deja crecer otra nueva, bajo la que sí hay vida. Porque ahora si

sabes. Sabes nadar contracorriente. Sabes enfrentarte a la adversidad. Sabes lo que no sabías antes de empezar. Simplemente “sabes”.



MIGUEL ÁNGEL CARCELÉN

“El veleidoso azar”



EL VELEIDOSO AZAR

Por Miguel Ángel Carcelén

Lo llamaron de madrugada para notificarle que su hijo estaba detenido por tráfico de drogas; meses después telefonaron a medianoche para decirle que su agente literario había sido asesinado; tres años más tarde lo despertaron al alba para anunciarle que un incendio asolaba su casa de campo; y hacía algo menos de un lustro desde que lo alertaron de amanecida para comunicarle la muerte de su esposa en accidente de tráfico. Asoció el infortunio con su mesita de noche, por eso trasladó el teléfono desde ésta hasta la del salón, donde, sin embargo, no cejó en su empeño de participar desgracias a horas intempestivas. No le quedó más remedio que dar de baja la línea y, aún así, semanas más tarde, el teléfono sonó en pleno conticinio. No le extrañó tanto la imposible llamada como su contenido: acababa de quedar finalista por cuarta vez del Premio Samarkanda, el más prestigioso galardón literario de ámbito latinoamericano que se otorgaba a toda una trayectoria profesional. ¡Una nueva desventura!, ¡una nueva burla!, ¡un nuevo y previsible ridículo! Benigno dejaría de ser el escritor maldito para convertirse en el eterno finalista y, si aceptaba lo primero con resignación y algo de vanagloria, pues era fiel y, en cierto modo, literaria descripción de su pasado reciente, lo segundo le causaría hondo desagrado, ya que evidenciaría que cuarenta y cinco años sacrificados a la escritura no habían sido suficientes para merecer un reconoci-

miento que sí se había concedido a otros novelistas con escaso oficio. En esta ocasión, le advirtieron, competía con don Custodio Reyes y Amado Sánchez, principiantes ambos a su lado, pero avalados por una popularidad que lo condenaba a la derrota. El jurado, como en años anteriores, andaría escaso de aristarcos y sobrado de advenedizos, lo que jugaba en su contra.

Don Custodio había desempeñado una carrera diplomática jalonada de éxitos antes de entrometerse en el mundo de las letras, donde se servía de su particular anecdotario y de sus muchos contactos para perpetrar y distribuir con éxito novela tras novela; Amado, treintaañal aniñado profundamente superficial, debía no poca parte de su gloria literaria a su condición de efebo homosexual al servicio de iguales presentadores, vacas sagradas de la alta costura o editores añosos de saneadas economías. Fue su propio hijo quien reforzó el vaticinio de Benigno: “En los foros de internet ya te dan por perdedor; Amado y don Custodio andan de tele en radio y de radio en prensa, día sí, noche también, tú, en cambio, te prodigas muy poco.” Y estaba en lo cierto; decir de él que se prodigaba nada era decir mucho. No había nacido para dejarse ver en televisión acompañando a directores de cine, alcaldes, empresarios o infantas en actos de inauguración. Ni tampoco para dar carnaza a dominicales con declaraciones como las últimas que había leído de Amado: “No creo en Dios; sé que existe, pero no creo en Él. ¿Y en la otra vida? No, por supuesto que no, ni siquiera creo en ésta. He vivido tanto y tan deprisa que mi madurez con respecto a estas cuestiones es enorme, a pesar de lo que pueda decir mi edad. Sólo añadiré que atravesé la crisis

de los cuarenta cuando cumplí veintidós años..., sí, mi reloj biológico adelanta una enormidad”. Aborrecía su oficio de escritor y a sus colegas cuando tenía que sufrir dislates de semejante calibre. Lo peor era lo mucho que celebraba el público inepticias tales. Don Custodio, hombre más cabal -en teoría-, no se sustraía al embrujo de las estupideces como alimento de los lectores en vertical: “Me proclamo autodidacta en el universo de la literatura, jamás cursé carrera de letras ni asistí a talleres asimilables. He llegado a ser un ingeniero de palabras y emociones gracias a la complicidad del papel. Me limito a hablar con las cuartillas en blanco, no a través de ellas, no, sino con ellas. Escribo palabras sueltas, inconexas, desperdigadas por la blancura virginal del papel y es éste el que me impele a juntarlas mediante frases maravillosas que acaban teniendo sentido.” ¿Qué cabía esperar de un personaje que así se expresaba y del que rumoreaban que no consentía que le sacaran fotografías si antes no se perfumaba? Si Amado se había convertido, no sin esforzarse para llegar a serlo, en un ídolo de los homosexuales del país, don Custodio era el espejo en el que se miraban caballeros que frisaban los sesenta con ínfulas de seductores irreductibles. Célebre llegó a ser el broche de oro con el que concluyó una entrevista en la que una bella reportera alababa su prestancia de otoñal interesante: “Señorita, podría ser su padre y podría hacerla madre, y, si bien no me agrada lo primero, sí me seduce, y mucho, lo segundo”.

A Benigno le aterraba de igual forma imaginarse en situaciones parecidas como derrotado de nuevo en el Premio Samarkanda. Y cada vez que rechazaba una invitación

para pisar el albero del circo mediático añadía un palmo más de profundidad a su propia sepultura literaria. En realidad, no era él quien las rechazaba, sino su hijo, que desde la muerte de su madre había abandonado las drogas y se había convertido en el báculo de la vejez de Benigno, su secretario, agente literario, chófer, doméstico y paño de lágrimas. Éste lo urgía a aceptar las proposiciones menos indecorosas, sabedor de que obtener el preciado galardón pasaba necesariamente por dejarse ver y mucho, y cuanto menor fuera la categoría de la plaza en la que torease, mayores se considerarían sus méritos. No obstante, el escritor no daba su brazo a torcer, se ufanaba de haber aparecido en público por última vez cuando fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Managua. Ése sí era el lugar adecuado para un literato que se preciara.

El hijo veía languidecer a Benigno, notaba su deterioro incluso en los folios que le transcribía; desde que recibiera la noticia de su condición de finalista no había escrito un solo párrafo aceptable. Al desmoronamiento físico se unía la pérdida de lucidez, su creatividad se resentía, la genialidad de su prosa había desaparecido y no podía consentir que lo que para él constituía una veleidad (obtener un reconocimiento más) afectara de tal modo al estilo de su padre que sus últimas obras desautorizaran una sólida producción de décadas. Tras mucho meditarlo, resolvió exponer el caso en su congregación, aun a riesgo de ser tachado de frívolo y mundanal. Pertenecía a la Iglesia Adventista Pentecostal de los Siete Sellos, comunidad responsable de su retorno a la luz. Fue el hermano Arístides el único que consiguió librarlo

de la locura cuando puso fin al tormento que suponía ver en su fachada, día tras día, la infame pintada que lo tildaba, con razón, de protervo drogadicto. Se afanaba en borrarla, noche tras noche, antes de que el vecindario se hiciera lenguas del suceso, mas si su empeño en hacer desaparecer el insulto era grande, no menor era el de quien volvía a estampar la frase en la pared, cada vez con caracteres de mayor tamaño y de más esmerada caligrafía. De nada sirvió que se apostara en la ventana durante toda la noche para sorprender al pertinaz pintor, bien porque lo traicionó la duermevela propiciando que la fechoría quedara impune, bien porque el anónimo artista se moviera con facilidad entre las sombras. Con enfado creciente y rabiosa impotencia se escondió frente a la fachada provisto de un termo colmado de café con la determinación de no volver a dejarse burlar. No fue capaz de impedir que la prueba de su oprobio esplendiese por enésima vez ocupando ya toda la fachada; para su asombro las letras se fueron dibujando, una a una, con lentitud, pintadas por manos invisibles: Antón es un protervo drogadicto. Visitó a una vidente, a su padre, a un sacerdote, a un mago, a una psicóloga, a un psiquiatra, a un concejal, sin que ninguno le solucionara tamaño problema. No pudo volver a conciliar el sueño hasta que el hermano Arístides, de la Iglesia Adventista Pentecostal de los Siete Sellos, tomó cartas en el asunto por propia iniciativa. Le bastó una breve charla con el lábil Antón, una mirada rápida a la pintada y un trance ligero de no más de veinte segundos para dar con el remedio. “Hermano –le dijo-, es tu difunta madre la que desde el más allá te recrimina tu dependencia de la cocaína. Podrás

cambiar de domicilio, podrás dejarte crecer la barba y raparte el pelo, podrás variar el orden de tus apellidos, que ella seguirá acosándote por tu bien. Si no quieres ver más pintadas, deja las drogas”. Añadió, en un tono menor, que a su madre también agradaría que hiciera una contribución económica a la congregación y se uniera a ellos. Lo que no pudo conseguir un exhaustivo peregrinaje por clínicas de desintoxicación y comunidades de rehabilitación, lo obró el temor a los garabatos del espectro de su madre. Abandonó las drogas, la vida de crápula y disipación, y su fachada recuperó la blancura original. Una conversión milagrosa que le hizo engrosar las filas de los adventistas y retornar como hijo pródigo al hogar paterno para asistir a Benigno en su vejez, desempeñándose en las tareas de la casa y en la lectura de las sagradas escrituras con celo de cartujo.

Al hermano Arístides le llevó más tiempo del habitual encontrar una salida al atolladero en el que habían metido al escritor. Ni siquiera un trance de casi dos minutos iluminó su entendimiento, así que no le quedó más remedio que documentarse acerca del Premio Samarkanda. No otro detalle llamó la atención del hermano Arístides que la última frase de la base final: “El premio Samarkanda se concederá a autores vivos en el momento de proclamarse el fallo definitivo”. ¡Ahí estaba! Así se lo expuso al demandante de auxilio:

—Antón, confiar en que el jurado valore el buen hacer intelectual de tu padre frente a otras consideraciones es pecar de ingenuidad. La nómina de anteriores premiados dice más relación con motivos mundanos que literarios. El diplomático y el efebo —había tomado prestada la

terminología del propio Antón— le llevan más de veinte cuerpos de ventaja a don Benigno..., y aumentando...

Aristides presumía de haber sido yóquey en el siglo, cuando, en realidad, no había pasado de simple mozo de caballerizas, de ahí que aprovechara la más mínima oportunidad para emplear paralelismos hípicas.

—... La palabra revelada nos señala un solo camino...

—dejó en suspense la frase con el fin de aumentar la expectación del joven. Los borborigmos con que lo traicionó su estómago rebajaron la intensidad del momento— ...orar para que, antes de producirse el fallo, los competidores de tu padre ya se hallen junto al Todopoderoso.

—¿Rezar para que se mueran? —rutó para sí, achicando los ojos y extraviando la mirada en las baldosas salmón que solaban el tabuco que hacía las veces de despacho del hermano Arístides.

—Es otra forma de decirlo, sí —concedió el hermano—. Cuando una solución es única, se convierte en perfecta. El doble deceso no sólo posibilitará la obtención del premio por parte de tu padre y, por ende, su recuperación anímica y psicológica, sino que, además, librárá a la sociedad de dos personajes que la envilecen con sus frivolidades y los llevará a la presencia del Padre, quien decidirá, con su infinita misericordia, acerca del destino de sus almas inmortales.

El hermano Arístides dudaba mucho de que Amado Sánchez alcanzase la salvación eterna, entre otros motivos porque había leído que sus proyectos más inmediatos consistían en desempeñarse como profesor de frigidez en un seminario sobre literatura femenina y redactar

un ensayo acerca del antropomorfismo divino; Dios es negra y gorda, sería el título de semejante provocación. Sobre don Custodio albergaba algunas reservas, no tan severas, después de haberle leído un artículo en el que afirmaba que tenía enjaulado a su ángel de la guarda en un aviario del siglo XIX, a falta de mejor mascota. Muy a su pesar no podía sustraerse del todo al magnetismo del galán crepuscular, le envidiaba la dicción, el porte y, sobre todo, la perfecta y luminosa dentadura, tan distinta a la suya, sus dientes eran más desiguales que la vajilla de un cura de pueblo sin barragana.

El superior de la congregación convocó varias vigili-
as de oración con el fin de que todos los hermanos se hicie-
sen una sola voz suplicando al Creador que llamase jun-
to a sí, cuanto antes, a don Custodio y Amado, quienes
se perecían por distinguirse frente a toda clase de audi-
torios cada vez con mayor tesón. Aristides desplegó sus
más bombásticos sermones ante sus fieles, abusó de los
trenos jeremíacos, pecó incluso de vanilocuo con tal de
alargar unos servicios religiosos en los que comenzaron
a menudear los dicterios y execraciones contra el efebo
y el diplomático. Llegó un momento en el que los adven-
tistas desearon la muerte de los dos escritores no tanto
por agrandar al hermano Aristides, cuanto por verse libres
de aquellas maratónicas y consuntivas celebraciones li-
túrgicas. Al preparar las prédicas pesaba de igual modo
en el ánimo del pastor de almas el deseo de complacer a
Dios como la voluntad de aliviar la desazón del cada vez
más enteco Benigno; no obstante, por encima de ambas
loables intenciones sobresalía la ambición de conseguir
el montante económico del disputado premio literario,

ofrecido por Antón, en nombre de su padre, como óbolo a la congregación por sus desvelos y patrocinio espiritual. Poco interesaba el dinero a Benigno, a esas alturas de la vida defendía que nadie debería vivir de lo que amaba, y él amaba la literatura por encima de todo. Por ese mismo razonamiento no tuvo reparos en vivir de las rentas de su mujer hasta que alcanzó el favor de los lectores.

A la comunidad de Arístides se sumaron las de localidades vecinas y pronto todo el país era un clamor adventista favorable a la inmediata rendición de cuentas ante el Todopoderoso por parte de don Custodio y Amado Sánchez, previa defunción de ambos. Y no todos los pastores pentecostales eran tan morigerados en sus ruegos como el hermano Arístides, que los había de laya tal que la superfetación y magnilocuencia en sus predicaciones hizo que los medios de comunicación sensacionalistas se fijaran en semejantes y anacrónicos vocingleros. Sirvió a los intereses de Amado esta publicidad, pues se hartó de conceder entrevistas radiofónicas, visitar platós de televisión y pergeñar sus propios artículos en los que decía sentirse perseguido por unos fanáticos religiosos a los que molestaba su orientación sexual. También favoreció a don Custodio esa decisión del bisoño novelista, pues él, en cambio, se jactó de no entrar al trazo de provocaciones insustanciales, lo que aumentó todavía más su aureola de distinción. Afortunadamente Benigno se vio libre de críticas al no ser descubierta su relación con la Iglesia Adventista Pentecostal de los Siete Sellos; que no hubiera sido blanco de las furias de los adventistas no extrañó a casi nadie, ya que desde el primer momento había sido calificado de convidado de piedra en la dispu-

ta por el Samarkanda. Desde los ambones pentecostales se contestaban las salidas de tono de Amado, y éste se crecía y arremetía de nuevo contra ellos en más y más programas de televisión. El público asistía complacido a tan inusual enfrentamiento, y llegó a cobrar tanta importancia que incluso el presidente de la república se permitió alguna referencia jocosa al asunto. Los sectores del país de charanga y pandereta (abrumadoramente mayoritarios) se dividieron en partidarios del hermano Aristides, por una parte, y seguidores de Amado Sánchez por otra. Ser de izquierdas o derechas pasó a un segundo plano, lo capital consistía en posicionarse en uno de los dos nuevos bandos. Salió a relucir el pasado azacana-do –y humillante para algunos- de Aristides, vio la luz la juventud vergonzante –y plausible para muchos- de Amado, se inventaron tramas que los relacionaban, beocias fabulaciones, le llovieron ofertas a uno para presidir congregaciones de mayor rango, ofrecimientos a otro de entrevistas exclusivas y millonarias. Padedieron ambos el mal de fama: pronto fueron legión las madres solteras que reclamaban la paternidad de éste o aquél para sus bastardos, infinidad los aprovechados que juraron y perjurarón haber compartido lecho con uno u otro o ambos, innumerables quienes aseguraron haberlos socorrido de manera perentoria en el pasado, cuando Aristides haroneaba rebuscando en las basuras, y Amado amblaba escaúldo y pitañoso ofreciéndose a viragos y depravados a cambio de unos billetes.

Los rezos, al decir de unos, y la popularidad mal digerida, según los más, pudo con Amado. Murió de fama. Su cuerpo sin vida fue encontrado en el reservado de la

zona exclusiva de una discoteca de moda. Sobredosis. Cocaína demasiado pura.

Las aguas volvieron a su cauce, debido a que todas las quinielas apostaban a don Custodio como caballo ganador y éste hacía caso omiso a las vigilias de oración que continuaban implorando su muerte, sabedor como era de que muerto Amado quedaba horro de aumentar su notoriedad para asegurarse el triunfo. Era inmensa la ventaja que lo separaba de Benigno. Sin polémica no había publicidad, y sin publicidad los intereses de las masas retornaron a los deportes, a los famosos y a la política. Benigno Lamota conoció la muerte de su competidor y languideció todavía más, el óbito del joven no lo acercaba a la victoria, sino que incrementaba el oprobio de perder frente a un solo adversario. Antón percibió el recrudescimiento de su decadencia en la delicuescencia de su último cuento; en él hablaba de su deseo de poseer un jardín en el que soprase el céfiro durante los días laborables y el cierzo los festivos. En el siguiente manuscrito que le entregó para mecanografiar, obsolescente su prosa, hablaba de comprar un prado plagado de molinos eólicos en los que, a las vacas, a pesar de producir menos leche, se les iluminaban los cuernos durante los lubricanes; cuidaba del rebaño un pastor alemán, y del prado un agricultor belga. Fue la gota que colmó el vaso, de seguir así desprestigiara su obra anterior, y eso sería peor que morir siendo el eterno finalista. O las súplicas de su congregación obraban pronto el milagro, o su padre acabaría con su propia reputación.

Quedaba un solo día para la gala de los juegos florales en los que se conocería el nombre del ganador del Pre-

mio Samarkanda y no había acaecido el prodigio. Si no llega a ser por la insistencia de Antón su padre habría excusado su presencia pretextándose valetudinario. “Si no queda más remedio que perder, al menos que sea de frente, con la cabeza bien alta”, le había arengado. Esa misma madrugada volvió a sonar el teléfono de la mesilla del salón, el que carecía de línea y siempre anunciaba desdichas. Al otro lado de la línea el hermano Arístides relataba cómo habían hallado en su despacho el oscilante cadáver de don Custodio colgado de una viga (poliuretano imitación madera carvallo centenario). De nuevo se atribuyó el portento al poder de la oración por parte de unos, y a las cuitas sentimentales pendientes por parte de otros. Una prueba de paternidad evidenciaba que don Custodio había engendrado mellizos en su época de cónsul en Honduras, veinte años atrás, cuando la madre apenas contaba doce años de edad. El galán pareció encajar la noticia con soltura, bromeando ante las cámaras incluso, empero la realidad mostraba que todo era pura pose y había acabado derrumbándose poco después. Acaso pensó que lo acusarían de pederasta, tal vez temió que el público le negaría su favor, quizás se imaginó abandonado por sus colegas, repudiado por las gentes de bien. Lo cierto es que había allanado el camino a Benigno Lamota para no pasar a la historia como el eterno finalista. Antes de asistir a la ceremonia de recogida del Samarkanda, acompañando a su padre, Antón se apresuró a destruir las últimas creaciones del que sería triunfador de la noche, sin leer siquiera la mayoría de ellas, aunque sintió curiosidad por unas cuartillas en las que se le mencionaba mucho, a él y a don Custodio. Eso lo libró de un

futuro aciago y a su padre de una vejez solitaria.

Le ayudó a elegir corbata y desaprobó la camisa cuyos puños ya ajustaba con los gemelos que llevó en su boda. “Es la única que no me produce dolor de cabeza”, justificó su terquedad el anciano. Mientras terminaba de peinarse rezongó una letanía ininteligible.

—Quien habla solo, espera hablar con Dios un día, dijo Machado —sentenció Antón, parafraseando al hermano Aristides, para disculpar lo que él consideró senilidad de su padre.

—Quien habla solo, o está loco o tiene albañiles en casa, hijo, por mucho que dijera el poeta —apostilló Benigno-. Y no hablaba solo, todavía no he llegado a ese extremo; te daba las gracias a mi manera.

—Gracias, ¿por qué?

—Por todo, Antón, por todo. Especialmente por lo de estos últimos meses.

El muchacho se encogió de hombros, chasqueó la lengua y cabeceó negativamente como quitándose importancia. Por un instante se había alarmado.

Benigno Lamota salió rejuvenecido veinte años de la gala del Samarkanda, no sólo porque el auditorio, abarrotado de fieles adventistas pentecostales, aplaudieron con devoción sus palabras de agradecimiento, sino porque el jurado tuvo la delicadeza de mentir que el premio le había sido concedido desde el primer momento, mucho antes de que ocurriesen los luctuosos acontecimientos que tanto lamentaban. En honor de los malogrados finalistas se leyeron ripiosos epicedios.

La obra del escritor se revalorizó, se reimprimieron obras suyas descatalogadas, se ampliaron las tiradas de

las últimas ediciones, se actualizaron sus entradas en las antologías literarias (de “escritor maldito” pasó a ser calificado de “referente esencial de la literatura hispanoamericana del presente siglo”), y los editores volvieron a requerirlo de amores, como años ha. La Iglesia Adventista Pentecostal de los Siete Sellos lo nombró benefactor mayor y en la misma ceremonia su hijo Antón hizo los votos de obediencia y celibato en agradecimiento a los favores otorgados.

A la par que se sucedían los reconocimientos, parabienes y distinciones, el inspector Venegas (del que se murmuraba que había sido amante de Amado Sánchez) había visitado en dos ocasiones la casa de Benigno y las dependencias de Aristides, la segunda de ellas con sendas órdenes de registro. Su búsqueda resultó tan meticulosa como infructuosa, y lo mismo sucedió con el oficioso interrogatorio al que sometió al escritor y al ministro de los adventistas. Venegas era el policía encargado del caso del supuesto suicidio de don Custodio. Supuesto porque la autopsia y un examen minucioso del despacho determinaron que al diplomático emérito lo habían suicidado. Esa fue la ocasión que había estado aguardando el inspector para abalanzarse sobre quienes consideraba únicos responsables del fallecimiento de su enamorado y de don Custodio. Había llegado a tan, en apariencia, temeraria inferencia después de una esforzada investigación. Al cotejar las fechas en las que Benigno Lamota entregó las galeradas a sus editores con las de ciertos incidentes, y al corroborar alguna de ellas con los manuscritos encontrados en la casa del novelista halló la clave definitiva que, para su desgracia, no le serviría de nada.

Benigno Lamota había terminado de escribir un relato en el que una mujer adúltera cuya descripción coincidía al detalle con la de su esposa moría en un accidente de tráfico una semana antes de producirse el de su señora, idéntico en todos los términos al que se narraba en el cuento. Benigno Lamota había entregado a su editor, para darlo a la imprenta, un cuento en el que un agente literario que traicionaba a su cliente estrella con su esposa aparecía asesinado por desconocidos; cuatro días más tarde, si la memoria no le fallaba a Venegas, el editor de Benigno amaneció cadáver, cosido a puñaladas. Benigno Lamota fechó el final de un ensayo que hablaba sobre la decadencia de Occidente, sirviéndose de la metáfora de un incendio en la biblioteca de su propia casa de campo; tres días después sus libros ardían en la realidad (sus libros y algunas fotografías y documentos comprometedores que no fue capaz de encontrar entre tanta montaña de papel). Benigno Lamota se colocó a sí mismo como protagonista de una narración en la que la desgracia se cebaba con él por culpa de la drogadicción de su unigénito. Sus lectores no tuvieron dudas en calificar el escrito de desahogo personal, desconocedores de que se gestó semanas antes de que Antón esnifara por vez primera cocaína. Venegas sí había reparado en ello, lustros después. “Sé que en esta casa hay o ha habido un papel en el que se describe cómo Arístides proporciona droga muy pura a Amado Sánchez, y cómo asesina a don Custodio Reyes haciéndolo parecer un suicidio”, gritó con rabia el inspector antes de abandonar para siempre la residencia de Benigno. Erraba en lo primero y se equivocaba en lo segundo. El flamante ganador del premio Samarkanda

nunca escribió nada acerca de Amado; sin embargo, en los párrafos que dedicó a don Custodio no era al hermano Arístides, sino a alguien bien distinto, a quien confiaba el papel de asesino.



RICARDO GIRÁLDEZ

“Una visión del futuro”



UNA VISIÓN DEL FUTURO

Por Ricardo Giráldez

Es fácil saber dónde comienza y concluye el día, para ello están las píldoras para despertar y las píldoras para dormir: esos maravillosos inventos de la Edad Moderna. Mas no es lo mismo cuando se trata de fijar límites a la noche. Esta puede comenzar en cualquier parte y acabar quién sabe cuándo, saliendo de dónde, del brazo de quién y en qué condiciones. El “modo” sobre todo es lo más difícil de prever..., aunque no de recordar... al otro día. Mas para esto también la modernidad se ha mostrado inspirada: ha inventado las aspirinas. Y aunque nunca sabremos con certeza si la noche que dejamos atrás y el malestar que tenemos por delante han valido la pena (ya que resultaría más sencillo describir lo acontecido en sueños que recordar los sucesos de aquellas noches que por la mañana nos han valido un acusado dolor de cabeza), lo cierto es que nunca desistimos, siempre retornamos a las andadas, siempre reincidimos.

Por lo demás, nada dice tanto en favor de una velada como el hecho de haber olvidado al otro día todo de ella. Por el contrario, es cuando los sucesos de la agitada noche se recuerdan, y la mente espabilada no puede dar crédito a lo que atestiguan, que se está en graves problemas.

Una noche de este último género es la que da marco y atmósfera a nuestro relato. Una noche de esas que sólo se recuerdan a expensas de la cordura. Sus protagonistas

son dos calaveras que buen papel harían en el séquito de Dionisio, a ambos lados de Sileno, pese a que en soledad los encontramos, aunque no por ello menos alegres, caminando por las calles desiertas de una Buenos Aires adormida. ¿Por qué se balancean con tal histrionismo?, ¿por qué vacilan sus piernas a cada paso? Pues porque en el estado en que se encuentran estos dos buenos muchachos, caminar en línea recta por una ancha avenida de pavimento podría resultar tan difícil como al funámbulo mantener el equilibrio sobre la delgada cuerda floja. En su descargo diremos tan sólo que la avenida en cuestión se halla mal iluminada, aunque sin pretender que ello baste para la justificación de los reiterados tropiezos que ambos festejan entre risas, burlas y palmadas. ¿De dónde vienen?, ¿hacia dónde van? Excusémoslos también de esto. Después de todo, sería abusivo pretender que dos jóvenes bebedores como los nuestros satisficiesen incógnitas para las cuales una humanidad más antigua y más sobria no ha encontrado aún respuestas. En cuanto a quiénes son, apuntaremos sólo sus nombres: Carlos el uno y Pablo el otro. Lo demás, creo que sólo el vino de Circe podría explicar lo demás.

Hacia un buen rato que ambos andaban a tientas, sin propósito cierto, por calles antes silenciosas, espabiladas ahora con su toско griterío. De hecho, a cada paso que daban sus vacilantes pies, una nueva luz se encendía, una nueva ventana se abría y un nuevo insulto les caía del aire. En un momento dado, precisamente al virar en una esquina, un zapato arrojado desde el segundo piso de un edificio hizo impacto en el rostro de Carlos, quien, sin inmutarse, comentó a su amigo:

—He ahí uno que quiere corregir mi perfil griego.

—No te desalientes —le animó entonces Pablo, quien apenas podía contener las risas—. En estos rústicos tiempos, ya nadie sabe estimar el valor de un clásico.

Así estaban las cosas para estos dos buenos muchachos cuando unas luces distantes, que semejaban provenir de algún evento o festival montado al aire libre, llamaron su atención. Dirigir hacia allí sus torpes pasos fue casi un acto involuntario, debido acaso al instinto natural que impele a toda criatura buscar las fuentes de luz que propician la vida. De ser este el caso, sus instintos no los traicionaron. Pues a poco de andar se encontraron en medio de un gran parque de diversiones, con gran hormigueo de gente y variedad de juegos mecánicos, sin poder explicarse muy bien el prodigio. A decir verdad, no dejó de llamarles la atención el hecho de que nunca hubieran oído hablar de semejante lugar. Además, tal bullicio y agitación, a esas horas de la madrugada, venía a ser toda una novedad para ellos. Pero esto no era todo. El público presente se hallaba ataviado según la moda de un siglo atrás cuando menos, y tanto sus maneras como su esmerado modo de andar desentonaban por completo con los usos actuales, vale decir: eran civilizados. No estaban sin embargo los dos jóvenes para detenerse en acertijos, y, por ello, luego de convenir en que debería tratarse de alguna fiesta de disfraces en la que los invitados ponían excesivo empeño en sus respectivas caracterizaciones, ambos se entregaron a ese oasis de júbilo cual beduinos que vinieran de pasar una larga jornada de abstinencia en el desierto (aunque no fuera éste precisamente su caso). Por otro lado, nada más a propósito para desahogar el

estado de efervescencia que los embargaba que un sitio semejante. No hubieran podido desear nada mejor. Extasiados lo contemplaban todo en busca de algún juego que fuera de su interés. Por supuesto, no se trataría de algo vertiginoso. Pues la sola vista de las grandes norias mecánicas que giraban por sobre sus cabezas bastaba para marearlos. Tampoco les atraía montarse en los largos carretones que, semejantes a monstruosos gusanos, se desplazaban velozmente por sinuosas pistas aéreas, ya que lanzar el estómago desde lo alto, en una sola sacudida, no formaba parte de su idea de la diversión. No, lo que ellos buscaban era algo distinto, algo original y novedoso; sobre todo, menos agitado y convulsivo.

Con esta consigna deambularon por el parque, mofándose de todo y de todos, y más que nada de sí mismos, aunque sin decidirse a probar suerte en ningún juego de cuantos veían, ya que cuanto veían se les figuraba más de lo mismo: vértigo y aturdimiento por doquier. No obstante, algo en lo que hasta entonces no habían reparado, comenzó a herir su curiosidad. Los juegos, al igual que los mecanismos que los impulsaban, parecían realmente tomados de un museo de antigüedades. Su diseño respondía a los cánones de un futurismo fin du siècle completamente démodé, más propio del gusto de Julio Verne que de la falta de gusto moderno.

—Esto es llevar la excentricidad demasiado lejos —comentó Carlos azorado por la rancia factura de todos los aparatos—. Sin duda, nuestros anfitriones han de ser gente de considerable fortuna..., aunque, ¿cómo se las habrán compuesto para reunir todo esto y ponerlo otra vez en funcionamiento?

—El dinero se las compone para todo —arguyó Pablo con aires de suficiencia—, y más que nada para reactivar lo descompuesto.

Tras unos momentos de seguir paseando su mirada por todas esas viejas estructuras que recordaban el alba industrial, Carlos inquirió una vez más a su amigo:

—¿No te maravilla cómo las creaciones de la técnica devienen con el tiempo grotescas y risibles? El tiempo, que ennoblece las obras de Arte, ridiculiza y afea en cambio las de la mecánica. Mientras que el Apolo de Belvedere aún nos conmueve y admira, estos artefactos, que ayer fueron novedad, mueven hoy a risa.

—Y sin embargo —apuntó Pablo—, nuestra época lo espera todo de la técnica y nada del Arte.

—Es cierto —convino Carlos—. Y por ello es que puede decirse que nuestra época espera en vano.

Fue tras un buen rato de continuar vagando a la deriva, sumidos en la más profunda perplejidad, que dieron con una carpa de importantes dimensiones, bastante apartada de los demás juegos y del bullicio de las gentes, cuyo estrambótico diseño prometía encerrar alguna clase de misterio, curiosidad o absurdo en su interior. Esto último, sobre todo, los decidió a acercarse y entrar en ella.

Pese a que nuestros dos amigos se hallaban en una de esas noches en que ni aun lo más raro e inverosímil puede llamar a sorpresa, ya que lo más raro e inverosímil había sido hasta allí la norma; nada sin embargo hubiera podido prepararlos para lo que les aguardaba dentro del desolado pabellón. Sobre un gran pedestal revestido de láminas metálicas, en actitud meditativa, una suerte de autómata semejante en un todo al célebre Pensador de

Rodin, dominaba el interior del aposento con su escala verdaderamente monumental. De no ser por su aspecto de androide hubiera podido hablarse de una réplica de esa obra maestra, otra de tantas; mas era éste un molde en el que no habían quedado impresas las pasiones del vigoroso artista. La frialdad de su factura no transmitía el calor humano del modelado original. No era bello cual un sueño de piedra, no; sino feo como un sueño de metal: un sueño sin sueños producto de la labor fabril. Ambos amigos no atinaron más que a contener el aliento ante lo que se les figuró tan asombroso como insólito, ridículo y desopilante a la vez.

Pablo comentó:

—No ignoraba que la naturaleza suele a veces imitar al Arte, pero que la ciencia tuviera iguales pretensiones, es algo nuevo para mí. Creo que era éste su secreto mejor guardado.

—Lo que es a mí —añadió Carlos con ácido sarcasmo—, si este pedazo de metal piensa, creo que no están perdidas las esperanzas para nuestro siglo.

Un gran tablero instalado al pie de la gran efigie, que constaba de tres teclas, llamó pronto la atención de ambos amigos. Bajo cada una de ellas, una pequeña placa de bronce, grabada con arabescos de complicada ejecución, daba un adelanto de lo que podía obtenerse de ser pulsadas. De izquierda a derecha, lo que se leía respectivamente era: Una visión del pasado. Una visión del presente. Una visión del futuro. Para Carlos y Pablo el hallazgo cobraba cada vez carácter más enigmático. El primero, encarándose hacia el autómatas, inquirió en tono de broma:

—¿De modo que además de pensador eres visionario mi metálico amigo? Ya me urge el deseo de oírte. Tú qué opinas, Pablo, ¿le damos la oportunidad de ilustrarnos?

—¿Acerca del pasado?

—No, de ningún modo. El pasado es como un viejo sabio que nos recuerda siempre cuán pequeños e imberbes somos. Además, su dulce voz siembra en nosotros la semilla de la nostalgia.

—¿Qué dices entonces del presente?

—Que si bebo, como bebo, es precisamente para olvidarlo. No, Pablo, es del futuro de lo que quiero oír hablar a esta máquina. Presiento que ella puede decirnos mucho de él, tantísimo más de lo que imaginamos o sospechamos. Al fin y al cabo, el futuro será de sus hijos; no de los nuestros.

Dicho esto, Carlos tomó una moneda de uno de sus bolsillos y la depositó en una ranura que con este propósito se hallaba en el tablero principal del aparato. Luego, pulsó la tecla bajo la cual rezaba: “Una visión del futuro”, acompañando su gesto con estas palabras:

—He aquí mi óbolo, Caronte, pues sospecho que este viaje tiene por destino el infierno.

Con repetidos chasquidos metálicos, se oyó rebotar la moneda en las oquedades del interior del pedestal que sostenía al meditabundo Pensador. Un ruido horrible a viejas poleas que con dientes mellados comienzan a rechinar se dejó oír acto seguido. Toda la maquinaria, que semejava no haber sido utilizada por largo tiempo, se activó entonces con gran estruendo, y ambos amigos fueron maravillados espectadores de la agónica actividad de técnica tan obsoleta. De pronto, movido por unos

discos mecánicos, el autómeta comenzó a girar lentamente hacia su derecha emitiendo profundos chirridos, aunque sin cambiar de actitud, y sólo se detuvo al trazar virtualmente una diagonal perfecta con la tecla que había sido presionada por Carlos. Entonces, las ventanas de las cuencas que guardaban los ojos del coloso se remangaron, y allí, desafiantes, poderosas, indagadoras, se hicieron visibles dos brasas de fuego. El autómeta recordaba ahora, menos al Pensador de Rodin, que al Satán de Von Stuck.

Carlos y Pablo no ganaban para sorpresas cuando una voz atiplada, proveniente de alguna bocina oculta en el interior del viejo mecanismo, los dejó paralizados en el lugar.

El modo en que esas palabras vibraron en el aire, así como el acento imperturbable con que fueron dichas, resultaría imposible de describir. Sólo nos remitiremos a copiar el contenido de su alocución que, sobre poco más o menos, es el que sigue a renglón seguido. El que habla, pues, no es otro que el mismísimo autómeta fin de siècle: “Ya no son estos los tiempos de la humanidad triunfante. La esfera terrestre apenas si recuerda los tonos de verde que enmarcaron los estrenos de la humana aventura. En lo alto de un cielo descolorido, el sol semeja un pálido reflejo de lo que fuera. Su calor apenas contagia a las escasas criaturas que tímidamente se insinúan en la tierra. El hábitat del hombre ha quedado reducido a una escueta sección de un planeta prácticamente yermo. Pocas bestias quedan ya para servirle en sus labores diarias y procurarle vital sustento; pocas hierbas comestibles crecen en ese orbe empobrecido en el que el mundo mineral ex-

tiende su impasible dominio. Recluidos en sus cavernas, al calor de la llama, los hombres pasan la mayor parte de sus fríos días y sus gélidas noches. Largas melenas y barbas hirsutas les confieren temible aspecto. Abundantes pieles que han pedido muchas vidas para su obtención, protegen esos cuerpos huesudos de las asperezas del riguroso clima. Se trata de existencias rudimentarias, de raros y escasos pasatiempos. Cazar, comer, procrear, dormir..., no mucho más demora sus días. Pocas veces se ven ampliamente satisfechos en sus necesidades. Por ello las disputas son muchas, las luchas cruentas. Por ello cada nuevo año los encuentra diezmados en número. Por ello las escasas colonias de humanos se temen entre ellas, se recelan. A sólo unos cuantos retumbos guturales ha quedado reducido su lenguaje, cuyos mayores componentes no son ya los sonidos sino la mímica gestual y corporal. Por lo demás, no son menos felices estos seres que sus ancestros. Lo que tienen y ven, es lo único que conocen y han conocido. Lo que tienen y ven es, para ellos, sencillamente el todo y la vida. Ese todo y esa vida que agostan su fulgor con cada día. Pronto a cerrarse está el círculo de la humana aventura, semejante a un anillo de fuego. Luego..., lo que viene luego no ha sido escrito ni dicho para ojos y oídos de hombre alguno”.

Aún resonaban los ecos de sus últimas palabras en la tienda cuando los ojos del autómeta se apagaron. En medio de agudos y agónicos chirridos, los discos giraron una vez más al impulso de las gruesas correas, hasta devolver a la metálica efigie a su posición inicial. Toda una batería de horribles estridencias, rechinos, chasquidos y rozamientos acompañó este último movimiento antes de

hacerse el silencio más completo en la tienda. La función había concluido.

Carlos y Pablo se miraron el uno al otro sin poder dar crédito a cuanto habían visto y escuchado. Contra todo pronóstico, la realidad había superado con amplia ventaja sus presuntuosas expectativas. “¿Quién habría sido el delirante mentor de tan extravagante artefacto?”, fue la primera pregunta que les vino a la mente. “¿Con qué intenciones se había ideado y a qué vicisitudes debía su emplazamiento en esa carpa perdida en un rincón del mundo? Sobre todo, ¿quién habría prestado su voz y conceptos para grabar, en la vieja bocina, mensaje tan obscuro y desalentador?”, fueron otras tantas preguntas que se formularon ambos amigos casi al unísono, para las que en vano buscaron respuesta, mientras dejaban atrás la carpa dispuestos a emprender el camino de regreso a sus casas. Mas a poco de andar, una nueva inquietud los sobresaltó, paralizándolos en el acto.

—¿Y la gente? —preguntó Carlos.

—¿Y los juegos? —inquirió a su vez Pablo.

En efecto, todo a su alrededor se hallaba yermo. Lo que solo unos momentos era un parque de diversiones abarrotado de gente y de bullicio, se veía ahora cual un descampado abandonado a las malezas y el olvido. Unas cuantas estructuras herrumbrosas y estropeadas, diseminadas aquí y allá sin orden ni concierto, hacían pensar no obstante que el parque sí había funcionado alguna vez... Mas era evidente que ello no databa de aquella noche. “Pero... ¿y la noche?”, se preguntaron entonces apenas cruzarles por la cabeza este último pensamiento: “¿qué se había hecho de ella?”. Tan inmersos estaban en todo

lo que habían presenciado en la tienda, que no fue hasta dejarla bien atrás que se percataron de que la mañana se hallaba bastante avanzada.

Ambos se creyeron poseídos por la locura más extrema apenas terminar de sopesar esto último con lo anterior. Y pese a mostrarse por completo coincidentes en cuanto enumeraban haber visto y oído, las evidencias que ponían en tela de juicio su razón eran tan abrumadoras, que no atinaron a decirse nada ni a mover un solo músculo por un buen lapso de tiempo.

Fue mientras se hallaban sumidos en esta actitud de perplejidad, que un hombre de edad avanzada, surgido vaya a saberse de dónde, con los cabellos blancos y revueltos, les salió al paso, acusando cierto malestar por su presencia.

—¿Saben ustedes, jovencitos, que esto es propiedad privada y que no pueden ingresar aquí sin previa autorización del dueño? —fueron las calurosas palabras con que los interceptó.

—¿Y el dueño es usted? —inquirió Carlos, a quien esta intempestiva presencia había tenido el buen efecto de quitarle de su marasmo.

—No... ¡qué va! —respondió el anciano en tono más conciliador—. Ya quisiera yo... Sólo soy el encargado de las tareas de mantenimiento... Mas el predio es tan grande que estas me exceden por completo.

Viendo que el anciano se mostraba bastante más afable de lo que prometían sus primeras palabras, Carlos pensó que no se perdería nada con sondearlo un poco acerca de ese lugar que tan perplejo lo tenía a él y a su amigo. Y así, valiéndose de su mejor rostro y timbre de voz,

aventuró:

—Permítame hacerle una pregunta, buen hombre...
¿Funcionó aquí un parque de diversiones alguna vez?

—En efecto —respondió el interpelado de modo categórico; y como si encontrase placer en hablar de las pasadas grandezas del desierto que tenía ahora a su cargo, añadió—, mas ya va para un siglo aproximadamente de su cierre. Una sucesión de hechos desgraciados y extraordinarios motivaron esto último.

—¿Puede ser más específico...?

—Pues verá —comenzó el anciano que de cosas pasadas debía saber lo suyo—, las máquinas que aquí funcionaron en esos tiempos fueron de índole muy diversa de aquellas que uno espera encontrar hoy en un parque de diversiones convencional. Traídas desde la Francia a fines del siglo diecinueve, éstas eran el producto de una rara ciencia regida por pautas caídas ya en desuso hace tantísimo tiempo; una ciencia que no encontró ecos en décadas subsiguientes. Todo lo cual no quita que al llegar al país estos mecanismos, lo hicieran entre pitos y flautas, por decirlo de manera un tanto burda. Ello tuvo lugar por los tiempos del Centenario de la República. Lo más selecto de la sociedad se congregó para la inauguración de un parque que contó durante los primeros años de actividad con cotas impensadas de asistencia de público. Ahora bien, “¿qué pasó luego?”, se preguntarán ustedes... Si quieren oír mi opinión, les diré que la técnica empleada para la realización de las máquinas era primitiva y que, por tanto, estas no tardaron en averiarse y descomponerse. De más está decir que nuestro país no contaba con técnicos capacitados para su buen man-

tenimiento. Ahora, si lo que desean oír es la versión de la época al respecto, entonces les diré que las máquinas estaban... encantadas.

El anciano hizo aquí una breve pausa con el fin de estudiar en el rostro de sus oyentes la impresión causada por esta última palabra. Satisfecho de ver allí la más maravillada curiosidad, continuó:

—En efecto, al poco tiempo de ponerse en funcionamiento estos artefactos, comenzaron a llover numerosas quejas en denuncia de su impredecible actividad. Lo que se dijo en un principio fue que actuaban con voluntad propia; pero luego se llegó a la descabellada conjetura de que ese su modo de actuar, a más de imprevisible, era... diabólico.

Nueva pausa. Nuevo asombro. Nueva satisfacción.

—Supersticiones de la época, por supuesto —prosiguió el narrador—. El hecho es que un cúmulo de sucesos desafortunados, en los que no entraré en detalles por considerarlos inverosímiles y ridículos, terminaron por sellar la suerte del parque. La asistencia mermó, lo mismo que el interés de los capitalistas. Finalmente, cuando el parque cerró sus puertas para ya nunca más volver a abrirlas, lo hizo en medio de un mortal silencio e indiferencia. El tiempo y el abandono se encargaron de hacer lo propio para que esto se vea hoy tal y como ustedes lo ven.

Ambos amigos siguieron este relato con tales muestras de interés, que sus bocas se hallaban bien abiertas cuando el anciano concluyó la narración. Carlos no quería sin embargo dejar pasar la oportunidad de sonsacarle todo cuanto pudiese al hombre, y por ello aventuró:

—¿Y qué diría usted si le dijésemos que esta noche hemos visto el parque tal y como acaba de describirlo, en pleno funcionamiento y abarrotado de gente vestida a la usanza de la época?

—Pues les diría que o bien pretenden tomarme por tonto, o bien los tontos son ustedes.

Y echándoles una mirada abarcadora y acercando un poco su rostro para olisquear de cerca a los muchachos, el anciano concluyó con sorna:

—Ya veo..., ya veo que se han ustedes divertido lindamente anoche.

—Mucho menos de lo que usted cree —le atajó Carlos que no se hallaba de ánimo para bromas—. Piense lo que quiera, el hecho es que tal y como le he dicho, esta madrugada había aquí un parque funcionando, abarrotado de gente vestida a la antigua, esto es, con distinción. Y ello no es todo, pues una suerte de androide activado por un mecanismo por completo semejante a los que usted ha descrito, de factura decimonónica, nos dio la visión más oscura que pueda uno imaginar acerca del futuro del hombre, luego de que depositásemos una moneda en un orificio ubicado a sus pies, y ello tuvo lugar, como le dije, hace tan sólo unos momentos en aquella tienda que usted puede ver a mis espaldas.

El hombre se quedó contemplándolos atónito, con la boca en una suerte de sonrisa que no acababa de completarse. Los miró detenidamente a ambos, sin variar de expresión, como aguardando recibir de ellos la señal para reírseles en la cara. Mas como la señal que aguardaba no venía, decidió al cabo buscarla por sí mismo, y por ello comenzó:

—No sé hasta qué punto pretenden tomarme ustedes el pelo. Pero ya que insisten, voy a seguirles el juego, y por ello les diré que para ver que este mundo se va al cuerno, no es necesario ningún mecanismo sofisticado. Basta contemplar la facha de ustedes dos. Entonces sí que puede uno hacerse una clara idea de aquello a lo que hemos de atenernos. Pues si ustedes son el futuro, amiguitos míos, espero no vivir demasiado. Esto es todo cuanto puedo decirles. En cuanto a la tienda a la que hacen referencia..., les aseguro que ningún diabólico autómata se esconde en ella ni nada parecido. Lo único que allí encontrarán, si se les ocurre revisar, son mis herramientas y mis ropas de trabajo que espero estén todavía en el mismo lugar donde las dejé. Todo lo cual me recuerda que ya es hora de ponerme a lo mío y de que ustedes se encaminen hacia lo suyo, que no dudo será dormir la mona por lo que resta del día.

El viejo amagó a darse media vuelta, dispuesto a reanudar sus tareas, pero una ligera sacudida de su cuerpo, como un ligero escalofrío, lo detuvo a medio camino, y entonces, dirigiéndose una vez más hacia los muchachos, inquirió:

—¿No les parece que este sol no calienta ya lo mismo que antes? Será la edad, mas el hecho es que cada año se me figura más frío que el anterior. ¡Bah! ¡Cosas de viejos!, no me hagan caso..., aunque es cierto que nos hallamos en verano y... cerca ya del mediodía...

Carlos y Pablo recibieron estas observaciones del mismo modo que si un trozo de hielo se hubiese deslizado dentro de sus ropas para recorrer su espinazo. La risilla cascada con que el viejo se fue alejando no tuvo otro

efecto que agudizar esa sensación. El sol ya estaba cerca de alcanzar su posición cenital; y pese a que el cielo se hallaba sin nubes y era verano, tal y como había observado el viejo, ambos amigos no pudieron evitar sacudirse presas de un intenso escalofrío antes de reemprender el camino hacia sus hogares... e imponerse, con mil juramentos, no volver a beber en lo que les restara de vida.



MARÍA MORENO LÓPEZ

“¿ Quiénes somos ?”



¿QUIÉNES SOMOS?

Por María Moreno López

Martyr's Green

Me llamo Bay Pearson-Delgado.

El otoño en el que cumplíamos diecinueve, mi hermana gemela Sofía y yo tuvimos un accidente de tráfico. Yo sobreviví, ella murió. Recuerdo que habíamos estado discutiendo; siempre lo hacíamos.

Era de noche. Yo conducía, o tal vez lo hacía ella. El asfalto estaba húmedo y algo falló en los frenos —eso dijo la policía—, nos estrellamos en una arboleda. Sofía estaba inconsciente, y yo debí arrastrarme como pude a la carretera. Tras una pequeña explosión, todo estaba ardiendo; mi coche, Sofía, la arboleda.

El coche había sido de la abuela Betsy; era un Ford Escort, pequeño y antiguo, pintado de verde pistacho el año en el que decidí regalármelo. Una parte de mí se apagó con las llamas que consumieron la tapicería antigua, los dados colgados del espejo retrovisor, los asientos forrados y los discos de la abuela.

Sofía, mi hermana Sofía. Me quería, pero a su manera. Sé la opinión que tenía sobre mí, sobre nuestros padres; la profunda envidia que se germinaba en su interior y de tanto en tanto, emanaba hacia el exterior, rociándolo todo con veneno y ácido. Pero aún así, otra gran parte de mí se apagó, murió con ella y con sus recuerdos sobre nosotras que nadie más conocía. Toda su amargura aca-

bó, todo su dolor, pero con ellos, sus sueños, su risa, su afán por vivir.

El fuego avanzó rápido por la arboleda que nacía a uno de los lados de la vía.

Puede que fuese por el impacto, la conmoción o el shock, pero una parte considerable de mi memoria también se apagó aquel día. Recuerdo la discusión previa al accidente, el dolor, el calor y la peste a humo, la presión en la garganta, el mareo, el escozor en la nariz. Recuerdo luces. Recuerdo mi infancia, nuestra infancia. Y nuestra última despedida, cuando yo volví a Londres y ella se quedó en España. También, cuando vino a verme para celebrar juntas nuestro cumpleaños, el mismo día del accidente, como si no llevásemos cuatro años sin reunirnos.

Sin embargo, no recuerdo nada más que los momentos que pasé con Sofía. Casi toda mi vida en esos cuatro años se esfumó con el humo. Tal vez era un macabro castigo por permitir que mi hermana gemela se quemase dentro del puto Ford Escort de la abuela Betsy.

Las semanas posteriores al accidente, las pasé postrada a una cama de hospital en Pentonville. No tuve mucho más que algún esguince y rasguños, pero para mamá y papá aún estaba demasiado débil para salir. La verdad es que yo también me sentía débil. Seguía con un incesante pitido en los oídos y con la sensación del humo arremolinado en mi garganta.

Sofía había muerto, y yo la había matado.

No sólo me quedé más tiempo en el hospital por petición de mis padres, sino porque tanto mi familia como el per-

sonal sanitario, más que de mi salud física, no se fiaban del estado de mi salud mental.

Tras el accidente, me desmayé en la carretera. Cuando recuperé la consciencia, un enfermero me alumbró a los ojos con una linternita. Toda la habitación olía a lavanda y a plástico.

—¿Puedes decirme qué día es? —me preguntó. No tardé en darme cuenta de que mamá y papá estaban a su espalda.

—Nueve de octubre —respondí. Mi voz sonó rasposa —. Bueno, creo que ya es diez.

—¿Cómo se llama la reina de Inglaterra?

—Isabel II.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú? —preguntó.

—Sofía Pearson-Delgado.

Pero estaba claro que no era ella. Sofía y yo éramos idénticas, pero el pelo teñido de rosa, el lunar del pómulo izquierdo y el colgante de malaquita... Eso era sólo mío. Ahora, bajo ese lunar, había además una raja de varios centímetros, cosida con puntos de sutura. La causó uno de los fragmentos de cristal del parabrisas que saltó en pedazos cuando nos chocamos. Noté la tela de la gasa y el esparadrapo bajo el ojo izquierdo, mientras observaba la confusión en el rostro de mis padres tras mi respuesta.

—Bay, cariño...

Más tarde, me desperté de nuevo en la misma cama. Las cortinas estaban echadas, pero no terminaban de opacar la luz de fuera, que encontró su camino entre los pliegues para iluminar la mitad de la habitación. Mamá y un médico estaban hablando a los pies de la cama, así

que me quedé quieta y con los ojos cerrados. A pesar del mareo y el dolor muscular, me concentré en escuchar la conversación.

—Sí, parece que sí. Creemos que podría sufrir amnesia —le decía la mujer a mi madre—. En los exámenes neurológicos no consta ninguna lesión cerebral, pero esto parece más un asunto emocional. Entenderá que para Bay esto ha sido un shock enorme.

Entreabrí los ojos. Todo estaba ligeramente borroso, pero vi a mamá asentir; tenía un vaso de cartón en la mano que emanaba humo. Se giraron hacia mí.

—Mira quién se ha despertado —exclamó alegre la doctora, con la voz impostada—. Buenos días, Bay. ¿Quieres incorporarte un poco? Creo que te vendría bien empezar a moverte.

Le hice caso.

—Toma, cariño, esto es para ti —dijo mamá, acercándose con el vaso. Tenía una sonrisa pegada a la cara, pero se le notaba en los ojos que llevaba horas conteniendo las lágrimas. Me di cuenta de que llevaba sin verme bastantes meses—. Es tu café favorito, un moca blanco con sirope de fresa.

Le sonreí y le di las gracias, pero tal como me lo pasó, con mucha delicadeza y algo de miedo, lo apoyé en la mesita auxiliar que tenía a la derecha.

El funeral de Sofia fue ese domingo. Papá insistió mucho en que yo debía ir, para poder "despedirme" de ella. Todos estuvieron de acuerdo en que eso podría beneficiar mi proceso de curación.

A pesar de la fecha y de la ciudad, esa tarde el cielo se

esclareció. Hacía sol y se respiraba algo más que humedad y neblina. El evento se hizo en Londres para que yo pudiese asistir sin someterme a un viaje largo tan pronto, pero realmente el ataúd vacío de mi hermana sería transportado a Málaga y podríamos visitarlo meses más tarde en nuestro mausoleo familiar, junto al de los abuelos maternos y la tita Elisa.

En el funeral me reencontré con una buena parte de mi familia. El abuelo George, mis primos Lucas, Penny y Ansel, con sus padres; incluso viajaron desde Málaga el hermano de mi madre, y su hija María. Todos me daban el pésame acompañado de una sonrisa triste, como tratando de empatizar conmigo por haber sobrevivido a la tragedia que caracterizaría a la familia durante al menos una generación más.

Yo llevaba un vestido negro, con campana, que mamá encontró en mi apartamento de Londres; pero yo ni siquiera recordaba cuándo y dónde me lo había comprado. Me quedaba ancho en la parte del pecho, y la tela interior picaba.

El funeral fue al aire libre. Observé la foto de Sofía, impresa en grande y enmarcada sobre un atril. «En memoria de Sofía Pearson-Delgado», rezaba el letrero negro a sus pies. Sofía y yo compartíamos la misma estructura facial, los mismos ojos pequeños y marrones, la nariz griega —algo grande, herencia de la familia de papá—, la misma sonrisa. Las cejas pobladas, las pestañas grandes. Pero mientras que ella se había dejado el pelo, castaño claro, largo; yo me lo había cortado y lo llevaba rosa desde que teníamos quince años. Desde antes de que la abandonase para mudarme a Londres con ayuda de la

abuela Betsy.

Tras el funeral, me acerqué a la tumba de la abuela. Murió un año antes del accidente. Cuando ocurrió, mamá y papá pensaron que me volvería a mudar a casa, con ellos y con Sofía. Pero les dije que ya lo había hablado con Betsy meses atrás; me dejó su casa en el testamento, después la vendí y me compré un apartamento en el centro de la ciudad. Después... todo negro, hasta el día en el que finalmente mi hermana quiso hacer las paces.

Coloqué bien las margaritas que decoraban la tumba de mi abuela, y su foto enseñando orgullosa una colcha de retales que mi hermana y yo le habíamos ayudado a hacer el invierno que cumplimos doce. Por instinto, acaricié el colgante de malaquita.

—Os quería mucho —dijo una voz a mi espalda, que me sobresaltó—. Ahora podrá reunirse con Sofi. Es más fácil si lo piensas así, ¿no?

Era mi padre.

Yo asentí.

—Tienes mejor cara —dijo, mirándome—. Ya se te están yendo las ojeras que tenías a principios de la semana. Pronto te darán el alta —sonrió.

Creo que uno de los poderes que tienen los padres es hacer como que nada les afecta para proteger a sus hijos. Aunque hubiese perdido a su madre y a su hija en un año, papá prefería no llorar delante de mí y sonreír ante los detalles buenos.

—No lo sé. Mamá no quiere. Está súper delicada conmigo —me quejé—. Como tengo amnesia, un brazo vendado y una raja en mitad de la cara, piensa que me voy a morir subiendo las escaleras del hospital sin ella.

—Te sale el mismo tono sarcástico que a tu hermana —
sonríó papá. Yo también lo hice.

Después, nos quedamos unos minutos más en silencio,
observando la tumba de Betsy.

Dos días después del funeral de Sofía, fue nuestro cumpleaños. Catorce de octubre. Fue el cumpleaños más triste que he tenido en mi vida. Tan sólo estábamos mamá, papá, George y yo, y ni siquiera me sentí con fuerzas de salir a la calle. El abuelo llegó a mi habitación de hospital con una tarta de zanahoria, nuestra favorita. Se suponía que ese cumpleaños íbamos a celebrarlo juntas, porque ya habíamos hecho las paces.

Un mes y medio más tarde, me dieron el alta completa. Los médicos y mis padres discutieron durante un rato en un despacho del hospital, mientras yo esperaba sentada en unas butacas blancas y azules. Las paredes y el suelo estaban tan pulcros y brillantes, que podía casi reflejarme en ellos. Se escuchaba el eco de las pisadas de enfermeros, pacientes y familiares recorriendo la estancia. Tenía el olor a lavanda y plástico metido en la nariz; no se iría hasta después de un largo tiempo.

Cuando salieron del despacho, me explicaron que la mejor opción para mi recuperación era trasladarme a España, al menos durante unos meses, para que mamá y papá cuidasen de mí, para recordar mi vida antes de Londres, lo que podría ayudarme a recordar ésta. Yo estuve de acuerdo. No quería estar sola en un apartamento del que no recordaba nada.

Sólo entré a él durante unos minutos, con mamá, para

recoger algunas cosas. Aunque yo sólo me quedé sentada en el sofá pequeño de un salón más pequeño todavía, mientras ella se encargaba de elegir la ropa que llevaríamos a casa. Era duro observar el apartamento, sabiendo que era mío, que yo misma lo había elegido y decorado, cuando para mí aquellas paredes de cemento, aquellos muebles, cojines y libros, resultaban tan... ajenos. Descifrar mis antiguas decisiones era como tratar de construir un puzzle, con piezas distorsionadas y manos temblorosas. Desciframe a mí. Porque sí, sabía quién era yo; me llamaba Bay Pearson-Delgado, tenía diecinueve años, el pelo rosa, un lunar en el pómulo izquierdo, un colgante de malaquita, ropa oscura, un apartamento en el centro de Londres. Sería la heredera de dos casas en Málaga. Había perdido a mi abuela, a un coche y a mi hermana en el último año.

Pero, ¿quién más era? A parte de una persona que sólo recordaba hasta la edad de quince años y algunos momentos puntuales desde entonces. ¿Tenía amigos? ¿Teléfono móvil? ¿Qué había estado haciendo esos años en Inglaterra? ¿Por qué había comprado un apartamento tan pequeño, con todo el dinero que figuraba en mi cuenta, de la casa de Betsy y del dinero que me ingresaban cada mes mis padres? No figuraba ninguna matriculación a la Universidad en ese curso, ni tampoco un empleo.

Nada, aquel piso estaba vacío. Había libros, una infinidad; ropa, una cocina amueblada y una nevera llena. Pero nada más que dijese algo sobre mí que nos resultase importante saber, más que lo que mamá ya sabía; que era desordenada, que me encantaba leer y los ceniceros

originales.

Mamá se sentó a mi lado; yo me limpié tan rápido como pude una lágrima que se había escapado. Suspiró, a sus pies dejó una bolsa grande de tela en la que había guardado mi ropa.

—Antes he llamado a tu instituto —me dijo—. Dicen que te graduaste, sin problema, con notas altas como siempre. Pero que no te presentaste a los exámenes para acceder a la Universidad. A lo mejor, este iba a ser un año sabático, ¿no?

—No lo sé.

—¿No te viene algún recuerdo, al estar en tu casa?

—No.

Mamá me acarició la rodilla, con cariño. Pero noté que le volvían a temblar las manos.

Santa Ana

La vuelta a España me ayudó a encontrarme mucho mejor. Al bajarnos del avión, me dejaron —por fin— de pitar los oídos. La estancia en el hospital, a pesar del profundo olor plástico, no había aliviado la sensación del humo, el ahogamiento y la pesadez en la cabeza. Sólo me hicieron falta días en casa para que ningún otro olor más que el de la comida casera y la leña en la chimenea, invadiesen mis sentidos. Ahí sí que me sentía en casa.

Los recuerdos de mi infancia con Sofía se arremolinaron en mi cabeza. Al día siguiente de llegar, me desperté en una cama en la que llevaba sin dormir demasiado tiempo, en una habitación que gritaba Bay con trece años y que seguía igual que el día que me fui. Entré en el baño

que conectaba con la habitación —era el único cuarto de la casa que contaba con este lujo. En el espejo, me sentí más yo misma que nunca. Las raíces castañas habían empezado a notarse sobre el pelo teñido, pero supuse que las dejaría crecer. Los ojos marrones, las pestañas abundantes y largas. Mi lunar. Era yo. Bay Pearson-Delgado. Por fin comenzaba a tener mejor color en la piel, menos ojeras; la herida cicatrizaba favorablemente. La sombra de Sofía, la sensación de culpabilidad, se fue esfumando de mi presencia poco a poco durante esos días.

Me giré de nuevo hacia la cama, deshecha. Recordé una vez, cuando teníamos nueve años, y jugando me clavé un cristalito en la planta del pie. Papá estaba en mi cuarto guardando mi ropa doblada en la cajonera, así que saltó en cuanto me puse a llorar y me tumbó en la cama para levantarme el pie y que el cristal no se introdujese más en mi piel. Mamá llegó corriendo con unas pinzas para sacarlo. Yo lloraba, porque me dolía y tenía miedo. Sofía apareció en el marco de la puerta, y me sonrió con malicia, mientras a mi me corrían las lágrimas a ambos lados de la cara.

Ya nunca más vería esa cruel sonrisa, más que en el espejo.

Bajé al salón. Mamá había reclamado los días libres acumulados durante el año para poder pasar tiempo conmigo; sólo duraría una semana, pero después enlazaría con las vacaciones de Navidad. Mamá era profesora de bachillerato —la Sixth Form española—, en un instituto no muy lejos de casa. Papá había trabajado en la Embajada Británica de Madrid, pero pudo jubilarse hacía tres

años. Siempre estaba en casa desde entonces, al parecer leyendo, aunque a veces también salía él solo a hacer senderos cercanos. En ocasiones, se acercaba a la playa para recoger conchas y piedrecitas de colores para mamá. Vivían una vida acomodada y tranquila, en una urbanización privada que quedaba a veinte minutos del centro de la ciudad. Yo llevaba mucho tiempo sin formar parte de esa vida.

Nuestra casa era grande. Pertenecía a una urbanización llamada Santa Ana, de dieciséis casas en total, aunque algunas estaban abandonadas, que se distribuían en cuatro grupos de cuatro casas. Las fachadas eran blancas y las tejas negras. Las cuatro casas se disponían alrededor de un patio común cuadrado, y para acceder a cada una de ellas, había escaleras. El patio común tenía una zona verde en la que los vecinos se ponían de acuerdo para plantar flores y verduras; el suelo era de un mármol rojizo y había un banco de madera clara junto a cada escalera. Tenía muchos recuerdos de noches de verano en las que mis padres se sentaban en su banco, y nuestros vecinos en los suyos, y hablaban y fumaban hasta las tantas, mientras Sofía, yo y los demás niños correteábamos y jugábamos.

Uno de nuestros vecinos de aquella época eran mis tíos, el hermano de mamá y su entonces mujer, y su hijita María; otros eran una pareja de ancianos que eran franceses jubilados en España; y los restantes, otra pareja joven, con dos niños. Todos compartíamos un huerto que, eventualmente, nos daba tomates y pimientos verdes; y un galán de noche que producía un agradable olor cuando se ponía el sol.

Ahora, mi tío y mi prima se habían mudado, los ancianos habían fallecido, la pareja joven se había separado. Ya nadie cuidaba el huerto y la tierra se había enturbiado.

Sentí un sabor agrídulce en la boca, al pensar que desde que me fui, todo se había marchitado en la urbanización de Santa Ana.

En la cocina, papá preparaba algo para desayunar. A unos metros, en el salón, mamá estaba sentada frente al ordenador, leyendo algo concentrada. Llevaba las gafas de pasta rojas que se ponía para leer.

—Buenos días —saludé.

Mi voz provocó una genuina sonrisa en ambos, que me devolvieron el saludo.

—Buenos días, cariño —exclamó mamá—. ¿Has dormido bien?

—Sí —y dije lo que sabía que les encantaría oír:— Me alegro de estar de nuevo en casa.

Cuando era pequeña, las paredes estaban pintadas de amarillo y mis padres solían colgar nuestros dibujos en la pared que subía hacia la planta superior, junto a la escalera. En el sofá teníamos mantas de retales de la abuela y sobre la cómoda de los manteles, velas aromáticas de fresa, y fotos familiares por todas partes. En la repisa de la cocina, teníamos latas de Coca-Cola, de esas que empezaron a vender con diferentes nombres. Teníamos una de Sofía, de Luz (mamá), de Tomás (porque era la versión española de Thomas, el nombre de papá) y otra que originalmente era Bea, pero que mamá se encargó de pintar con acrílico rojo y negro para que pusiera Bay.

Pero ahora, la casa había adoptado un estilo minimalista. La única habitación que permanecía igual era la mía. Habían pintado todo de blanco, como la fachada; ya sólo había cuatro fotos familiares repartidas por el salón y el comedor, las mantas del sofá estaban guardadas en la cómoda de los manteles, y no sabía dónde estaban las velas, ni las latas de Coca-Cola con nuestros nombres.

Antes la casa era sol y verano; ahora era un cielo cerrado de Londres.

Después de desayunar —una tostada con mantequilla y un café moca blanco con sirope de fresa que dejé a la mitad—, subí a la habitación de mi hermana. Cerré la puerta a mi espalda y me tumbé boca arriba en la cama. Observé la lámpara de aceite que tenía en la mesita de noche, los pósteres de Blondie, Extremoduro, Queen y Leonardo Dicaprio; su ropa oscura en el armario, su caja de zapatos llena de Barbies antiguas sobre éste. Y pensé que ese cuarto nunca más me iba a pertenecer.

Veinticuatro días después de ir a casa, llegó la Navidad. Una Navidad sin Sofia. Nos quedaríamos en casa durante Nochebuena y vendrían Carlos y María. Nadie más; no queríamos convertirlo en una fiesta, no sin Sofi. Después, para Año Nuevo, probablemente lo celebraríamos en el apartamento de mi tío.

Los días previos a Navidad, pillé a mamá llorando en el baño más de una vez. Papá trataba de esconderlo, pero el cajón de los paquetes de pañuelos estaba saqueado.

Pasé esos días vagando por la casa, recreándome en los

recuerdos que afloraban en mi consciencia cuando entraba en cada estancia, a cada esquina. De mi vida de Londres, no recordé nada. Pero me embriagué contándome una y otra vez historias de mi infancia, anécdotas sobre mis abuelos, mis padres y otras que murieron con mi hermana. Saboreé la amargura de la tragedia de mi familia, pero en cierta manera, encontré lo poético de esa tragedia.

Al fin y al cabo, mamá y papá podían sentirse afortunados; la superviviente había sido su hija favorita.

Mis padres habían estado cocinando y preparando entrantes durante toda la tarde; cenaríamos cinco tipos distintos de canapés diminutos, gambas y otros mariscos, un plato griego de carne rellena de queso feta y una ensalada templada con canónigos, jamón y pasas. Para el postre, el hermano de mamá iba a traer tarta de manzana. Unos días antes mamá y yo decoramos el salón para Navidad, más que nada para animarnos. Pusimos el árbol, algunas guirnaldas grises en las escuetas estanterías y luces colgadas del techo. Para la cena, desplegamos el mantel especial sobre la mesa de roble macizo del salón y mamá sacó una vela roja del trastero. Resultó ser la cosa más colorida de toda la habitación.

Olía a comida, a la esencia de frambuesa de la vela y al plástico de los ornamentos navideños. Nos pusimos guapos y nos acurrucamos en el sofá, esperando a mi tío y a mi prima; como una familia feliz, una que había sufrido una pérdida crucial pero que se mantenía a flote, rotos pero reconstruidos a partir de piezas de vidrio. Yo estaba sentada entre mis padres, y sentía el calor que emanaba de sus cuerpos, y a través del calor, sentía el amor que

me tenían. Ahora que sólo me tenían a mí, sólo a mí en el mundo entero, no podían distribuir ese amor hacia nadie más. Nadie más. Nunca más. Sólo a mí.

Yo había ganado.

El tío Carlos y su hija María llegaron. Nos sentamos a la mesa y cenamos, como cualquier otra familia en Navidad; contamos historias, hablamos sobre la actualidad, nos reímos y cantamos villancicos. Pero en los momentos de silencio, esos en los que las sonrisas poco a poco se desdibujaban de nuestros rostros, se podía notar a leguas que algo iba mal en la familia, que las heridas durarían abiertas mucho más que dos meses largos.

El hermano de mamá se estaba quedando calvo, tenía la nariz regordeta y las pestañas abundantes. Me preguntó, durante el postre, si tenía pensado ir a la Universidad o hacer algo en los próximos meses.

—Aún estoy tratando de descubrir quién era antes del accidente —respondí—. No sé cuál eran mis planes para este año, ni para la vida en general.

—Tal vez —intervino María. Era dos años mayor—, deberías olvidarte de quién eras, y simplemente seguir con tu vida a tu manera a partir de ahora. Al fin y al cabo, a pesar de la amnesia, sigues siendo tú, ¿no?

Claro, seguía siendo yo. No tenía que rebuscar una explicación a todas mis acciones de los últimos cuatro años. Probablemente, ni siquiera hubiesen existido explicaciones en primer lugar. Tan sólo tenía que ser yo. Bay. Tenía que dejarme llevar.

Pero, ¿qué es lo que haría Bay Pearson-Delgado para... dejarse llevar?

Tras la cena, nos entregamos los regalos de Nochebuena. Nos sentamos en el sofá y en el sillón del salón. Mamá y yo habíamos elegido una sudadera blanca de Taylor Swift para mi prima; papá le regaló a mamá un tarro de cristal lleno de conchas y piedrecitas verdes que estuvimos buscando días atrás en la playa. Tanto papá como el tío recibieron un par de libros nuevos, María me regaló un tinte rosa para el pelo —«me fijé en que se te está yendo el color», me dijo—; el tío Carlos me dio una novela policíaca que se leyó a mi edad y un jersey de rayas. Mis padres guardaron mi regalo para el final. Me tendieron un libro envuelto en papel gris. Mientras lo abría, bajo su mirada expectante, noté la tapa dura y observé el color naranja de la portada.

Me quedé a cuadros.

El libro era fino, muy corto. En la contraportada no había nada. En la portada se podía leer, con una tipografía que pretendía parecer infantil: La historia de las dos duendecillas princesas. Bay y Sofía Pearson-Delgado.

Lo sostuve en las manos, temblorosas. Sentí el escozor de las lágrimas queriendo marcar su camino por mis mejillas.

—Es el libro que escribisteis de pequeñas, cariño —dijo mamá, con una voz dulce y delicada—. Lo hemos impreso. Hay una foto de las dos dentro.

Las lágrimas eran de rabia.

No, el libro lo escribió Sofía. Yo sólo coloreé los dibujos de dos duendecillas con el pelo castaño y vestidos de princesa que ahora adornaban una adorable e inocente portada. Sofía pidió durante años una impresión, al menos una, del libro, una vez estuvo terminado. Pero eso

era demasiado caro, decía papá; cuando escribas un libro más maduro, tal vez consigas publicarlo, dijo mamá una vez delante de la familia. Ese libro pertenecía a Sofía. ¿Por qué cumplirían su deseo de verlo impreso ahora, cuando ella jamás lo vería? ¿Por qué era un regalo para mí? ¿Por qué nuestra infancia siempre giraba entorno a mí? Aún con mi hermana muerta.

Entonces, entendí que no había ganado nada; que todo el amor que ahora sólo recibiría yo, sería a costa de perder mi identidad. Que ella siempre sería la ganadora. Entendí que quizás "seguir con mi vida a mi manera" significaba huir de esta casa de hipócritas.

Metamorfosis

Salí al patio de mármol rojizo, a fumar. Uno de los malos hábitos que Sofía había heredado de mamá; encontré un paquete oculto entre las cosas de su cuarto. Caminé en círculos, oyendo a lo lejos las voces de mi familia en casa, y observé el cielo oscuro y opaco, casi sin ninguna estrella. Nunca había visto una noche estrellada como las de las pelis.

Pasó una media hora, quizás más; serían cerca de las dos de la madrugada.

La entrada del recinto estaba protegida por una verja alta de metal negruzco. Ésta tintineó cuando alguien la golpeó desde fuera. Me asomé. Vi a un chico de mi edad encaramado a ésta con ambas manos, agitándola, con el aparente objetivo de llamar mi atención. Tenía el pelo oscuro y me miraba esperanzado, con los ojos vidriosos. —¡Eh, eh! —susurró—. ¿Bay?

Avancé hasta el portón.

—¿Hola?

—No me conoces —dijo—, pero yo a tu hermana sí. Me enteré hace un mes. Llevábamos un tiempo sin hablar, pero no he parado de pensar en ella. Quería darte el pésame.

—Gracias.

Me acariciaba mis propias manos con nerviosismo. Volví a aferrarme al colgante de malaquita.

El chico dirigió la mirada al paquete de Fortuna que sobresalía del bolsillo de la sudadera que me había puesto al salir al patio. Lo señaló, con una media sonrisa:

—¿Compartes?

Abrí el portón de entrada, y nos sentamos en el banco de debajo de la escalera de mi casa. Le pasé un cigarrillo y el mechero de gatitos que estaba junto al paquete.

—Me llamo Toni —dijo, mientras observaba el fuego que despedía el mechero. Luego, me miró a mí—. Es impresionante lo mucho que te pareces a tu hermana.

Me miraba a los ojos, y después trazó un camino por mi pelo estropeado, por mis pendientes de plata, mi collar, la sudadera, el vestido negro... Parecía como si, de cualquier forma, quisiera poder quedarse con la imagen de Sofía grabada en las retinas una vez más, aunque no fuese realmente ella. O tal vez quería convencerse de eso mismo.

Carraspeé:

—¿Eres... eres un amigo de Sofi?

—Sí, algo así.

—¿De qué os conocíais? —indagué.

Me incliné sobre mí misma y apoyé la cabeza sobre las

manos, con los ojos fijos en su rostro. Sofía habría hecho cualquier cosa con tal de volver a verlo.

—Del instituto, del primer año de Bachillerato. Luego me cambiaron a uno privado —dijo—, pero no dejamos de escribirnos y de vernos, hasta que dejé de saber de ella en verano. Después, me enteré del accidente. Y de tu existencia. Nunca me dijo que tenía una hermana.

—¿No?

—Supongo que tendría alguna razón para ocultarlo —entonces, lanzó el cigarrillo a la tierra mustia de la antigua zona verde mientras exclamaba en voz baja:—
¡Nunca la sabremos!

Claro que la tenía. En una vida en la que todo giraba alrededor de tu hermana, era agradable hacer como que no existía con ciertas personas.

—¿Sabes? A tus padres no les hacía gracia lo mío con Sofía. No le permitían salir conmigo.

—¿En serio?

—Así que espero que no se den cuenta de que me he colado en vuestra urbanización.

Me reí.

—No te has colado; te he dejado entrar yo.

Toni y yo decidimos irnos a un sitio más seguro, para evitar a mamá y papá. Aunque lo de "seguro" es una forma de hablar. Trepamos por la barandilla de la casa abandonada frente a la mía —la de la pareja de ancianos—, y por los barrotes de una ventana del segundo piso, y nos encaramamos como pudimos en el tejado. Allí arriba, hacía aún más frío. Seguía sin ver las estrellas, y una brisa de vez en cuando me ponía la piel de gallina. Apo-

yamos la espalda en el cemento frío de la chimenea que antes perteneció a Juan y a Estela, y de la que ahora salía un arbolito fino y raído. Dejamos caer las piernas.

Hablamos durante horas. Sobre Sofía, sobre lo que le gustaba de ella y la música que escuchaban juntos. Hablamos sobre los controladores que eran nuestros padres, los de ambos; sobre los recuerdos marchitos de nuestra infancia y lo grisácea que se había vuelto la vida desde entonces. Sobre lo aterradora que era la Universidad y las ganas que teníamos de vivir "a nuestra manera". Hablé sobre que a veces me sentía una impostora en mi propia vida, sobre la culpabilidad, sobre lo de "descifrar-me" a mí misma. Él habló sobre una pesadilla que tuvo una vez, y que se repitió durante meses, después de leer *La Metamorfosis*, de Kafka; de igual forma, soñó que se despertaba transformado en un bicho horrible y gigantesco. Hablamos sobre Extremoduro y sobre el amor.

Cuando casi amanecía, decidimos que era hora de irnos a casa. Bajamos de nuevo por los barrotes de la ventana y por la barandilla, y saltamos al suelo con dificultad. Lo acompañé al portón de la entrada; ya no tenía frío.

Toni me besó, bajo la luz de una luna menguante y apenas tres estrellas. Cuando se separó, volvía a tener los ojos vidriosos. Me dijo que era como Sofía, pero que nunca podría reemplazarla, y después se fue. Yo volví a casa; y al mirarme en el espejo de mi cuarto de baño, me había convertido en un escarabajo.

Dos meses y medio antes del beso de Toni, Sofía me llamó por teléfono por primera vez en cuatro años. La

escuchaba entrecortada, y al principio no supe que era ella; el nombre de su contacto no aparecía en la pantallita. Me dijo:

—Estoy en Reino Unido.

—¿Quién llama? —le respondí.

—Sofía. Estoy en una cabina telefónica. ¿Podemos vernos?

Sofía estaba en Martyr's Green, a casi una hora de mi apartamento en el centro, pero fui a por ella en el viejo Ford Escort. Decidimos hablar en un bar a pocos minutos, llamado The Black Swan. Era un sitio pequeño, pero con un jardín enorme. Ya eran las seis de la tarde, y el frío del otoño calaba los huesos junto con la humedad. La terraza estaba iluminada con luces colgadas del porche y sonaba jazz. Ella se pidió un batido de frutas, yo un moca blanco con sirope. La camarera era pelirroja y pecosa, con los dientes amarillentos; no paraba de mirarnos con los ojos muy abiertos y sonrisas.

Sofía estaba igual.

—¿Por qué has venido?

—Necesitaba alejarme de mamá y papá, supongo que lo entiendes —yo asentí—. Estaba armándome de valor para llamarte. En unos días es nuestro cumpleaños —dijo—, pensé que sería bonito... que lo pasáramos juntas.

—Como cuando éramos pequeñas.

—Sí. Vamos a cumplir diecinueve, Bay. Creo que ya viene siendo hora de hacer las paces. ¿No?

Yo sonreí. Bay y Sofía habían vuelto.

Cuando pedimos la cuenta en el bar, rebuscamos en los

bolsillos de las chaquetas y en nuestras carteras para encontrar el dinero suficiente para pagar. Pero, juntando lo de ambas, no llegábamos a cuatro libras y la cuenta era de casi diez. Puto The Black Swan, puto batido y puto moca. No había una cosa más Bay y Sofía que salir de casa sin nada de dinero. Nos reímos con nerviosismo aún sentadas en la mesa, mirando el recibo sobre ésta y la camarera pelirroja atendiendo a otras mesas a lo lejos. Nos mirábamos la una a la otra como diciendo, "no me puedo creer que no tengas más dinero".

—Vale, vale —murmuró Sofi—. No nos queda otra.

—Lo sé.

—Voy a salir al parking. Para encender el motor. Cuenta veinte segundos, y ven. Tal vez se den cuenta, pero ya estaremos en la carretera.

Y sin decir mucho más, mi hermana se escabulló entre las plantas del jardín en dirección al parking. Hice lo que me pidió, conté veinte segundos y la seguí. La camarera pelirroja salió al aparcamiento gritando: ¡Eh, eh! ¡Vosotras! Pero, como había previsto Sofía, el coche ya estaba rugiendo y deslizándose por el asfalto húmedo. En una hora llegaríamos a Londres, a casa. Mientras, nos reíamos por la adrenalina y los recuerdos —ese día, menos marchitos— de nuestra infancia. Esa travesura sería una anécdota más en nuestra historia, en la historia de Bay y Sofía.

La carretera estaba tranquila. Había estado lloviendo, pero ya sólo quedaban restos de las nubes oscuras que encapotaban el cielo, tierra mojada en el asfalto, árboles contoneados por el viento. Una estela brillante que indicaba un tímido arcoíris. Las ventanillas estaban

bajadas; los dados del espejito retrovisor, columpiándose por el traqueteo. Sofía conducía, y volvíamos a ser amigas.

Las razones de nuestra ruptura se desdibujaban en mi memoria.

—Toma —le dije. Ella se giró hacia mí—. Te lo regalo. Le alcé mi colgante de malaquita.

—¿En serio?

—Quiero que lo tengas tú.

Inclinó la cabeza hacia mí, y se lo puse, mientras seguíamos en marcha.

—¿Por qué?

—Es sólo un regalo —y sonreí.

No dijo nada más, pero al cabo de unos minutos se volvió a girar, con el rostro arrugado.

—Siempre haces esto —me dijo. Su tono era recriminatorio.

—¿El qué?

—No eres capaz de pedirme perdón por todo lo que me has hecho —dijo—. En su lugar, me regalas esto. ¿Por qué lo haces? ¿Pretendes darle la vuelta a todo, que yo me sienta en deuda contigo? No todo se soluciona con cosas materiales, Bay.

—Sofí, yo...

—No. Joder. Es siempre lo mismo. Cuando mamá y papá me excluían descaradamente de todo y sólo te hacían caso a ti, y luego tú venías y me regalabas tus pendientes favoritos, o una Barbie, o un dibujo calcado desde el ordenador del salón; o un collar de conchas. ¿Realmente lo hacías para pedirme perdón? ¿O para compensar que siempre has sido la hija favorita, e incluso tú me excluías

de todo? Porque, después del regalo, seguías yendo de compras con mamá, seguías consiguiendo que papá te llevase en bote por la playa. O que colgasen tus putos dibujos en la pared de la escalera.

—No aceleres tanto, Sofi, porfa —mi voz sonaba débil, eclipsada por la voz cargada de rabia de mi hermana. Pero yo también estaba empezando a enfadarme—. Lo siento. ¿Eso es lo que querías escuchar? Siento que mamá y papá hayan sido así, siento haberte hecho regalos porque me dabas pena.

—Eres horrible.

—Tú tampoco te quedas atrás.

—Lo sé; soy horriblemente tonta. He venido hasta aquí (¡yo!), para que hagamos las paces. En todos éstos años no se te ha ocurrido llamarme, ni tratar de retomar el contacto, ni mucho menos disculparte. Has estado viviendo tu vida tan tranquila; seguro que lo único que has hecho es tomar té con la abuela Betsy, salir a pasear con George, ir de compras por Londres, vivir sacándoles todo el dinero. Sin estudiar, sin trabajar, sin preocuparte por nada más que por ti misma. Mientras yo me hundía en casa, escuchando a mamá llorar todas las semanas porque te echaba de menos y a papá regañándome por no sacar dieces.

Todo lo que me decía, lo hacía para ridiculizarme, para presentarme al mundo como una niña mimada, vaga y egocéntrica. Tal vez lo era. Aún así, seguía llevando el colgante de malaquita. Rebotaba en su tórax.

—¿Sólo has venido a Reino Unido para echarme las cosas en cara? —pregunté, después de unos segundos de silencio, cargados de tensión y veneno efervescente.

—No sé para qué he venido. Supongo que a pesar de toda la mierda, yo también te he echado de menos. Supongo que quería pasar un buen cumple, después de cuatro años.

—Podemos pasarlo —dije yo, sonriéndole de nuevo. Aunque con una sonrisa falsa, ensayada.

—O tal vez, no.

La carretera resbalaba demasiado para el giro que Sofía acababa de hacer, para esquivar a un coche que se había cruzado. Los frenos de seguridad no parecían responder. Después, un golpe, cristal en pedazos, dolor, oscuridad, fuego.

El día después de Navidad, fui al cementerio del pueblo yo sola. Le quería llevar a mi hermana unas flores —tulipanes rosas que había comprado en la floristería de mi tío Carlos—, como regalo de Navidad. Caminé por los pasillos blancos, altos y laberínticos del cementerio, donde se apilaban los nichos de decenas de otras personas. Me gustaba leer los nombres y ver los adornos que sus familiares habían puesto sobre éstos.

Unos minutos más tarde, llegué a la zona de los mausoleos. Tenían un aspecto más sobrio y, contradictoriamente, menos familiar que los nichos. De entre las grietas de las losetas de piedra, salían hierbajos y pequeñas florecillas blancas. Dentro del nuestro, estaban los ataúdes de mis abuelos maternos, de la tita Elisa y, ahora, de Sofi. También teníamos fotos de cada uno a los pies de los ataúdes. La de Sofía me devolvió la mirada, con una sonrisa grande y plena, pero con ojos tristes. Dejé las flores en el suelo y me quedé ahí quieta.

Todo encajaba; Sofía y su alma tortuosa descansando en paz, tulipanes rosas a sus pies, yo con mi pelo cada vez más apagado, el lunar en el pómulo, el colgante de malaquita, un vestido oscuro y un jersey a rayas, un apartamento pequeño en Londres. Bay Pearson-Delgado.

Mi bebida favorita era el moca blanco con sirope de fresa, me gustaban los ceniceros de cerámica originales, las ranas, los libros, las joyas, dibujaba, era libre.

Sofía Pearson-Delgado. La línea entre nosotras era fácil de desdibujar. Su ropa siempre era oscura; sus pendientes, de plata. Le gustaba la música, de pequeña soñaba con ver sus pequeños cuentos impresos y publicados. No le gustaba el café, ni le gustaban sus padres, ni sus primos, ni sus abuelos.

—Lo siento, Sofía. Lo siento por haberte matado. No había otra opción.

Después, con lágrimas, volví a la casa de las personas que no me gustaban.

9 de octubre

Sofía Pearson-Delgado esperaba, en un asiento de cuero de imitación algo descolorido, a ser atendida en una peluquería lejos de su casa; el mismo día del accidente. Una de las luces led del techo destelleaba y las paredes estaban cubiertas de pósteres de modelos con muchos peinados distintos. En la mesita negra frente a los asientos había una cesta de mimbre con caramelos de colores. Sofi cogió algunos.

Cuando se sentó frente al espejo, y el peluquero le preguntó que quería, ella respondió:

—Córtamelo. A la altura de la barbilla. Y tíñemelo de rosa.

Cinco horas más tarde, Sofía esperaba, en un asiento rojo y negro, a pasar a una salita de una pequeña tienda. En el letrero de fuera se leía en letras grandes y retro Made in Ink - Tattoo Shop. En las paredes había muchos dibujos de diversos estilos, y en un atril de madera vieja, tenían un libro de tatuajes y algunas fotos plastificadas. Algunas, eran de tatuajes en la cara; de pecas.

Cuando pasó a la salita y se sentó en la camilla, le dijo a la tatuadora:

—Es un poco raro, pero sólo quiero que me tatúes un lunar. Aquí, en el pómulo izquierdo.

Después, entró en su casa sin ser vista, y en su cuarto, preparó una mochila. Sólo metió el pasaporte, doscientos euros en metálico, una caja de cerillas por si acaso y unos alicates grandes del armario de las herramientas. Se puso una falda larga, que había sido de su hermana Bay y una sudadera negra. Antes de salir, se miró en el cuarto de baño de Bay; observó su nuevo aspecto. Se peinó el pelo corto hacia atrás y se puso una peluca de pelo largo y castaño que había comprado por Internet. Ahora volvía a ser Sofía. Sólo durante unas horas más.

Salió de casa y se fue al aeropuerto.

Cuando aterrizó en el aeropuerto de Londres, pidió un taxi que la dejó en Martyr's Green. Buscó una cabina telefónica y marcó el número del apartamento de Bay. Le dijo:

—Estoy en Reino Unido.

—¿Quién llama?

—Sofía. Estoy en una cabina telefónica. ¿Podemos vernos?

La esperó durante esa hora sentada en un banco húmedo, frente a la cabina y cerca de un bar con un jardín bonito que había encontrado en Google Maps, en el que las bebidas eran caras. Comprobó un par de veces que las cosas de su mochila seguían ahí. El pasaporte se quemaría con el fuego, de los alicates tendría que deshacerse antes.

Bay llegó. Abrazó a Sofía con fuerza y las lágrimas de emoción en sus ojos no permitieron que se diese cuenta ni del lunar, ni de la falda. Ella fingió durante una hora alegrarse también del reencuentro. Durante los veinte segundos en los que se escabulló al aparcamiento del bar, cortó los frenos de seguridad con los alicates, lanzó éstos a unos arbustos y los ocultó con la tierra mojada. Después, se sentó en el asiento del piloto, con el motor del Ford Escort encendido, y esperó a su hermana.

Nadie sospecharía de aquel trágico accidente. Son cosas que pasan cuando conduces un coche tan viejo.

Menos de tres meses después de que Sofía Pearson-Delgado cortase los frenos de seguridad del coche, volvió a casa tras la visita al mausoleo familiar. Mamá y papá estaban viendo una película en el salón. Estaban acurrucados y tapados con las mantas de retales de la abuela Betsy. Llevaba sin hablar con ellos desde que me regalaron el libro de Sofía.

Subí a la planta de arriba y me paseé por los pasillos que llevaba viendo cada día desde que nació. Traté de encontrar algo en ellos, pero la tragedia de mi familia dejó de parecerme poética, o incluso amarga. Sólo era tragedia, sólo era un secreto que nadie más que yo conocería jamás, sólo era una cadena de decisiones.

En el cuarto de baño de mi nueva habitación, me miré en el espejo sobre el lavabo. Pero lejos de lo que recordaba de mi rostro, lo que se reflejó en él fue, de nuevo, la imagen de un escarabajo aterrador. Descolgué el espejito y lo puse mirando hacia la pared; supuse que es lo que tendría que hacer a partir de ahora. Rehuir de mi propia identidad, rehuir de mi reflejo.

Al día siguiente, a primera hora, volaría hacia Londres y me instalaría en el apartamento. O tal vez, lo vendería para comprarme otro. Me matricularía en la Universidad, buscaría un empleo. Viviría libre, sola, oculta, sin esperar la aprobación de mamá, de papá, del fantasma de la abuela, del de mi hermana.

Mientras tanto, bajé de nuevo al salón y me senté entre mamá y papá. Permití que se acurrucaran conmigo.

Sonreí. Yo sabía perfectamente quién era; todos pensaban que era ella. Estaba viva. Tendría la vida que merecía.



FEDERICO WEYLAND
“Las palabras y un espejo”



LAS PALABRAS Y UN ESPEJO

Por Federico Weyland

La verdad es que ya no recuerdo cómo llegó a mis manos este espejo. Sería interesante poder decir que se lo compré a un misterioso comerciante de origen árabe en una feria de antigüedades, pero eso no es cierto. De cualquier manera, conocer su origen no aportaría nada a la magia que encierra el espejo mismo.

Tampoco podría recordar cuándo fue la primera vez que te vi reflejada en él, ni siquiera qué fue lo que observé en esa ocasión. Casi podría decir que este espejo nació conmigo, mi existencia está tan ligada a él que no puedo concebirle un origen distinto al de mi propio ser. Lo llevo siempre conmigo, sea materialmente o en mi pensamiento, cuando me veo imposibilitado de acarrearlo. No puedo hablar con alguien sin que en mi mente se dibuje la figura rectangular que usualmente eclipsa el diálogo con la otra persona, obligándome a pedir que repita lo último que ha dicho. La gente dice que me distraigo mucho. Sin embargo, trato de controlarme cuando la situación lo requiere y logro apartarlo de mi mente en las horas de trabajo. Pero al volver a mi casa hay una sola cosa que ocupa el resto del día y es encerrarme en mi habitación con este espejo. Sólo cuando estoy seguro de que ya no voy a ver nada más me despido y me voy a dormir. Al otro día me levanto más temprano que vos y acecho frente al espejo hasta que aparecés. Sólo entonces comienza mi día.

Preparo la cena rápido, nunca algo muy complicado, y me siento a la mesa apoyando el espejo contra el respaldo de una silla, de tal manera que pueda verlo todo el tiempo mientras como. Estoy alerta, uso los cubiertos de memoria y si de pronto veo algo salto de mi silla (más de una vez volqué un vaso) y corro a pegar la cara cerca del espejo. Siento cómo late mi corazón, tan fuerte que hasta mi mano repite su movimiento rítmico. Y una vez que pude ver algo se me cierra el estómago y ya no puedo tragar un bocado más. Pero no me importa, el hambre desaparece también y surge una necesidad más importante que es la de verte. Una necesidad que crece y llega a provocarme una ligera angustia porque nunca sé si esa va a ser la única vez que te vea esa noche. A mí no me basta con una sola vez. Me resuelvo rápidamente a llevar el espejo a mi cuarto, todavía con el corazón agitado, lo apoyo contra la pared y me siento en el borde de la cama. Miro, miro todo el tiempo, y el espejo desaparece tras una cortina de agua si esa noche me regalás una visión más.

Lo mejor es cuando viajás en colectivo. A veces hacés viajes largos y entonces puedo verte durante mucho tiempo quieta, con la mirada perdida en los carteles de la calle o la gente que pasa caminando. Te gusta sentarte en los primeros asientos, porque así podés ver a la gente que sube. Los inspeccionás de arriba abajo mientras sacan el boleto. No puedo saber lo que estás pensando, pero de vez en cuando un gesto o una mueca que se te escapa me hace suponer alguna cosa. Y yo así, desde el gran espejo que tienen los colectivos arriba del conduc-

tor, puedo verte durante todo el viaje.

Te veo cuando volvés del trabajo, tan cansada. Te ponés a escuchar la radio en el walkman y entonces los gestos de tu cara se multiplican. Me gusta cuando te reís de algo gracioso que seguramente dijeron en la radio y te tapás con disimulo la boca, con vergüenza de que la gente piense que estás loca. Muchas veces yo prendo la radio, tratando de adivinar qué sintonía estás escuchando guiándome por tus gestos, pero me cuesta mucho.

Cuando es invierno y la hora a la que volvés a tu casa ya es de noche, el frío te adormece y te acurrucás en el asiento, con las manos en los bolsillos y el cuello de la campera subido hasta que entrás en calor y te aflojás un poco el abrigo. Tu cara tiene una expresión melancólica; no sé si es que no te gusta el invierno o que como es de noche y no ves tanto movimiento en la calle no te distraés y te ponés a pensar en cosas, qué se yo. A veces estás tan cansada que cerrás los ojos y apoyás la cabeza contra la ventanilla. Te quedás adormecida todo el viaje, pero siempre te despertás justo cuando tenés que bajarte y nunca te pasás de parada. A mí no me gusta cuando te quedás así dormida, una vez se sentó al lado tuyo un tipo con pinta medio rara. No estaba bien sentado, mirando para adelante, estaba torcido hacia tu lado y muchas veces te miraba de reojo. A veces también miraba a la señora que estaba parada junto a él, como vigilando, y la señora a su vez de a ratos lo miraba a él con desconfianza. Y él entonces disimulaba haciendo como que estaba mirando muy atento una inmobiliaria o una publicidad de un jabón para lavar la ropa en la calle. Pero yo también estaba viendo y sabía que te miraba a vos. A mí me

daba miedo, porque pensaba que tal vez quería robarte o iba a decirte algo que te molestara. Llegué a ponerme nervioso porque no podía prevenirte y si te llegara a pasar algo, cómo iba a defenderte. Por suerte finalmente él se bajó antes que vos, y todavía pude ver que cuando estaba parado junto a la puerta esperando a poder bajar, seguía mirándote aun más fijamente ahora que la señora no lo vigilaba. Por eso, me gusta más cuando al lado tuyo se sienta un viejito simpático o alguna nenita que si se pone a mirarte fijo es porque está admirando lo linda que sos, como yo.

Para mí fue terrible terminar la facultad. En esos días yo estaba muy decaído. No hablaba con nadie y prácticamente no salía de mi habitación. Mi familia y mis amigos no entendían el por qué. Se suponía que yo debía estar contento por haberme recibido, pero claro, ellos no podían saber que lo que a mí me preocupaba era saber que no volvería a verte nunca más.

Rendí el último examen un 12 de diciembre, pero igualmente seguí yendo a la facultad. No tenía ningún motivo para hacerlo, sólo quería ir. Quería saber qué impresión me causaría al verla desde la óptica del egresado. Era un extraño allí ahora, caminando lentamente por sus pasillos, sin que nadie se fijara en mí, sin fijarme yo en nada. La mayoría de los que habían sido mis compañeros ya se habían recibido, algunos pocos habían dejado la carrera. Y vos te recibiste conmigo, también en diciembre, pero en otra fecha.

Recuerdo bien ese día: yo te esperé afuera (aunque vos no lo supieras) sentado en las escalinatas de la entrada,

aunque lejos de la puerta por la cual debías salir. Estaban esperándote también tus padres, algunos compañeros de la facultad (a un par los conocía de vista) y otras tres personas que no pude identificar. La espera se hacía larga y yo fumaba un cigarrillo tras otro. Estaba nervioso porque no sabía lo que iba a decirte cuando te viera. Si hubieras aprobado podría felicitarte, pero no pasaría de un saludo más entre tantos otros, porque enseguida te convertirías en blanco de harina y huevos y la alegría del momento la disfrutarías junto a tus amigos más íntimos. Si en cambio hubieses reprobado yo podría consolarte, abrazarte y acariciarte alentándote a que desahogaras toda tu bronca y frustración. En ese caso tendría que hacerlo antes de que te atajara tu mamá, y eso se veía difícil.

Mientras seguíamos esperando. A tu papá ya se le había acabado el entretenimiento de comprobar que el rollo estuviera correctamente colocado en la cámara fotográfica y uno de tus amigos comenzaba a pedir que le convidaran cigarrillos. Finalmente saliste. Por un segundo quisiste poner cara seria para engañar a todos, pero la alegría te traicionó y en seguida empezaste a gritar como loca que te habías recibido y corriste a abrazar a tu mamá y a tu papá, que se olvidó de sacar las fotos. En cambio, tus amigos decidieron que era más urgente enchastrarte y una lluvia de harina y agua cayó sobre vos sin que te resistieras. Después vinieron las fotos, mientras amenazabas a cada uno que se te acercaba con abrazarlo. Al rato se fueron todos juntos, y yo todavía no te había felicitado, ni siquiera me animaba a acercarme. Cuando se iban pasaron frente a mí y yo tuve la oportunidad de salirte al paso y decirte algo, pero no lo hice. Me quedé

mirándolos con una sonrisa enorme y estúpida en la cara. Una sonrisa que sólo vio extrañado el último que pasó, uno de los que conocía de la facultad y que ni siquiera me saludó.

Al día siguiente volví por última vez a la facultad, aun sabiendo que sólo encontraría tu ausencia. Caminaba como un fantasma por un ámbito al que ya no pertenecía, viendo aquí y allá imaginarias placas de bronce que conmemoraban mi paso por cada rincón. Hitos de los cuales no guardás memoria, aunque muchos de ellos tuvieran que ver con vos. Acá donde te vi por primera vez, allá donde te hablé por primera vez (te pregunté la hora). Ahora estaba agregando “las últimas veces que...” al saber que ya no volveríamos a caminar por estos pasillos. Lo cierto es que empecé a perderte desde antes que te recibieras, cuando el tiempo que pasaba comencé a contarlo como una cuenta regresiva. Y la cuenta llegó a cero. Vos te recibiste, yo me recibí, cómo volver a verte. Durante un tiempo tuve la loca idea de que la casualidad nos llevaría a trabajar en la misma empresa. Luego de algunos meses de haber sido contratado y de esperarte en vano la esperanza se fue desvaneciendo. Por eso mi tristeza persistía, al igual que el extrañamiento de los que me rodean.

Con los ojos entrecerrados, tratando de acostumbrarlos a la luz, te acercás al baño, te inclinás sobre el lavatorio y das el primer suspiro del día. A veces sólo te mojás apenas los ojos y te vas rápido a desayunar. Otras, en cambio, te empapás bien la cara y después te quedás un rato largo mirándote en el espejo. Yo no sé en qué estás

pensando en esos momentos, sólo trato, como siempre, de adivinarlo por tus expresiones. Pero es difícil saber algo más que si por ejemplo se te hace tarde o si te estás preparando para una reunión importante. Y a mí me gusta verte en esos momentos, aunque estés despeinada y con cara de cansancio. Es que, aunque te esforzaras, yo no podría verte fea. Tus pelos desordenados están para mí simplemente en otro orden, un orden que sigue otra estética. De cualquier manera, poco te hace falta hacer para que tu cara tome esa frescura que siempre tiene.

Yo he tomado la costumbre de levantarme antes que vos así puedo esperar para verte. Claro que más de una vez te has levantado tarde, lo que me ha hecho entrar fuera de horario al trabajo y tener que soportar los retos del jefe. Pero a mí eso nunca me ha preocupado, tengo prioridades en mi vida y las respeto. Desde ese primer momento que te veo en el día puedo seguirte durante todo el trayecto a tu trabajo. Te veo cuando bajás por el ascensor, siempre revisando por última vez que la ropa esté prolija o retocando el peinado. Después, por la calle, te sigo como puedo, asomándome desde los espejos retrovisores de los autos. Como es difícil verte desde allí sufro esas cuadras que caminás hasta la parada del colectivo. Tengo la impresión que te estoy perdiendo, que estás escabulléndote de mí y yo nunca puedo mantenerme a la par tuya. Por suerte eso pasa pronto y cuando te subís al colectivo me quedo tranquilo mirándote durante todo el viaje.

En la oficina donde trabajás no hay espejos así que no puedo verte durante la mayor parte del resto del día. En esos momentos tengo que ocuparme en alguna tarea para

llenar el vacío que me provoca esa ausencia. Aprovecho para cumplir con mi trabajo, de mala gana siempre, distrayéndome a cada rato y pensando que sería mejor si pudiera verte. Un solo espejo oportunamente ubicado podría cambiar tantas cosas en mi vida.

Yo de la vida tengo pocos recuerdos. No hay mucho de la niñez, pero no me preocupa, como no la recuerdo no puedo saber siquiera si fue feliz o triste. De la adolescencia tampoco tengo mucho para decir. Los primeros recuerdos nítidos son a partir de que empecé la facultad y claro, casi todos tienen que ver con vos y conmigo, con nosotros.

Recuerdo, por ejemplo, que en segundo año cursamos todas las materias juntos e incluso me sentaba muy cerca de vos. Me acuerdo que en una teníamos a un profesor macanudo que hacía muchos chistes para hacer entretenida la clase. Cuando todos se reían yo, en vez de reírme también, te miraba a vos. Me gustaba verte cuando sonreías, te ponías tan linda. Y yo, imaginate: se me estrujaba la garganta. Me enternecías tanto.

Otra cosa que nunca voy a olvidar es el día en que viajamos juntos en colectivo. Nunca lo hacíamos porque tomábamos líneas diferentes para volver a nuestras casas desde la facultad. Ese día, sin embargo, yo tenía que ir a otro lado y tomé el mismo colectivo que vos. Ni bien subí te vi, pero creo que no me reconociste. Me temblaban las manos mientras sacaba el boleto. Te tenía ahí, a dos pasos, y un viaje de una hora para hacer juntos y poder hablar. Sería fácil: te saludaría como con sorpresa de encontrarte ahí y después cualquier palabra podría

iniciar la conversación. Había tantas cosas de las que podíamos hablar: la facultad, los exámenes, tal o cual profesor... Sería muy fácil, era cuestión de sentarme a tu lado y el resto sucedería solo. Al terminar de sacar el boleto me quedé parado durante un interminable medio segundo. Yo quería que te dieras cuenta de que había subido al mismo colectivo que vos. Pero no me mirabas, en cambio estabas viendo por la ventanilla. Di un paso lentamente, los que venían atrás ya empezaban a empujarme. Terminé por sentarme en un asiento atrás del tuyo y el otro se ocupó enseguida. No pude hablar con vos, aunque estaba tan cerca. Durante todo el viaje te tuve ahí, mirándote todo el tiempo. Tanto tiempo, observando tu cabeza, estudiando su forma, su textura; admirado por la delicadeza con que caía tu pelo sobre los hombros, una catarata de color cobrizo suspendida en un movimiento estático. Me preguntaba cómo serían esos cabellos al tacto. Peinártelos uno a uno, besarlos, respirarlos. Me preguntaba si al llenarme las manos con tu pelo y mirarlos extasiado como si fueran de oro todavía existirían las guerras y la crueldad en el mundo. Creo que verlos es igual a quedarse ciego. Tanto tiempo estuve así, creo que si hoy viera un sólo pelo tuyo lo reconocería sin dudar. Cuando te paraste para bajar yo todavía te miré con una sonrisa estúpida, esperando que aunque sea en el último momento me vieras. Pero eso no sucedió, no me viste y bajaste del colectivo sin siquiera saludarme al paso. Igualmente, ese día yo me sentí muy cerca de vos.

El otro día, en una casa de antigüedades, compré un marco para el espejo. Es de madera de roble, me cos-

tó traerlo hasta acá. Tenía la idea de que un espejo con estas características debía llevar un marco digno de él. Por eso es que recorrí muchos lugares, estudiando las ofertas, pero en ningún caso regateando el precio. Al final me decidí por este, pagando sin protestar, y lo traje a casa. No podía, por supuesto, encargarle a alguien más la tarea de colocar el espejo, por lo que tuve que hacerlo yo mismo, con algo de esfuerzo. Cuando estuvo en su sitio lo coloqué en un rincón de la habitación, apartando otros muebles que pudieran distraerme, y me senté a esperar a que apareciera.

Entraste a un bar y te sentaste en una mesa del fondo. Aun así, yo podía verte multiplicada varias veces a través de los espejos de las columnas y paredes. Sacaste un montón de papeles y una agenda y te pusiste a trabajar en alguna cosa. Dejabas caer a propósito el pelo sobre tu cara, jugando un poco con moverlo de un lado a otro. Se veía que no estabas concentrada en tu tarea, aunque no podría decir en qué otra cosa estarías pensando. Por momentos me daban ganas de correrte el pelo de la cara como excusa para una caricia, pero no me atrevía ni a rozar el espejo con mis dedos. Por eso me quedaba inmóvil sólo mirándote. A veces te veía en perspectiva, abarcando toda la imagen que aparecía en el espejo, y otras me concentraba en una parte muy pequeña de tu reflejo. Veía tus brazos, y de ahí pasaba a tu mano para terminar concentrándome en tus dedos que revolvían con descuido el café. Para mí eso sólo era suficiente porque de los pliegues de tus dedos, o de la curva de una de tus uñas, yo podía hacer un mundo de adoración. No había necesidad de más. Usualmente yo sólo dejaba encendida una luz

tenue para no distraerme con nada que no fuera tu reflejo. Es que, a tu lado, ¿qué podía ponerse que no perdiera todas sus virtudes por comparación? Así es como en un momento este mismo marco se me hizo molesto para el espejo. Sus molduras tan cuidadosamente talladas me resultaban intolerables, además de completamente inútiles. El espejo no necesitaba ningún adorno de tan orgullosa suntuosidad. Todo su valor para mí estaba concentrado en su interior, en las imágenes que me ofrecía. Cualquier otro accesorio sólo serviría para entorpecer mi contemplación de la magia reflejada.

Quitó el marco con impaciencia y lo abandoné en un rincón del cuarto. Ni siquiera me preocupé por devolverlo para recuperar el dinero, eso podría haberme llevado mucho tiempo. Tiempo que yo prefería pasar junto a vos mientras pudiera verte en el espejo.

Tal vez la vida cobra sentido ahora. Incluso siento como este ahora es un siempre, un tiempo del que no recuerdo principio y no puedo predecir final. Mi vida es este espejo, es mirarte reflejada en él. No existe nada más alrededor, desconozco lo que es el mundo. Va creciendo cada vez más la necesidad de verte. Son las ansias incontenibles por lograr un contacto con vos lo que me lleva a pasarme horas frente a este espejo, aguardando. Espero, con una paciencia cuyos límites creo superar minuto a minuto, a que una imagen fugaz produzca ese contacto liberador. Espero siempre, en todo momento, y cuanto más improbable sea la posibilidad de verte tanto más fuerte es mi empeñamiento. Sé que normalmente no te levantás de madrugada, y aun así muchas son las noches

que paso en vela frente al espejo. Y si no veo nada trato de imaginarte reflejada en él, con tanta intensidad que cuando te veo realmente nunca estoy seguro que no sos otra ilusión.

La ansiedad por verte puede atacarme a cualquier hora, en cualquier lugar. Más de una vez, estando en el trabajo, un recuerdo tuyo se me cruza por la mente y desde ese momento es imposible dejar de pensar en vos. Los nervios me atacan, se hacen cada vez más intensos, pronto se transforman en angustia. Pienso que seguramente en ese momento yo podría estar viéndote en el espejo y en vez de eso estoy sentado ante una pila de papeles desordenados. Ya no puedo concentrarme más en mi trabajo y lo abandono. Me pongo a mirar el reloj esperando la hora de salida, temblando, transpirando. La angustia es ahora desesperación porque pienso que seguramente ya no te veré en el espejo, pero queda la terca esperanza de que tal vez, si me apuro... Sí: cuántas veces he salido corriendo de la oficina antes de hora y tomado un taxi para llegar cuanto antes a mi casa. Lo más probable es que el espejo ya no me devuelva tu imagen, pero no importa, porque todavía tengo muchas horas del día para esperarte allí, siempre. Para verte, para poder seguir diciendo: sí, la vida tiene sentido ahora.

No creas que nunca me lo he preguntado. Sí, lo hice, muchas veces. Sabés cómo necesitaría una respuesta afirmativa, todo lo que eso significaría para mí. Pero nunca ocurrió nada que me diera a entender que vos lo supieras, que te estuviera sucediendo lo mismo que a mí. ¿Cómo suponer que pudieras estar viendo otra cosa que

tu propio reflejo más allá del espejo? Cuando a veces te quedás mirándote un rato y de pronto esbozás una mínima sonrisa, casi irónica... ¿cómo saber si está dirigida a mí? No, de seguro que no lo está. Igualmente me da pie a tantas fantasías y conjeturas, todas puras ilusiones de que vos también... Pero evidentemente este espejo no significa lo mismo para los dos. De hecho, seguramente no significará absolutamente nada para vos ya que ni siquiera sabés de su existencia. En cambio, para mí este espejo es la vida misma o, aunque sea, lo que me mantiene atado a ella. Vos caminás indiferente, mirándote en cualquier espejo al pasar. En cambio, yo no puedo mirar otra cosa que no sea este espejo. Yo ya no me veo reflejado, te veo a vos. Pero para vos no hay nada delante más que tu propio reflejo. Tampoco me es posible mirar otros espejos, saqué todos los que había en la casa y evito los que me encuentro en otros lados.

Esta obsesión crece, pero no creas que es perversa. Si el destino me dio esta oportunidad para poder verte no puedo negarme a ella. El destino, el mismo que insensiblemente separó mi vida de la tuya, es ahora el que vuelve a unirlos, y ninguna cosa puede evitarse. Si fuera por mí estaría plantado frente a este espejo día y noche, no haría falta siquiera comer ni dormir. Y el hecho es que esta idea no es una exageración loca sino una necesidad cierta, una necesidad para vivir. No creo que nadie pueda entenderme y ante mi actitud cada día más sombría he tenido que inventar distintos pretextos. Con el jefe aduciendo problemas en la familia y con la familia problemas en el trabajo. Así todos conformes y yo... yo con este espejo, y vos en él. Probablemente sea lo único

que me queda, o lo único con lo que me quedé: esta fría superficie de vidrio que nos une y nos separa a la vez. Todo lo demás me resulta prescindible, incluso llega a resultar un estorbo en mi vida. Cada segundo que no esté frente al espejo es un segundo desperdiciado. Tener que ocupar mi mente en otras cosas... ¿para qué? Si lo único que me da una satisfacción en la vida es la posibilidad de verte en el espejo. Es así como paso cada vez más tiempo frente a él estudiando tus actitudes, adivinando en dónde estás, en qué pensás, qué sentís, desconectado de la realidad que me rodea, ese murmullo de voces e imágenes que ya nada tiene para ofrecerme. Es que toda mi realidad se concentra en este espejo y todo lo que a él no refiera carece de sentido para mí. Por eso qué importa que la familia y el jefe se quejen, si son ellos relaciones que he perdido hace tiempo. Todo lo que es importante está aquí conmigo. Soy como un loco que se ha llevado de este mundo solamente lo que es esencial para él y lo transforma en el objeto de su locura. Yo te llevo a vos en un espejo.

Lo cierto es que esto que me pregunto tantas veces sé que es un imposible. Y aun si a vos te sucediera lo mismo que a mí, ¿te causaría el mismo efecto? Es seguro que no. ¿Qué puede haber de especial en mí como yo lo encuentro en vos? Las imágenes que verías no colmarían tu vida y menos aún la harían cambiar. Está claro que estoy solo ya que la magia del espejo se produce en una sola dirección. Tal vez deba resignarme a este contacto sin comunicación que hay entre nosotros, a estas imágenes mudas y distantes. Tengo que aceptar que soy solamente un espía en tu vida, y nunca formaré parte de

ella. Puedo robarte unas visiones y hacerlas mías, pero la única protagonista en ellas serás vos y nada habrá compartido. Solo vos, allí, indiferente, inocentemente insensible, y yo del otro lado simplemente viviendo, viviendo para poder verte.

Hoy falté al trabajo. También ayer. Cuando llamaron para preguntar por mí pasé parte de enfermo. Me quedé todo el tiempo encerrado en mi habitación con el espejo, es decir, con vos. La verdad es que tuve mala suerte porque sólo te vi un par de veces arreglándote el pelo en algún baño. Esas visiones fugaces me conforman durante un rato, no más. Es más el tiempo que estoy nervioso esperando el momento de verte que la satisfacción que obtengo cuando eso sucede. La habitación se llena de humo, prendo un cigarrillo antes de terminar el anterior. El hambre me hace doler el estómago, pero no tengo ganas de ir a comer algo, sólo de estar aquí. Yo siempre te espero, porque sé que en algún momento voy a verte y esa esperanza compensa cualquier dolor que pueda sufrir.

Últimamente ya no sólo me levanto antes que vos por la mañana, sino que permanezco casi toda la noche despierto. Al otro día me despierto muy cansado, pero cómo vivir con la duda de no saber si esa noche te levantaste para ir al baño o tomar agua y entonces yo me perdí la oportunidad de verte. De ninguna manera puede existir tal posibilidad. Es que a veces me atacan pensamientos terribles como que el espejo pudiera romperse o que simplemente ya no pueda verte más en él. Entonces,

cada vez que te vea puede ser la última y tengo que aprovecharla al máximo. Por eso recuerdo perfectamente esa última vez: dónde estabas, en qué situación, cómo estabas vestida. Entre una y otra vez que te veo recuerdo esa ocasión, recreándola todo el tiempo, guardando una perfecta memoria. Y siempre con la angustia de no saber si habrá una próxima vez.

Es así como ya ni salgo de mi casa salvo para lo indispensable. Ya no veo a mis familiares y amigos, que insisten dejando mensajes en el contestador del teléfono. No quiero verlos, me sofocarían preguntándome tantos porqués a los que respondería con evasivas, justificaciones nada convincentes. Porque, ¿cómo explicarles la verdad? ¿Cómo explicarles el espejo? No podrían entenderlo, si a veces ni yo puedo. Por eso vivo recluido en mi casa sin atender más que a mis necesidades básicas y renunciando a cualquier actividad social.

Alguien llamó a la puerta hoy. Era el correo, traía un telegrama de despido. No me sorprendió ni mucho menos me preocupó, conozco los motivos que me daría mi jefe. Pero eso no es lo más importante. Dejé el telegrama en la mesa y me encerré nuevamente en el cuarto frente al espejo. Lo que vi entonces me turbó.

Estabas vos, por supuesto, pero por primera vez me concentré más en lo que se veía alrededor, ya que algo me había sorprendido. Veía las góndolas, los carteles y más allá la calle con los autos y los transeúntes. Veía a otra gente parada esperando, atentas a ser llamadas por su número. Yo sabía dónde estabas, lo había adivinado desde el primer instante. Sin embargo, a esa seguridad traté de

imponerle la duda, la negación de que fuera posible. Pero no resultaba, no resistía ningún argumento en contra. Yo sabía dónde estabas: era una farmacia y esa farmacia era la que ocupaba la planta baja de mi propio edificio. Era cierto: te tenía a metros de mí, con tiempo suficiente para bajar y encontrarte. Yo trataba de controlar mis emociones, al mismo tiempo que entenderlas. Muchas veces me había planteado qué pasaría si un día reconociera el lugar donde te hallabas y fuera posible provocar un encuentro. Hasta ahora eso no había sucedido, al menos lo suficientemente cerca como para realmente poder hacerlo. Había supuesto que llegada la ocasión no dudaría en salirte al paso y saludarte (seguramente tendría que recordarte quién soy). Era, en verdad, mi mayor deseo. Y ahora ese momento improbable, soñado desde la comodidad de una distancia infinita entre mi imaginación y la realidad, se había producido. Ya había decidido mi accionar con anterioridad, por lo que tenía el deber de seguir cada paso previsto para llegar a un nuevo contacto con vos. Se me revolvió el estómago, las piernas se me aflojaron. Era el momento, era ahora, ahora o nunca, ahora... pero los músculos no me respondieron. De pronto había aparecido ante mí un mundo de argumentos por los que no podía, no debía o no quería bajar. ¿Qué podía decirte? Yo había sido testigo de tu vida durante mucho tiempo, conocía detalles que tal vez ninguna otra persona supiera, y se suponía que yo tampoco. ¿Cómo reaccionarías si se me escapara un comentario indiscreto? ¿Qué sentido tenía verte en persona ahora? Yo tenía posibilidades inacabables para verte desde mi espejo, sin perturbar tu vida normal. ¿Qué ganaría o qué sería distinto viéndote

directamente? Había también otra razón por la que no quería bajar y era la más fuerte: tenía miedo que al verte personalmente el hechizo del espejo se rompiera y ya nunca más pudiera verte reflejada en él. Temblaba de sólo pensar en esa posibilidad porque al final de cuentas, qué ganaría con otro saludo al paso o a lo sumo unos minutos de una charla en torno a temas triviales. Eso era lo máximo que podía obtener y lo sabía. No valía lo mismo que las imágenes que había recogido hasta ese momento y todas las que vendrían en el futuro. Esas visiones me pertenecían completamente y podía hacer con ellas lo que quisiera, sin hacer daño a nadie. Esas imágenes eran lo mejor que podía obtener de vos, porque tenían la perfección de lo fantástico. Un encuentro cara a cara tenía el riesgo de la decepción de la realidad. ¿Qué sentiría yo si no pudieras reconocerme por ningún motivo? No podía correr ese riesgo.

Es así como me di cuenta de que el espejo se había transformado en algo más valioso que la misma realidad que reflejaba. Ya ni siquiera sabía quién estaba del lado real del espejo y quién del mágico. ¿Vos, viviendo tu vida normalmente, apareciendo de tanto en tanto reflejada en un cuadro de vidrio? ¿O yo, reduciendo mi vida a verte reflejada sin querer ni pestañear? Al fin de cuentas, yo no tenía más que un espejo y estas pobres palabras. En el fondo no era nada, pero también era todo y lo único que tenía significado para mí. Había en esto una contradicción que no podía resolver. Por eso, y sólo por eso, decidí que ya no debo regalarme tus visiones. Vos, yo y el espejo no debemos tomar contacto nunca más.

Me concentré por última vez en las imágenes que estaba

viendo. Esperabas para pagar tu cuenta. En tu cabeza podía haber miles de pensamientos, pero yo sólo percibía una actitud inmutable en tu rostro. Sin duda había un pensamiento que no tenías: era el de sentirte observada. Fue la imagen más fría y más distante que recibí. Cuando terminaste de hacer tu compra y saliste de la farmacia aguardé un rato hasta estar seguro de que te encontraras lejos y yo te perdiera el rumbo. Después tapé el espejo con una manta y me fui de mi casa cerrando la puerta con llave. Nunca más volveré.

Fin.



Andalucía
SEVILLA



Fundación | Cajasol

IX Concurso de Relatos para Adultos
“Alberto Fernández Ballesteros”,

Siendo Presidente del Jurado:

Dr. José Carlos Carmona Sarmiento,
profesor del Máster en Escritura Creativa de la
Universidad de Sevilla, escritor galardonado, con libros
publicados en las editoriales Planeta y Alfaguara.

Y miembros del Jurado:

José Luis Ordóñez Fernández,
escritor y dramaturgo galardonado, profesor del Máster
en Creación Literaria de la Universidad de Sevilla.

José Iglesias Blandón,
periodista y escritor, Postgrado en creación literaria
y escritura creativa.

Ganador del

“III Concurso de Cuentos Alberto Fernández Ballesteros”.

